E. Jiménez Hernández

*LA NOCHE DEL YABOC*

A Carmen

que me reveló el azul

de las aguas del Yaboc.

PARASHAH

ERA DE NOCHE. SE LEVANTO, TOMO A LAS DOS MUJERES, A LAS DOS SIERVAS Y A LOS ONCE HIJOS Y CRUZO EL VADO DEL YABOC; PASO CON ELLOS EL TORRENTE E HIZO PASAR SUS POSESIONES. Y EL SE QUEDO SOLO. UN HOMBRE LUCHO CON EL HASTA EL ALBA; Y VIENDO QUE NO LE PODÍA, LE TOCO LA ARTICULACION DEL MUSLO Y SE LA DISLOCO, MIENTRAS PELEABA CON EL. DIJO:

-SUELTAME, QUE LLEGA LA AURORA.

RESPONDIO:

-NO TE SOLTARE HASTA QUE ME BENDIGAS.

Y LE PREGUNTO:

-¿CUAL ES TU NOMBRE?

CONTESTO:

-JACOB.

YA NO TE LLAMARAS JACOB, SINO ISRAEL, PORQUE HAS LUCHADO CON DIOS Y CON LOS HOMBRES Y HAS PODIDO. JACOB, A SU VEZ, PREGUNTO:

-DIME TU NOMBRE:

RESPONDIO:

-¿POR QUE ME PREGUNTAS MI NOMBRE?

Y LE BENDIJO

JACOB LLAMO AQUEL LUGAR PENUEL, DICIENDO:

-HE VISTO A DIOS CARA A CARA Y HE QUEDADO VIVO

CUANDO ATRAVESABA PENUEL SALÍA EL SOL, Y EL IBA COJEANDO.

Génesis: 32,23-33

Mientras anochecía a mi alrededor, me llegó la cantinela de los Rabbís, que susurraban el dicho de la Misnah: "Sea tu casa lugar de reunión para los sabios, dejáte cubrir con el polvo de sus pies y bebe sus palabras con avidez".

Desde entonces les abrí las puertas de mi casa y, día a día, durante dos, cuatro, quizás seis años, fueron llegando los grandes sabios, bendita sea su memoria, Yojanán, Gamaliel, Aquiba, Yismael, Eliecer, Janina, Meir, Simón, Natán, Sammay, Hillel, Yehudah, Tanjuna, etc., etc. Siempre en número, al menos, de diez, formando un Minjan.

Poco a poco me fueron cubriendo con el polvo de sus pies. Incansablemente, con recogimiento y alegría, con humor y alborozo, con respeto a los otros sabios y con maliciosa ironía, desempolvaban historias antiguas y lejanas, cuyo polvo cubría historias de ayer mismo y hasta la misma historia de hoy. Por ello empecé a beber sus palabras con avidez. El polvo de sus pies era el barro de Adán, el barro del hombre, la arcilla de mi historia. Y de la tuya.

Si abres tu casa, quizás te salpique el polvo de los pies de los sabios y el agua de sus palabras saciará algo tu sed.

1

Atardece. Y, al caer la tarde, una bandada de grullas cruza en perfecto triángulo el azul del cielo, regresando antes que la noche a los árboles de su sueño.

Las aguas del Yaboc pierden el azul, que da nombre al río. Se agolpan las sombras y emergen las preguntas acumuladas, sumergidas, de mis cuarenta y cinco años. Se cierran los caminos. No hay posibilidad de huida. El Yaboc es el límite.

Jacob, el soñador, no sueña esta noche. No sueña porque no duerme. Alguien lucha con él toda la noche. Dicen nuestros sabios, bendita sea su memoria: "Noche del Yaboc, eslabón del pasado y el futuro, nudo presente del Santo, bendito sea su Nombre, sin pasado ni futuro, actual mediodía sobre el alba y el ocaso".

Cuando una madeja de lana se ha enredado es preciso deshacerla, recorriendo el camino hacia atrás hasta el principio, avanzando y retrocediendo mil veces. Así hará Jacob con la tela de araña de su vida, cruzada de barruntos y sueños, recuerdos y presentimientos, intuiciones y nostalgias, visiones, profecías y astucias y el misterio de las estrellas reflejadas en las aguas, ahora, grises del Yaboc.

-Tres puntos ubican mi vida -es Jacob quien habla en la narración de los sabios, bendita sea su memoria-: Donde estoy, donde voy y por donde paso. Donde estoy es el punto más débil, donde menos me hallo. Estoy con la huida en el alma, preparando el paso, buscando la meta, desatando lazos, haciendo adioses, que son lágrimas y liberaciones, pérdidas y robos, engaños y promesas. Y sueños. Los sueños lo llenan casi todo

Donde voy es lo que me arranca y me mueve. Es el camino del sueño. Es el deseo imaginado, casi irreal, habitado por el miedo y la esperanza. Desconocido. Lo que busco y espero.

El por donde paso es lo más real, objetivo. Lo no mío. Donde me salen al encuentro y me encuentran los hechos, las personas, las cosas. Es lo imprevisto, la sorpresa, los rodeos, la lucha, las heridas y alegrías. Es el camino y la fuente, el árbol y el canto de los pájaros, los días y las noches. Es el crecer y el envejecer. Es mi madurar.

Por donde paso se rompe el miedo, el aislamiento, la soledad infecunda. Se abren los ojos al asombro contemplativo, saltando de la intimidad a la comunicación y de la comunicación a la intimidad enriquecida de confianza y acogida. Es lo espontáneo, lo dado fuera de programa, la novedad diaria. Es la profecía que sale al encuentro, interpela y remite alusivamente, sin desvelar del todo...

(Demasiado, me parece, para un pastor como Jacob, pero los sabios son los sabios, bendita sea su memoria).

Mientras dice o piensa o quizás sólo vive lo anterior, Jacob recorre el campamento, pasa de un rebaño a otro, deteniéndose a hablar brevemente, con prisas, con sus siervos y luego pasa a las tiendas de Lía y de Raquel, que están intentando dormir a los hijos.

2

Es martes, víspera del cuarto día, cuando el Santo, bendito sea su Nombre, creó la luna. Me he separado de mi suegro Labán, dejándolo junto al majano de Galaad, que marca el límite, la frontera que tío y sobrino no podemos traspasar. Acompañado de mis mujeres e hijos, de mis rebaños y manadas, he descendido hacia el sur. He dejado a mis espaldas las alturas de las montañas de Galaad, cubiertas de bosques y oreadas por la brisa. Descendiendo me he sumergido centenares de metros en la profunda cortadura del Yaboc -que en sólo sesenta kilómetros desciende un desnivel de mil metros, entre precipicios y cascadas, hasta entregar sus aguas azules al Jordán-. El descenso me lleva varias horas.

Cuando alcanzo el fondo del profundo valle, siento como si entrase en una región de clima diferente. De los pinares y de los fríos vientos he pasado, primero, a la atmósfera balsámica del poblado de Burmeh, oculto casi entre árboles frutales, arbustos y flores, con su fuente de aguas límpidas y frías donde hago un alto para apagar mi sed y la de mis pequeños, que llegan sudorosos sobre los cansinos camellos.

Siguiendo el descenso, me he encontrado en un ambiente casi de invernadero, en medio de una vegetación lujuriante, semitropical, en lo profundo del gran valle del Yaboc. La garganta es sumamente agreste y pintoresca. En las dos orillas, los acantilados se elevan casi perpendicularmente a gran altura. Por encima de los precipicios y los rápidos declives arde el cielo azul, reverberado en el fondo del imponente abismo donde se desliza la fuerte corriente del río. Bordea el río, ocultándole a trechos, una densa jungla de elevadas adelfas con sus flores carmesí, que estallan en color al llegar la estación de Tammuz. Las aguas fluyen con rapidez y fuerza. Es difícil cruzarlas, imposible en ciertas épocas, en que las aguas lamen las hierbas y matorrales, que crecen en ambas márgenes.

Por el lado opuesto o meridional, el ascenso desde el vado vuelve a ser extraordinariamente empinado. El sendero da vueltas y vueltas sobre sí mismo, cada vez más arriba. Pero yo aún no he atravesado el río. Me encuentro dando órdenes a los siervos para comenzar a pasar los rebaños a través del vado.

3

La primera en cruzar el río será Raquel. Se me pegan las sandalias al suelo, acompañándola. Camino a su lado lentamente, arrastrando los pies, que no pueden con la carga del corazón. Para disimular mi embarazo, me apoyo en el brazo de Raquel, como para ayudarla en la noche y le hablo al oído. Hablo y hablo, como no lo había hecho nunca. Deseo desembarazar el corazón:

-Raquel, mi tierna cordera, ayuda de mis manos, alegría de mis ojos, bendición de mi tienda, perdón de mis pecados, paz de mi corazón, vida de mi vida, complemento de mi carne, reverso de la imagen del Santo, bendito sea su Nombre, unido a mi anverso...

Raquel mía, hace veinte años, abrasado de polvo y calor, a media tarde divisaba un pozo y su frescor circundante. Corría la brisa deliciosamente en las dos hileras desiguales de chopos. El pozo era hondo con agua oscura y fresca. Tres rebaños de ovejas, tumbadas junto a él, aguardaban a que los pastores corrieran la piedra del pozo y las abrevaran.

-¿Qué tienes esta noche, Jacob? ¿No tendrás fiebre? Esto ya lo sé, me lo has contado tantas veces.

-Lo sé, Raquel mía. Lo sé, pero algo me obliga esta noche a mondar el pozo, a vaciarme por dentro. ¿Te molesta ser mi testigo?

-No me molesta. Pero es tan extraño oírte tantas palabras juntas. Habla, cuéntamelo de nuevo.

-Yo estaba hablando con los lacónicos pastores, cuando apareciste tú sobre la colina con las ovejas de tu padre. Y al ver tu rostro, que reflejaba los rasgos de mi madre, me dio un vuelco el corazón, estremeciéndome hasta nublarme la mente. Quise alejar a los pastores y quedarme a solas contigo. Me puse a darles lecciones arrogantemente:

-Hermanos, ¿de dónde sois?

Contestaron:

-Somos de Harán.

Mi corazón saltó al ver que confirmaban mis sospechas, mis dulces sospechas. Abiertamente les pregunté por el hermano de mi madre:

-¿Conocéis a Labán, hijo de Najor?

Me contestaron:

-Le conocemos.

-¿Qué tal está?

-Está bien. Justamente Raquel, su hija, está llegando con las ovejas.

Esto ya era más de lo que mi corazón podía soportar. Y ahora sí quise alejarles y me salté todas las leyes. Les dije:

-Todavía es pleno día, no es hora de recoger el ganado. Abrevad las ovejas y llevadlas de nuevo a pastar.

Pero su corazón no latía con el mío. Con calma exasperante me replicaron:

-No podemos hasta que se reúnan todos los rebaños Entonces corremos entre todos la piedra de la boca del pozo y abrevamos las ovejas.

No lo pude aguantar. Tú estabas encima. Tu mano, como flor de almendro agitada por el viento, saludaba tímida, afectuosamente. Solo, corrí la piedra del pozo. Hundí mis brazos desnudos en el agua. ¡Qué delicia el golpe del agua en la piel reseca! Una sensación de felicidad se extendía por todo mi cuerpo, recorría toda mi persona con una extraña sacudida de estremecimiento, dejándome como en suspenso. De repente me sentí solo, o mejor, como si hubiera descubierto que me faltaba una parte de mi ser...

-Sí, lo recuerdo, en tu rostro se reflejaba la confusión, cuando como un loco te pusiste a sacar agua y a abrevar mi rebaño.

-Al verte frente a mí, con tus senos como dos ampollas de bálsamo, que difundían el aroma de tu juventud, fue como si el tiempo hubiera dejado de fluir. El aire se espesó, envolviéndome en su fragancia penetrante. Una oleada de sangre me subió a los ojos hasta nublarlos.

-Y fue entonces cuando, sin que yo me diera cuenta, sin aún haberme dicho nada y sin saber quién eras, me encontré entre tus brazos. Me besabas y besabas, rompiendo a llorar ruidosamente entre mis cabellos.

-Ah mi Raquel, comprendo tu sobresalto y extrañeza ante mi arrebato. Arrebatado por un deseo vehemente, me olvidé de los pastores y sólo para ti hice un alarde de fuerza, corriendo la piedra del pozo para impresionarte. Y, bajo la emoción, te besé por sorpresa, hasta saltárseme las lágrimas. Sólo cuando me descolgué de tu cuello, choqué con la mirada de tus grandes ojos azules, que me traspasaba como una doble espada afilada; era una mirada larga, penetrante, brotada de tu larga cabellera rubia, refulgente a la luz la tarde. Y, aturdido, me apresuré a contarte que era tu primo, el hijo de Rebeca, hermana de tu padre Labán. Y tú, sin esperar más, aún roja de rubor, corriste a contárselo a tu padre.

-Corrí, cantando en el corazón, ya enamorado:

¡Oh, si fueras mi hermano

y criado a los pechos de mi madre!

Te besaría sin temor a burlas,

te metería en casa de mi madre.

Y yo me quedé con el corazón reblandecido. Era la hora melancólica del ocaso. Al alejarte me quedé a solas con tu nombre y mis añoranzas. Raquel, Raquel, hija de Labán, hermano de mi madre; sí, mi prima, sobrina de mi madre. Mi madre estaba fija, clavada en mi corazón y en mi mente...

4

Mi madre, Rebeca...

Tengo miedo, madre. Es la hora del combate. Se me desgarran las entrañas. Tu embarazo, hoy, es mi parto. Tus palabras, como un martillo que golpea la roca, que le arranca chispas de fuego y rompe en pedazos, golpean mi frente: "Dos pueblos hay en mi vientre, dos naciones, que al salir de mis entrañas se dividirán. La una oprimirá a la otra. Si esto es así, ¿para qué vivir?

Es de noche, madre. La brisa agita las sombras. El río runrunea ante mí. Pero tus palabras secan, abrasan mi boca como fuego, consumiéndome. No puedo ahogarlas. No he podido ahogarlas en estos veinte años lejos de ti. Arden en el corazón. Llevo su fuego prendido en los huesos...

-¿En qué piensas, Jacob, que has callado y se te ha arrugado la mirada?

-Me has recordado a mi madre. La dejé por una temporada y han pasado veinte años sin volverla a ver. Esto me hace sentirme desolado y confundido...

Es, madre, como un rey que compró dos esclavos con un único documento y al mismo precio. Pero estableció que uno fuera mantenido del erario público y para el otro que se mantuviera con su propio trabajo. Este soy yo. Mi hermano y yo fuimos concebidos al mismo tiempo, del mismo semen y él come en casa y yo si no me fatigo no como. Yo, errabundo siempre, lejos de la luz de tu rostro y él contempla a diario tus ojos.

Es semejante a un rey que había comprado dos esclavas con un único documento y al mismo precio. A una dejó en su palacio. A la otra la expulsó. Esta se lamentaba, confundida, ¿por qué ella no sale del palacio y yo he sido expulsada? ¿Por qué, pregunto yo?

Huyendo, sin rostro y sin nombre, perdido en las aguas del mar, que todo lo llenan y nada fecundan, amando sin ligarme, sin entrega ni consentimiento, como rama desgajada, retraído de la palabra al silencio... Me está secando las raíces la soledad, el aislamiento. Incapaz de amar, nada me satisface, ni el placer del sexo, ni la sombra del árbol, ni el vuelo del pájaro o el agua de la fuente. Mi yo, como único centro y fin, lo ciega todo. Llevo la maldición de mi nombre: Jacob. Siempre apoyado sobre mi talón, como única fuerza, único apoyo. Incapaz de vinculación, pierdo al otro y me pierdo a mí mismo. Sin desarraigo de mí mismo, ¿cómo puedo entrañarme en el otro? Me siento en un mundo mudo y vacío, sin llama y sin llamada alguna, que alumbre una esperanza, para fundamentar el futuro y desde él poderme reconciliar con el presente. Viajando siempre, pero viajando para huir de cada lugar, no para llegar a ningún sitio.

Pero por muy lejos que uno marche, hay cosas que uno siempre lleva consigo, cosas que le envuelven o le punzan por dentro. La ilusión de vivir libre a toda costa y de estar siempre disponible para toda oportunidad que se ofrezca, impide echar raíces en el suelo y desde ellas tomar savia e impulso para alzar el vuelo. No se puede cortar a un hombre toda relación con el pasado, no se puede mandar a nadie por el mundo sin raíces. Aunque el pasado sea doloroso o vergonzoso, nos pertenece tanto como le pertenecemos.

Después de mi larga ausencia, cansado de mis fantasías, quiero volver a la tierra de mi infancia, la casa de las bendiciones. ¡Ah, mi hermano, que dejé irritado contra mí, tal vez, a pesar de mi engaño, se regocijará! Me late el corazón desde que en la pendiente de la colina volví a ver las aguas azules del Yacob, límite de la tierra cruzada hace tantos años. ¿Qué es lo que espero para correr hacia ella, cruzar el río, entrar en ella?

5

Esaú... Esaú es la noche oscura que cubre cada uno de mis días. Sólo el Santo, bendito sea su Nombre, arropado de luz como un manto, me puede librar de sus tinieblas. Mi hermano es la sombra que sigue todos mis pasos. La bruma que se me pega al cuerpo. Es mi hermano gemelo. Mi otra mitad del óvulo materno. Es lo oscuro de mi ser, que reprimo y me aflora en la noche. Con quien lucho y nunca muere. De quien huyo y siempre me sale al encuentro.

¿Cómo arrancarme de los oídos su alarido salvaje, la última voz que guardo de él? ¿Cómo borrar de mis ojos el espanto terrible que sobrecogió a mi padre, la última vez que le vi?

Mi padre Isaac era un anciano, ciego, frágil, asaltado ya por el pensamiento de la muerte. Había cortado toda relación con el exterior, encogiéndose hacia dentro. Cerradas las ventanas, todo su mundo era el interior; rumiaba a solas sus memorias del monte Moriac, donde creo que vio al Santo, bendito sea su Nombre, que le dejó deslumbrado para siempre y con la añoranza de volver a verle. A oscuras se descubren otras realidades que yo desconozco.

Así, pues, anciano y ciego, mi padre llamó a Esaú, su hijo mayor, a quien prefería abiertamente, pues le gustaban los platos de caza que le preparaba. El sabor reiterado de mis corderos o cabritos le cansaban y, sin embargo, excitaba su apetito con el gusto montaraz, aromado e imprevisto de las piezas, que cazaba mi hermano.

Llamó a mi hermano y le dijo:

-¡Hijo mío!

-¡Aquí estoy, padre mío!, le respondió mi hermano.

-Mira, ya estoy viejo y no sé cuando voy a morir. Así que toma tu arco y aljaba y sal al descampado a cazarme alguna pieza. Después me la guisas como a mí me gusta y me la traes para que la coma. Hijo mío, esta es la noche de Pascua y en esta noche los ángeles de las alturas cantan los salmos del Hallel y en esta noche se abren los tesoros del rocío. Quiero darte mi bendición antes de morir.

Mi hermano salió a buscar la caza y se entretuvo en el campo. Y mi madre, que tampoco ocultaba sus preferencias por mi, habiendo oído todo a través de los lienzos de la tienda, puso a punto su plan de fraude con gran celeridad. Pensó en todo. Me llamó y me dijo:

-He oído a tu padre decir a tu hermano Esaú: "Tráeme una pieza y guisamela, que la coma, pues quiero bendecirte en presencia del Señor antes de morir". Ahora, hijo mío, obedece mis instrucciones. Esta noche se abren los tesoros del rocío y los ángeles de las alturas cantan; en esta noche tus hijos serán liberados y en esta noche entonarán una canción. Vete al rebaño, selecciona dos cabritos y yo los guisaré para tu padre como a él le gusta. Tú se lo llevarás a tu padre para que coma y así te bendecirá antes de morir.

Arrebatar a mi hermano la bendición, sí, lo confieso, me tentaba y lo deseaba tanto como mi madre; pero en mi corazón temía la maldición de mi padre. Por ello, repliqué, asustado, a mi madre:

-Sabes que Esaú, mi hermano, es peludo y yo soy lampiño. Si mi padre me palpa y quedo ante él como embustero, me acarrearé maldición en vez de bendición.

-Hijo mío, cortó mi madre, que las bendiciones vengan sobre ti y tu descendencia y, si hay maldiciones, caigan sobre mí. Tú obedéceme, ve y tráeme los cabritos.

Así lo hice y ella los guisó como le gustaba a mi padre. Luego tomó el traje de mi hermano, el traje de fiesta que guardaba en el arcón de su tienda, y me lo vistió. Con la piel de los cabritos me cubrió las manos y la parte lisa del cuello. Después puso en mis manos el guiso que había preparado con el pan.

Sustituir la caza por dos cabritos me pareció cínico, pero verme recubierto el cuello, los hombros y manos con pieles tenía mucho de ridículo; yo era una cruda caricatura de mi peludo hermano. Hoy me dan ganas de reír, al recordarlo, pero el momento que vivo, consecuencia de aquel engaño, no es momento para bromas, como no lo fue entonces tampoco.

Con el ánimo suspenso entré en la tienda de mi padre:

-¡Padre mío!

-Aquí estoy. ¿Quién eres tú, hijo mío?

El frío del terror se me clavó en las entrañas al oír esta pregunta que me acompaña desde entonces. ¿Quién soy? Mi alma no es transparente; no me conozco a mí mismo. Predomina en mi camino el miedo. Miedo que me lleva a huir; a huir de todos y de todo lugar, a huir de mí mismo, rompiendo siempre con el desafío inmediato de la realidad circundante. Mi historia se hace egocéntrica y opaca. Siempre en desarraigo, en huida, sin la "tierra". Me sumerjo cada día más en mi radical soledad. Me muerde la carne, desde dentro, la tentación. Mi lucha no es entre el bien y el mal, sino entre la gracia y el pecado. Dios y yo en pugna por mi vida. Como si padeciera una doble personalidad: Esaú y Jacob. Dos gemelos no separados por dentro. Es algo destructor e implacable. Me duele como espina hundida dentro de mí, que sangra en mi interior y no logro arrancarla. Me persigue su punzada hasta en el sueño. Actúa desde dentro, desintegra, separa, destruye. Necesito perdón, cerrar las grietas de mi alma. Necesito abrazar a Esaú, asumirlo, integrarlo en la reconciliación salvadora...

-¿Por qué callas? ¿Quién eres tú, hijo mío?

-Soy Esaú, tu primogénito.

Es la primera de una cadena de mentiras, que me costaría veinte años de vida. Ante la sorpresa de mi padre por el temprano regreso de la caza, sólo pude desembarazarme del apuro con la peor de mis mentiras.

-¡Qué prisa te has dado para encontrarla!, dijo él.

Y yo le respondí:

-Es que el Santo, tu Dios, me la puso al alcance.

Desconfiado -y ¿cómo no?-, por tres veces me pedirá que me acerque, que le acerque el guiso, quiere palpar con sus manos, que desde que fueron atadas no sienten; como sus ojos no ven desde entonces. Pero ante la duda, me dijo:

-Acércate que te palpe, hijo mío, a ver si eres tú mi hijo Esaú o no.

Con pasos temblorosos me llegué a él; y, al palparme, exclamó:

-La voz es la voz de Jacob, las manos son las manos de Esaú.

La investigación de mi pobre ciego y, con razón, desconfiado padre se desarrolló lentamente. Y no consiguió reprimir cierto sentimiento de inseguridad hasta el momento en que me pidió que le besara. Ese beso boca a boca, que me hizo temblar de pies a cabeza, fue lo único que le convenció, traicionándole el olor de los vestidos de mi hermano, ¡a él tan sensible a los olores!

(Nuestros sabios, bendita sea su memoria, como si vivieran la historia por vez primera e ignoraran su desarrollo y desenlace, paladean la tensión, la tortura de su astuto progenitor. Tensión que llega al máximo en el momento del beso que les pone al borde de gritar).

Aún me volvió a preguntar:

-¿Eres tú Esaú, hijo mío?

-Yo soy, le respondí con atrevimiento sacrílego.

Entonces me dijo:

-Sírveme la caza, hijo mío, que la coma y así te bendeciré.

Una vez que hubo comido y bebido el guiso y el vino que yo le acerqué, antes de bendecirme, fue el momento del peor trago de mi vida. Me dijo:

-Acércate y bésame, hijo mío.

Siete veces el "hijo mío" me llegó como un puñal, que me traspasaba el corazón. Sangrándome el corazón de asco y de miedo, me acerqué y le besé, sellando con el beso la traición.

Y al percibir el olor a tierra, que desprendían los vestidos de Esaú, el ciego, mi anciano padre, sintió al instante en su espíritu el hálito de la tierra prometida y bendecida por el Santo, bendito sea su Nombre, y le brotó a borbotones la bendición:

Mira, el aroma de mi hijo como aroma de un campo

que ha bendecido el Señor.

Que Dios te conceda el rocío del cielo,

la fertilidad de la tierra,

abundancia de grano y mosto.

Que te sirvan los pueblos y se postren ante ti las naciones.

Sé señor de tus hermanos,

que te rindan vasallaje los hijos de tu madre.

¡Maldito quien te maldiga,

bendito quien te bendiga!

Apenas salí de la presencia de mi padre, pisándome casi los talones, llegó Esaú con la caza. Preparó un guiso sabroso y se lo llevó a su padre, diciéndole:

-Incorpórese, padre, y coma de la caza de su hijo y así me bendecirás.

-¿Quién eres tú?

Más que una pregunta, era una exclamación de mi padre, presa de un espanto terrible. Y no sabía aún que había sido yo, su propio hijo, quien le había engañado. Ni siquiera sabe quién tiene ahora ante sí. El pobre anciano tantea la oscuridad.

Sorprendido, mi hermano contestó:

-Soy tu primogénito, Esaú.

-Entonces, ¿quién es el que fue a cazar y me lo trajo y comí de todo antes de que tú llegaras? ¡Le he bendecido y será bendecido!

Ah, pobre Isaac, comentan los sabios, bendita sea su memoria, ¿por qué no hiciste caso a tu oído, que es el órgano de la fe, el único sentido que no engaña?. El gusto, que era tu debilidad, te engañó, no reconociendo el sabor de los cabritos. El tacto -la luz del tacto-, aunque más inmediato, también es torpe; es engañado al palpar, incluso al besar. El olfato estaba despierto en la oscuridad; percibió los aromas silvestres y agrestes, como invasión del campo libre en el confinamiento de la tienda; el olfato te embriagó de aromas y te arrancó la bendición. Sólo el oído, reconociendo la voz de Jacob, estuvo a punto de revelarte el engaño; pero no le diste crédito.

El espanto de mi padre quedó sobrepasado por el alarido salvaje que lanza Esaú, sin contenerse. Un grito que suena desgarrado y desgarrador; potente, su onda, como agua, anega la burla de mi disfraz. Alarido que llevo clavado en mis entrañas. En su cólera Esaú desfiguró mi nombre y con ese nombre me llamarán hasta los profetas: El Suplantador.

La bendición, conseguida con engaño, va a marcar mi futuro. No tendré paz y prosperidad puras, sino que se les mezclarán sus contrarios: rivalidad, pobreza, persecución, humillación. Si la bendición paterna me otorga prosperidad, mi fraude abre la puerta al dolor.

Esaú reconoce el carácter irreversible de la bendición pronunciada, pero pregunta a su padre, nuestro padre, si no puede bendecirle a él de otra manera. Y ante su insistencia apasionada, con su llanto ruidoso, el pobre padre, consternado, guarda silencio. Y, cuando finalmente, intenta confiarse de nuevo a la inspiración, experimenta que no tiene fuerzas para la bendición y lo que sale de sus labios no es más que la negación de la bendición:

Sin feracidad de la tierra

y lejos del rocío que baja del cielo

será tu morada...

Las pedregosas montañas de Edom, apenas cultivables, serán su territorio, donde no le queda más posibilidad, para vivir, que ser un cazador nómada.

Pero lo más grave es que mi padre no le pone en las manos el arco y las flechas, sino que le entrega un arma, le coloca una espada para que se sacuda del cuello el yugo de su forzada sumisión. Si ya en el cazador hay una veta de violencia, de momento dirigida contra animales esquivos y feroces, mi padre, al nombrarla, se la hace consciente a mi hermano, poniéndome como blanco de ella. Le pone en la mente la espada antes de que la empuñe en la mano:

Vivirás de la espada,

sometido a tu hermano.

Pero cuando te rebeles,

sacudirás el yugo del cuello.

De la mención de la espada le nace el pensamiento, el proyecto, la decisión de una venganza a muerte:

-Cuando pase el luto de mi padre, mataré a Jacob mi hermano.

Cuando el terror atenaza las entrañas, la mente se congela. No razona, no busca. Pretende imágenes concretas, con contornos bien delimitados, a las que agarrarse y de las que se deshace con rabia si no responden a sus pretensiones.

Entonces comenzó mi vida errante, una etapa de duración indecisa y pendiente del desenlace. La espada suspendida sobre mi cabeza, me ha acompañado en mi vagabundeo y brilla como nunca ahora, reflejada, a la luz de la luna, en las aguas del Yaboc.

Mi madre, de nuevo, atenta a los cuchicheos, aprovecha el tiempo que le conceden. Ella toma la iniciativa y me aconseja el destierro para librarme de la muerte amenazada: la distancia impedirá su ejecución y el tiempo curará la cólera. Ella cree conocer bien a su impetuoso hijo Esaú y cuenta con que su odio no durará mucho:

-Mira, Esaú tu hermano piensa vengarse matándote. Por tanto, hijo mío, anda, huye a Harán, a casa de mi hermano Labán. Quédate con él una temporada, hasta que se le pase la cólera a tu hermano.

Ah, madre, tú, tan calculadora, te equivocaste al tasar muy por lo bajo la magnitud de la desgracia. La ausencia no ha sido de "una temporada", sino de veinte años. Y no sé si volveré a verte.

O quizás, tú ya presentías que la ausencia sería larga y que no volveríamos a vernos. Recuerdo que me mirabas con sugestiva insistencia, como invitándome a confiar en ti, o como si obedecieras a un designio misterioso. Recuerdo que tomé tu mano y la besé. Sentía los latidos del corazón, pero contuve las lágrimas y me marché rápidamente, con el zurrón al hombro, enganchado en mi cayado de acacia, sintiendo en la espalda tus ojos velados, que no quise volverme a ver. Y tus últimas palabras:

-No quiero perder mis dos hijos el mismo día. Huye, hijo mío, a Harán, a casa de mi hermano Liban.

6

Labán...

Huí a su casa. Y ahora me encuentro huyendo de él. Mí vida peligraba a su lado. Antes mi astucia vencía sus trampas; pero ahora la situación ha cambiado. Sus hijos envidian la riqueza que he acumulado con mi trabajo, y con mis mañas también. Les oigo cuchichear a mis espaldas:

-Jacob se ha llevado toda la prosperidad de nuestro padre y se ha enriquecido a costa nuestra.

Se consideran despojados de la herencia paterna. La situación comienza a ser peligrosa. Mi tío es más poderoso que yo. Se halla en su tierra; yo no soy más que un emigrante. Si recurre a la fuerza puede quitarme las hijas, mis esposas, y mis bienes. Sólo me queda el recurso del débil: la huida. Pero, ¿qué harán Lía y Raquel? ¿Se pegarán a su padre y a su tierra o seguirán al marido? Las llamaré, que vengan al campo de los rebaños y tendremos un consejo de familia. Espero convencerlas con la ayuda del Santo, bendito sea su Nombre, para que marchen conmigo. Les diré:

-He observado el gesto de vuestro padre y ya no es para mí como antes. Pero el Dios de mi padre está conmigo. Vosotras sabéis que he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas; pero vuestro padre me ha defraudado, cambiándome el salario diez veces, aunque el Santo, bendito sea su Nombre, no le ha permitido perjudicarme. Pues cuando decía que mi salario serían los animales manchados, todas las ovejas los parían manchados; y cuando decía que mi salario serían los animales rayados todas las ovejas los parían rayados.

El Santo, bendito sea su Nombre, le ha quitado el ganado a vuestro padre y me lo ha dado a mí. Una vez, durante el celo, vi en sueños que todos los machos, que cubrían a las ovejas, eran rayados o manchados. El ángel de Dios me llamó en el sueño:

-Jacob.

-Aquí estoy, le contesté.

El me dijo:

-Echa una mirada y verás que todos los machos que cubren a las ovejas son rayados o manchados. He visto cómo te trata Labán. Yo soy el Dios de Betel, donde ungiste una estela y me hiciste un voto. Ahora levántate, sal de esta tierra y vuelve a tu tierra nativa.

Es como en el arca de Noé, comentan los sabios, bendita sea su memoria. La vida a bordo no era divertida, aunque tampoco desagradable. Los animales sentían caer la lluvia y dormían tranquilos; sólo se despertaban para comer las raciones que Noé les distribuía a horas fijas.

Un día, sin embargo, la gallina clueca terminó de empollar sus huevos, y se levantó dejando correr a sus pequeños y uno de ellos, más decidido que los demás, se aventuró a explorar la magnífica floresta que descubrió en la piel de la zorra.

Despertada por el inusitado cosquilleo, la zorra se dio la vuelta de golpe y le aplastó. En seguida oyó el cacareo agitado de la gallina que llamaba a su pollito. Para no ser acusada de un delito cometido sin querer, la zorra pensó que lo mejor era hacer desaparecer el pequeño, comiéndosele. Era la primera vez que comía pollo y la verdad es que le supo buena aquella carne. Decidió seguir comiéndola, pero ¿cómo procurársela sin despertar sospechas? Con su astucia de zorra, recogió las plumas que se le habían desprendido al pollo y fue a esconderlas bajo la cola del gato y se volvió a su sitio, como si no hubiera ocurrido nada.

Un poco más tarde la gallina, que seguía buscando, se detuvo precisamente delante del gato. Ante sus gritos desesperados el gato se despertó y se levantó, comenzó a lavarse y alisarse los mostachos para prepararse para la hora de la comida. Así levantó el rabo y la gallina descubrió las plumas de su pequeño. Furiosa, le asaltó:

-¿Qué has hecho a mi pollito?

-¿Quieres callar de una vez?, exclamó el gato, resentido. -¡Yo no sé nada de tu pollo!-

Y dado que aún era temprano para la comida, se echó a dormir de nuevo.

Tanta indiferencia ante una prueba evidente como las plumas bajo su cola, hizo nacer en la gallina sospechas terribles y no tuvo el valor de afrontar de nuevo al gato ella sola. Corrió a buscar al ratón para desahogarse con él y pedirle consejo:

-¡Quizás haya un asesino a bordo!

El ratón se pegó un susto tal que vio los hechos mucho más negros de como se los habían contado y corrió hasta Noé gritando:

-¡Sálvame! El gato se ha comido un pollo y podría comerme también a mí.

Noé pensó que se tratase de un mal sueño y trató de hacerle razonar. Inútil. Con tal de calmarlo, Noé se cortó un poco de barba, con sus pelos hizo una redecilla, metió en ella al ratón y le colgó del techo.

Perturbado con todo aquel rumor, el perro abrió un ojo e inmediatamente la oveja, cotilla, se le acercó para susurrarle:

-Parece ser que el gato se ha comido un pollo y que ahora se quiere comer al ratón. Noé le ha tenido que poner allá arriba para salvarle.

-No digas tonterías, ladró el perro y, con su ladrido, despertó al gato que dormía a su lado:

-¿Qué pasa?, gruño el gato.

El perro trataba de cambiar la conversación, pero la oveja, cándida como todas las ovejas, repitió cuanto había dicho al perro. El gato se sintió terriblemente ofendido, se lanzó contra la oveja y, si no hubiera sido por el perro, que se le interpuso, la hubiera arañado todo el hocico.

El rencor del ofendido, luego, se dirigió contra el ratón; afiló las uñas de sus patas, esperó a que, terminada la comida, todos se durmieran y comenzó a ejercitarse en una serie de saltos cada vez más audaces, hasta que logró alcanzar al ratón. Una de sus uñas se enganchó en la red y la arrancó del techo, clavándose otra en la boca que habla esparcido la calumnia, lacerándola y deformándosela para siempre.

Por fortuna el arca se había detenido y aparecía ya la tierra y todos los animales comenzaron a prepararse para salir del refugio del arca. Pero el mal ya estaba anidado dentro de cada uno. Así salieron cada uno por su lado, cargados de sospechas y rencores.

El Santo, bendito sea su Nombre, sabía que sus animales eran perfectos, dice otro de los sabios, bendita sea su memoria, cada uno dentro de su género y conforme a la tarea que le era encomendada. Precisamente para cumplir su misión, los tuvo que crear grandes y pequeños, y mansos, astutos e ingenuos. Las aves por ejemplo, tienen que ser feroces porque tienen que vigilar y controlar a las serpientes. Y si las serpientes no fuesen astutas y no se arrastrasen por tierra no podrían vigilar y controlar la proliferación de los insectos. Los insectos, a su vez, no pueden por menos de dar fastidio, posándose en todas las partes, porque sólo así pueden fecundar las plantas...

Sí, este mundo es semejante a un rey que tenía un huerto, en el que había plantado hileras de vides, higueras, manzanos y granados. Encomendó el cuidado del huerto a un labrador y se marchó de viaje. Después de un tiempo, regresó y fue a ver los frutos del huerto. Lo encontró lleno de espinos y cardos. Salió a buscar jornaleros para que arrancaran todos los árboles del huerto con sus cardos y espinos. De repente, entre los cardos, halló una rosa, la cogió, olió su fragancia y se regocijó, diciéndose: "Sólo por esta rosa merece la pena respetar todo el huerto".

O como un hombre a quien mordió una serpiente y corrió hasta el río, para mojar en las aguas su pie y apenas entró en el río vio un niño que se estaba ahogando, le tendió la mano y le salvó. El niño le dijo: "Si no es por ti, me ahogo". "No, dijo el hombre, no te he salvado yo, sino la serpiente, porque con su picadura me hizo correr y venir a tiempo al río".

7

Ciertamente, las espinas no se cultivan, ni se siembran. Brotan espontáneamente, se yerguen y crecen. En cambio, ¡cuánta fatiga y tribulaciones para que crezca el trigo!

-¿Querrás venir conmigo, Raquel mía, mi sueño de amor, realizado sólo después de tan larga y dura espera, amor siempre en pugna con los subterfugios de tu padre, mi suegro?

Siete primaveras renovaron su milagro anual. Siete años, día a día, mi corazón renovó el prodigio de su amor a la luz de tus ojos, al calor de tu cercanía, en la contemplación de tus manos y el botón de la rosa que se abría al soplo delicado de tus labios entreabiertos y tu nariz sumergida entre los pétalos tersos, frescos, olorosos... Siete años de trabajo -con su larga y nerviosa espera-, fue la dote que ofrecí a tu padre por ti.

Siete años con el mismo paisaje, con la cíclica monotonía de su discurrir periódico. A la misma hora, los mismos rincones, piedras, árboles y pájaros me esperaban. Bajo la escarcha de Tebet o la explosión de brotes del mes de Nisán o la madurez otoñal de los frutos del campo. El ciclo repetitivo, la monotonía de lo cotidiano, de lo anodino me insertaba en el paisaje.

Y sólo me arrancaba de él el milagro del amor, que crecía al acortarse de la espera ansiada. Era tan grande y tierno que aquellos siete años volaron como un relámpago, me parecieron unos días de tanto como te amaba.

Tu mirada y tu fe me han hecho ser hombre, han devuelto la vida a mi yo profundo y auténtico. Tus senos, dos palomas dormidas, arrullan y duermen mis ojos, mientras te ayudaba a moler el trigo, uniendo mi sudor al tuyo para amasar el pan de la familia. Y luego mi mente se hacía lago, que reflejaba tu imagen en el fondo de mis deseos.

La luz de tu mirada prendió el fuego de mi corazón, un fuego que no ha consumido mi zarza; que no se apagó en los siete años de espera; un fuego, que ha labrado mi corazón. Ha sido el manantial de mi esperanza, el abrigo de los siete largos inviernos y el refrigerio de los mismos veranos. Tu amor contenido se me ha desarrollado por dentro, hasta penetrar toda mi sangre y médula, floreciéndome cada primavera en cantos de nostalgia, melancolía, ansias y pasión de perpetuarme, de sembrarte mi simiente y estrechar entre mis brazos, fuera de mí, mi vida hecha carne en ti, el fruto gozoso de tanto amor...

Pero lo bello es lo superfluo. La flor, y hasta las hojas, la espera y el viento jugando al escondite con el sol entre las hojas de los árboles. Y tus palabras, tus pocas palabras, que vuelan de tus labios temblando como palomas...

8

El despertar del sueño fue Lía. No fui una excepción. Soñé la muchacha de mis deseos y después de la boda descubrí la mujer, la real, que era otra y no la de los sueños. La madre de mis hijos y de mi dolor; la del amor dolido y fecundo.

Lía, tus ojos lánguidos de sueño y pereza, ojos de ternera con sed, desencajan los míos y me turban la vista. Siete años esperando, suspirando por Raquel y me encuentro contigo. ¿Qué es esto? Siete años soñando este día, siete años de silencioso sufrir y ¡ahora esto! ¡Qué golpe tremendo! La brutal realidad se me clava en las niñas de los ojos. ¿Será acaso así en todo amor? ¡Qué desengaño! Siete años de trabajo, de humillaciones, de largas noches de soledad... ¡Raquel trocada en Lía!

Aún lo tengo vivo en la sangre de la memoria. Con temblor me llegué aquella tarde a mi tío y le dije:

-Se ha cumplido el plazo, dame mi mujer para que viva con ella.

Y Labán el tramposo, que sólo tiene ojos y corazón para el lucro, me dice que sí, que eso era lo convenido:

-Mejor es dártela a ti que dársela a un cualquiera.

Y sale a reunirse a la puerta de la ciudad con los notables del lugar para invitarles al banquete nupcial.

Y la fiesta fue un canto de júbilo y alegría. Allí estaban los ancianos primos de mi padre: Us, Buz, Késer, Jasó, Pildás, Yildaf y Betuel. Y, con ellos Aram, el hijo de Quemel, primo y coetáneo de mi madre, que luego me contaría todos los enredos de la boda. Y los coros de muchachos y muchachas, que se alternaban cantándonos a los esposos: nuestra belleza y amor.

Raquel iba vestida de lino deslumbrante de blancura, con su cintura ceñida de perlas y brocado. Su frente coronada de dátiles, higos y nueces, como augurio de fecundidad. El mismo augurio nos hicieron con la abundancia de nueces y granos de trigo tostado que arrojaron a los niños. Y mis compañeros, los pastores, con el mismo deseo, deshicieron a la puerta de mi tienda una granada, augurándome numerosa prole.

Recuerdo que me volaban los pies cuando llegué a su casa, para llevarla a mi tienda. Bellísima, me apareció en el umbral de la casa que dejaba llorando, acompañada de las amigas, que cantaban:

Oh esposa, muéstrate,

mira como las antorchas hacen brillar tu belleza.

Deja de llorar. Sal, oh nueva esposa.

Y su padre que la bendecía:

Que seas feliz en tu casa

y no tengas que regresar viuda o repudiada.

Luego tuvo lugar el banquete en un ambiente lleno de luces y abundancia de vino, con pan de uva para todos y las agridulces almendras tostadas con miel de dátiles...

Según avanzaba el cortejo, toda Harán se puso en agitación. Todos salían de sus casas a contemplar a la novia. Y allí estaban todos ante la casa, gritando:

-¡Es la hora del canto!

Y se cantó. Y con el canto surgió el baile. Se formaba un corro, dos, tres y se danzaba. Primero el canto lento y lento el baile; luego rápido, torrencial, ardiente, con sus saltos y cambios instantáneos de dirección, a la derecha, a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, hasta el vértigo. Se bailaba cogidos de la mano, con los ojos en ascuas y el corazón en fiesta. El corro se estrecha y se alarga, se estrecha y se alarga; nos aleja y nos acerca; nos perdemos y nos encontramos; nos hacemos todos uno con el canto, que nos transforma a nosotros mismos en canto. La voz vence el silencio y la soledad: se olvida el pasado y se vive el presente para los otros, con los otros. El mismo canto se repite diez, cien veces, para no dejarlo, para no dejarnos. El canto se hace danza y el baile se hace canto. La alegría nos precipita en la alegría original, alegría que anuncia la creación y nos funde con ella. Y de improviso, en medio del corro, me encuentro solo con Raquel, mientras todos nos baten las palmas y cantan:

¡Vuélvete, vuélvete, Sulamita,

date la vuelta, que te admiremos!

¿Qué admiráis en la Sulamita,

durante la danza de los dos coros?

¡Qué encantadores son tus pies

en las sandalias, hija de un príncipe!

Las curvas de tus caderas son collares,

obra de manos de artista.

Tu regazo, una copa redonda,

donde no falta el vino aromático,

tu vientre, un muelo de trigo,

circundado de lirios.

Tus senos, como cervatillos

gemelos de gacela.

Tu cuello, como torre de marfil.

Tus ojos son dos lagos...

Tu cabeza coronada, como el Carmelo,

con su cabellera de púrpura

y las trenzas que encantan hasta a un rey.

¡Qué bella, qué encantadora,

mi amor, delicia mía!

Tu talle esbelto es una palmera

y tus senos, sus racimos.

Me digo: Subiré a la palmera,

recogeré sus frutos.

Tus senos son para mí, racimos de uvas,

tu aliento cual fragancia de manzanas,

tu paladar, cual vino exquisito,

que fluye derecho hacia mi amor,

escurriendo sobre mis labios dormidos.

Yo soy de mi amado,

y hacia mí tiende su deseo.

Y sigue el canto y el baile. Y sigue el vino y la alegría.

Y al final, cuando estábamos todos medio ebrios, antes de entrar en el tálamo, Labán pronunció la última bendición:

El cielo llene de alegría esta pareja de esposos

y les bendiga el Dios, rey del mundo,

que ha creado el placer y la alegría,

esposo y esposa, leticia y júbilo,

alegría y humor sereno,

amor, fraternidad y amistad.

Tras la bendición entré en la cabaña nupcial, a esperar que el padre introdujera a la hija. Y así llegó Labán con su hija velada y apagó todas las lámparas.

Extrañado, le pregunto:

-¿Qué pasa?

Y él me responde:

-¿Piensas que nosotros carecemos de pudor como vosotros?

9

Recuerdo el jadeo engañoso de ella, deslizándose como una serpiente en el lecho nupcial. El licor y el cansancio de la fiesta nublaban mis sentidos y el silbo de ella me adormecía.

Con razón dicen los sabios, bendita sea su memoria, que la mujer es toda ella lazos; su corazón es una red y sus brazos, cadenas. ¿Quién se librará de caer en su trampa?

-"Raquel, Raquel", la llamaba más con los brazos que con la boca. Y ella me respondía:

-"Jacob, Jacob mío".

Pero a Lía se le reían los ojos, mientras, en la mañana, le reprochaba su engaño. Oh, sus ojos abiertos -entonces sin lagañas ni sueño-, ¡cómo me miraban para que yo bañara en su lago oscuro la tristeza de mi decepción!

-Y tú, me decía, ¿no respondiste a tu padre Isaac, cuando te llamaba Esaú?

-¡Tramposa, hija de tramposo!

-¿Es que hay algún maestro que no tenga discípulos?

Me sentí burlado y humillado. Lía me miraba con una mezcla de superioridad y de ternura, que me hizo sentirme ridículo. Pero, de repente, cambió su mirada, como incómoda, para decirme con una voz humana y húmeda:

-Todo lo que en la noche he dicho es la pura verdad. Te amo y aspiro a que me ames con el amor que sientes por Raquel, quiero rescatarte de su afecto.

Esto era más de lo que se podía soportar. Sus palabras me erizan. Me desafía, provocándome con su estimulo punzante a una cadena de reacciones inimaginables, pero reales, vivas, escondidas en lo más hondo, en la raíz de mi ser. La provocación, que se me antoja gratuita, comienza a inculcarme, a inocular en mí un disgusto, que se vuelve rencor y que amenaza convertirse en odio.

Es un hilo insospechado, increíble, en el trenzado de mi vida. Con rabia la respondo:

-¡Pero tú me has engañado!

Me dejé arrollar por el torbellino de mis sentimientos confusos. Y me asusté de mí mismo. Sorprendido más que Lía, que con calma inusitada, me replicaba:

-Sólo en el nombre. ¿No son estas las manos que has besado? ¿No son estos los brazos que te abrazaban? ¿No es este el cuerpo que has acariciado y poseído y con el que te has sentido feliz?

-Sí ¿y qué?

-¿Y no es eso suficiente? ¿No es eso lo que deseas?

Me pareció más bella. Su expresión melancólica la volvía más seductora. Me hablaba con un temblor de ternura en cada palabra. Sus palabras, casi sin gestos, me acariciaban como una mirada, como una sonrisa, hasta turbarme. Pero esas palabras me hacían vivir en un mundo nuevo, como si me dieran unos ojos y una luz para verme y ver mi universo de una forma única, que embotaba la sorpresa, hundiéndome en la paradoja de toda mi vida, con su enigma indescifrable.

10

Pero ahí estaba ya Labán, cerca de la tienda, cuchicheando con los notables del lugar. Oigo sus risas y el eco de una parábola, que narra uno de ellos:

-"Un príncipe tenía un jardín y en la puerta del jardín un perro. El príncipe estaba en el aposento superior, oteando desde una ventana todo lo que sucedía en el jardín. Llegó un amigo del príncipe a robar algo del jardín. El príncipe le achuchó el perro y el perro desgarró los vestidos del amigo. El príncipe se decía: Si le digo a mi amigo: ¿por qué entraste en el jardín?, le voy a avergonzar. Le diré: ¿has visto que perro más estúpido? ¡ha destrozado tus vestidos sin darse cuenta de que eres mi amigo! Y así caerá en la cuenta de lo que ha hecho".

Sin duda la parábola iba conmigo, aunque se me escapara su significado. Hay, sin duda, una irrisión y una ironía amarga en nuestras relaciones de tío y sobrino. Labán, el Cándido, me engaña a mí, Jacob, el Tramposo, el Suplantador. Esta es la ironía de nuestros nombres.

Según me acerco, antes de que ellos me vean, me llega la voz gangosa de Labán, que ya de madrugada celebra con su licor preferido su treta conmigo:

-Como sabéis, -cuenta a sus amistades-, estábamos escasos de agua; ha venido este justo y hemos sido bendecidos con agua abundante. ¿Y qué os parece? Le he engañado, dándole a mi hija Lía, mientras él ama a Raquel y así se quedará con nosotros otros siete años más...

La carcajada se les cortó por la mitad en la boca al verme aparecer. Exasperado, grité:

-¡Eres un ladrón! ¡¿Qué me has hecho?! ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué me has engañado?

-No es costumbre en nuestro lugar dar la pequeña antes de la mayor, me responde socarronamente.

Sus palabras se me clavan hasta la memoria del engaño a mi padre para arrebatar la bendición de mi hermano, el primogénito. Herido en las entrañas, le repito:

-¡Eres un ladrón! ¡Me has engañado y robado en el sueño!

Me replica, como si no le tocaran mis insultos:

-Está escrito: "Quien con sabios anda, sabio se hará". ¿Con qué comparar esto? Con uno que entró en una perfumería y aunque nada compró ni vendió, si se le pegó el perfume del lugar y lo sacó consigo.

-También está escrito, le repliqué: "Y el que se junta con tontos, se atonta". ¿Con qué comparar esto? Con uno que entró en casa del curtidor y aunque nada compró ni vendió, sí se impregnó de mal olor y lo sacó consigo... ¡Ah, ladrón, ladrón!

El perspicaz Labán había pesado en su imaginación el cuerpo, el alma y la fortuna del pretendiente de su hija Raquel y siguió, impertérrito:

-También tu Dios es ladrón, pues está escrito:

-"Entonces el Señor hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas... "

Y Lía, que ha llegado al alboroto de mis voces y contenta de su matrimonio, me dejó con la palabra, en los labios, al responder a todos:

-Oíd: Ayer por la noche entraron en nuestra casa unos ladrones. Han robado un ánfora de plata y nos han dejado en su lugar una de oro.

-Ah, respondieron a coro los notables del lugar, como si ya tuvieran ensayada la escena, vengan todas las noches ladrones como esos.

-Exacto, respondió Lía. ¿No ganó entonces Adán cuando, mientras dormía, se le quitó una costilla y, al despertar, se encontró con el don de una mujer? ¿Y tú...?

-Termina esta semana de fiestas con Lía y te daré también a Raquel en pago de que me sirvas otros siete años, concluyó Labán, como quien cierra un trato.

El relato del engaño de mi boda corrió de boca en boca. Se comentaba en las plazas, en el mercado y en las casas.

Nuestros sabios, bendita sea su memoria, han vivido atentos, con tensión, con dolor, alegría, con picardía y temblor esta narración, ya sabida, como si por un capricho la historia pudiera contradecirse a sí misma. Una tierna o loca esperanza les recorre el alma, como a quien está viviendo los hechos, su propia historia, vista en el espejo de la historia de Jacob.

Al final, relajados, se sacan la espina contra Lía, que engaña a su venerable patriarca y progenitor, contando burlescamente su formación: Lía, el Santo, bendito sea su Nombre, no te creó de la cabeza del hombre, para que no te enorgullecieras y sin embargo has caminado siempre con el cuello erguido. No te creó del ojo, para que no fueras curiosa, y has ido siempre guiñando tus ojos legañosos. No te creó del oído, para que no escucharas detrás de las puertas, y bien que lo aprendiste de la abuela Sara. No te creó de la boca, para que no fueras charlatana ni cotilla, y tu lengua ha sido mordaz como una víbora. No te formó del corazón, para que no fueras celosa, y la envidia te ha carcomido hasta contagiársela a tu hermana Raquel. No te hizo de las manos, para que no estuvieras tocando cuanto se pusiera a tu alcance y tú has robado hasta el lecho nupcial a tu hermana. No te hizo del pie, para que no fueras vagabunda, y un día lloraremos todos por los vagabundeos de tu hija.

Quien en la vana búsqueda del placer no se da cuenta del vacío sobre el que camina, recorre una vía falsa de alegría; el hombre realmente alegre es como uno a quien el fuego ha quemado la casa y, habiendo sufrido en el alma, comienza a construir una nueva casa y su corazón se alegra con cada piedra que pone, incluso antes de habitar la casa. Es una alegría empastada con la memoria de la destrucción, pero sin dejarse vencer por ella.

11

Terminada la semana recibí también a Raquel, el consuelo de la ausencia de mi madre, la fuerza de mis pies, el espejo de mis tropiezos. ¡Cómo la amaba! ¡Siete años de servicio por ella me parecieron unos días! Pasaron como una ligera nube de verano, como un sueño de amanecer.

Y, sin embargo, ¡qué interminable la última semana! Un silencio de complicidad unía a Raquel y Lía con la charlatanería hipócrita de su padre. "Es culpable -dicen los sabios, bendita sea su memoria-, quien siente, es testigo, ve o sabe y no habla". Silencio como careta hipócrita de la prudencia. Labán pudo descansar al casar a sus dos hijas, recitando:

Una hija es tesoro engañoso para su padre,

le quita el sueño por la preocupación;

si es joven, no se le quede en casa;

si casada, no se la repudien;

si doncella, no se la seduzcan;

si casada, no sea infiel;

en la casa paterna, no quede encinta;

en casa del marido, no quede estéril.

Labán siempre fue un casamentero con ojo de comerciante. Así me lo pintó su hermana, mi madre, en el más amable y risueño relato de su vida, que me susurraba tantas noches para dormirme. Me hablaba con una calma inusitada, como saboreando las escenas y los diálogos:

Abraham, tu abuelo, era viejo, de edad muy avanzada. Sara, tu abuela, ya había muerto. No llegué a conocerla. El Santo, bendito sea su Nombre, había bendecido a Abraham en todo. Le había dado riquezas y, sobre todo, le concedió en su ancianidad el hijo que le había prometido. Tu padre, hijo mío, es el hijo de la promesa, don del Santo, bendito sea su Nombre, pues tu abuela era estéril y le dio a luz, cuando su matriz ya estaba seca.

Presintiendo, pues, cercana la muerte, Abraham no podía demorar más tiempo el matrimonio de su hijo. Llamó al criado más fiel de su casa, que administraba todas las posesiones, y le dijo:

-Pon tu mano bajo mi muslo y júrame por el Señor, Dios del cielo y Dios de la tierra, que cuando busques mujer a mi hijo, no la escogerás entre las cananeas, en cuya tierra habito, sino que irás a mi tierra nativa, y allí buscarás mujer a mi hijo Isaac.

El criado contestó:

-Y si la mujer no quiere venir conmigo a esta tierra, ¿tengo que llevar a tu hijo a la tierra de donde saliste?

Abraham replicó:

-De ninguna manera lleves a mi hijo a ella. No se puede desandar la historia; la historia exige fidelidad a la tierra de la promesa. Y el Santo, bendito sea su Nombre, que me sacó de la casa paterna y del país nativo, que me juró: "A tu descendencia daré esta tierra", enviará su ángel delante de ti y traerás de allí mujer para mi hijo. Pero si la mujer no quiere venir contigo, quedas libre del juramento. Sólo que a mi hijo no lo lleves allí.

El criado, con la mano derecha bajo el muslo de Abraham, le juró cumplirlo.

Este juramento me ha mantenido durante muchas noches en ansia tempestuosa. Se hallaban en conflicto dentro de mí las voces de mis esposas, hijos y ganados, que durante el día llenaban mis oídos, y la voz del Santo, bendito sea su Nombre, que insistía en mi corazón: "Vuelve, vuelve a la tierra de tus padres, que será la tierra de tus hijos". Así se han sucedido las estaciones, siembra y cosecha, Tammur y Tebet, frío y calor, noche y día, lluvias y sol. ¡Cuántos momentos interminables de silencio, escrutando el cielo azul, surcado de nubes blancas, ligeras como la sombra de un pájaro en vuelo!

Pero en la mañana, con el alba, la niebla comenzaba a esclarecerse, al prestarle el sol algo de su luminosidad. Y el río, que canta saltando entre las guijas blancas, me invitaba a seguir el camino, a la aventura, a la evasión.

Con mi azumbre de leche de camella en las manos, la barba pringada de nata, soñaba con el aroma de los campos de Berseba, bañados del rocío del cielo, tierra gozosa de rosales, de trigo y mosto, suelo de la bendición de mi padre. Veía, como en un ensueño, a mi abuelo que echaba una mirada en redondo a los cuatro puntos cardinales desde el centro de Canaan, y con él contemplaba la cuenca del Jordán. Al sur era un terreno relativamente árido, de colinas ocres con escasas manchas verdes. En cambio al norte, estaba el valle del Jordán, la vega dilatada, como un jardín junto al río, con sus áloes y cedros junto a la corriente.

¡Qué maravilla Jericó con sus palmeras! Sólo la mirada es ya como tomar posesión anticipada con la vista... Pero, yo seguía en el país de cardos y quebradas, lejos de la grosura de la tierra; mi morada (y no la Esaú) lejos del rocío que baja del cielo.

Y, sobre todo, madre, cuando encendía la antorcha y su resina fragante despertaba las sombras de la tienda, que danzaban al ritmo de mis pasos, entonces me sentía solo, dejado de todos, con ganas de volver a la casa, a la casa tibia de tu presencia querida y de los aromas conocidos de la cocina. En mi pecho se mezclaban dudas y remordimientos en un turbión de emociones oscuras y bruscas, desconocidas antes para mí, que siempre fui "hombre de casa". La casa, la casa y tu voz contándome tu historia:

Entonces Eliezer, el criado, tomó diez de los camellos de su amo, y llevando toda clase de regalos se encaminó a Harán Nahzarín, ciudad de Najor, allá entre el Tigris y el Eufrates, en la ribera de Balij.

Apenas llegó, Eliezer hizo arrodillarse a los camellos fuera de la ciudad, junto al pozo, al atardecer. Era la hora en que las muchachas salíamos a buscar agua. El se puso a rezar:

Señor, Dios de mi amo Abraham,

dame una señal propicia

y trata con amor a mi señor.

Yo estaré junto a la fuente, cuando las muchachas

de la ciudad salgan a por agua.

Diré a una de las muchachas:

por favor, inclina tu cántaro para que beba.

La que me diga:

bebe y también abrevaré tus camellos,

esa es la que has destinado para tu siervo Isaac.

Así sabré que tratas con amor a mi amo.

Entonces llegué yo con el cántaro al hombro, bajé hasta el pozo, lo llené, volví a subir y de repente vi al hombre que corría a mi encuentro.

Sí, madre, al atardecer he ido muchas veces a la fuente donde te encontró Eliezer. Como él, he escuchado el ladrar de los perros y el cotilleo de las mujeres. Y luego, en mis largas noches de soñador, he llenado las horas con el romántico idilio, como me lo contaba el viejo Eliezer, que siempre añadía detalles al relato que tú me habías contado:

-No había acabado mi oración, cuando llegó tu madre con el cántaro al hombro. Era una doncella muy hermosa. No había tenido que ver con ningún hombre. Era hija de Betuel, el hijo de Milca, la mujer de Najor el hermano de Abraham, mi señor. El Santo, bendito sea su Nombre, no sólo escuchó mi oración, sino que incluso rebasó mi petición.

Cuando vi a tu madre, que subía de la fuente, corrí a su encuentro y le dije:

-Déjame beber un poco de agua de tu cántaro.

Ella me contestó:

-Bebe, señor mío.

Y en seguida bajó el cántaro, se le puso en la cadera y le inclinó, sujetándole con el brazo y me dio de beber. Cuando hube saciado mi sed, ella me dijo:

-Voy a sacar agua también para tus camellos, para que beban todo lo que quieran.

Vació su cántaro en el abrevadero, corrió al pozo a sacar más, y sacó para todos los camellos. Has de saber -imagínalo bien- que el pozo era un agujero grande y hondo excavado en la tierra; se descendía hasta sus aguas subterráneas mediante escalones, y arriba estaban los abrevaderos. Para dar agua a diez camellos, tu madre tuvo que acarrear muchos cántaros de agua. Y yo la estuve contemplando, en silencio, lleno de emoción, para ver si el Santo, bendito sea su Nombre, daba éxito a mi viaje o no. No podía estorbar la señal. Fue un cuadro inolvidable: las disposiciones femeninas para servir, su bondad de corazón y su amor hasta a los animales. Y su belleza...

Cómo he soñado también yo la escena, después de conocer la fuente. Imaginaba los camellos reposando después de las largas jornadas de viaje. Allí estaba el pozo en la campaña abierta, a las puertas de la ciudad. Veía a las jóvenes del lugar llegar al atardecer a sacar agua. Y en seguida se me nublaban sus caras, llenando mi mente tu rostro de muchacha bella y amable. ¡Dulce tu sonrisa me emocionaba! El cántaro en la cadera, lo inclinabas para que bebiera el forastero, llegado de tierras lejanas. Dabas de beber a los camellos y luego le escuchabas incrédula, mientras te batía el corazón en el pecho. Todavía te batía cuando me lo contabas:

Cuando los camellos terminaron de beber, el hombre tomó un anillo de oro de medio siclo y me lo puso en la nariz, y dos pulseras de oro de diez siclos para los brazos. Y me preguntó:

-Dime de quién eres hija, y si en casa de tu padre hay sitio para pasar la noche.

Con el corazón sofocado, le contesté:

-Soy hija de Betuel, el hijo de Milca y de Najor. Tenemos abundancia de paja y forraje y sitio para pasar la noche.

El hombre se inclinó en adoración, y dijo:

-Bendito sea el Señor Dios de mi amo Abraham, que no ha olvidado su misericordia y fidelidad con su siervo. El Santo, bendito sea su Nombre, me ha guiado a la casa del hermano de mi amo.

Apenas escuché sus palabras salí corriendo a casa a contárselo a mi padre, dejándole junto al pozo sumido en la plegaria.

12

¡Oh pozos, bendición del Santo! En otro pozo de esta misma tierra, me dejó plantado otra muchacha, que corría a la misma casa.

Pájaro escapado del nido es el vagabundo lejos de su hogar, dicen los sabios, bendita sea su memoria. Y tras mi largo viaje, desde el pozo de Berseba, llegué, como en un vuelo, al país de los orientales. Guiado por el Santo, bendito sea su Nombre, me encontré en Harán, la tierra de mi abuelo y de mi madre. Me hallaba junto a un pozo, junto al que aguardaban tres rebaños. Sus pastores me señalaban a mi prima Raquel, acercándose a lo lejos al paso cansino de su hato. Cuando llegó al pozo no me pude contener. Levanté la tapa del pozo y, como mi madre con los camellos, abrevé el rebaño y abracé, conmovido, a Raquel, bañando sus cabellos con mis lágrimas, rompiendo en llanto antes de poderle decir quién era y de dónde venía. Apenas me repuse y le dije que era pariente de su padre e hijo de Rebeca, la excitación se apoderó de Raquel y echó a correr a contárselo a su padre.

En cuanto el viejo Labán oyó las noticias que su hija le daba del hijo de su hermana salió corriendo a mi encuentro, me abrazó, me besó y me llevó a su casa. La acogida no pudo ser más cordial. Pero también entre risas llora el corazón y la alegría termina en aflicción, dicen los sabios, bendita sea su memoria. Pero entonces yo no lo sospechaba. En casa le conté todo lo sucedido y me escuchó, mientras me agasajaba, exclamando repetidamente:

-En suma, que eres hueso mío y carne mía. Y así viví con él un mes, en el que mi tío Labán me mostró su lado bueno y en el que yo me consolé con Raquel de la lejanía de mi madre.

Pero al mes el interés suplantó al amor. ¿O el interés ya estuvo presente, solapado, desde el comienzo? En mis largas noches de insomnio me han pasado por la mente todas las posibilidades. He visto en su acogida segundas intenciones, cálculo disimulado: corrió hacia mí, pensando que era rico; me abrazó, cacheándome; me besó, para ver si escondía en la boca piedras preciosas, ya que no veía otros bienes...

Reconozco la perversidad de estas sospechas y me lo he reprochado cada vez que me asaltaban, pero lo he sospechado tantas veces recordando como casó a su hermana Rebeca, mi madre, que no he podido arrancármelo de la mente.

El viejo Eliezer me contaba cómo tomó diez de los camellos de mi abuelo Abraham y se encaminó a Harán llevando toda clase de regalos. Junto al pozo, al atardecer, encontró a mi madre. Entonces, sin preguntar nada, tomó un anillo de oro de medio siclo y se lo puso en la nariz y dos pulseras de oro de diez siclos para los brazos. (Hasta mi madre sabía el valor exacto de las joyas, lo que ya es sospechoso de que alguien se lo comentó con admiración y frecuencia). Así con estos espléndidos e inesperados regalos, la muchacha fue corriendo a casa a contárselo todo a su madre. En casa estaba su hermano Labán y al ver el anillo y las pulseras de su hermana y oír lo que le contaba, salió corriendo hacia la fuente, en busca del forastero. Lo encontró con los camellos arrodillados junto a la fuente y le dijo:

-Ven, bendito del Señor, ¿qué esperas aquí afuera? Yo te he preparado alojamiento y sitio para los camellos.

La invitación de Labán fue apremiante, como si temiera que otro pudiera arrebatarle aquel huésped rico y espléndido en sus regalos.

Su ojo de casamentero interesado no se equivocaba. Una vez en casa, el siervo Eliezer satisfacía su curiosidad:

-Soy criado de Abraham. El Señor ha bendecido inmensamente a mi amo y le ha hecho rico; le ha dado ovejas y vacas, oro y plata, siervos y siervas, camellos y asnos. Sara, la mujer de mi amo, siendo ya vieja, le ha dado un hijo, que lo hereda todo. Mi amo me ha mandado a la casa de sus parientes a buscar mujer para su hijo... Hoy llegué a la ciudad y junto a la fuente el Señor, Dios de mi amo, me ha hecho encontrar a Rebeca, guiándome por el camino justo para llevar al hijo de mi amo la hija de su hermano. Por tanto, si queréis ser leales con mi amo, decídmelo y si no, decídmelo para actuar en consecuencia.

Labán no dudó un momento en dar su respuesta:

-El asunto viene del Señor. Ahí tienes a Rebeca, tómala y vete; y sea la mujer del hijo de tu amo, como el Señor ha dicho.

Cuando Eliezer lo oyó, se postró en tierra ante el Señor. E inmediatamente sacó ajuar de plata y oro y vestidos y se los ofreció a Rebeca y ofreció regalos al hermano y a la madre...

Y yo era el nieto del rico Abraham, hijo de Isaac, único heredero de las ovejas y vacas, oro y plata, siervos y siervas, camellos y asnos.

Pero yo llegué con mi cayado de acacia y un zurrón vacío de provisiones. En un mes conoció mi situación y su ojo astuto calculó la ganancia que podía sacar de mí. Hizo sus planes y ajustó sus sentimientos con ellos. ¿Era una o dos personas? Si le miraba de frente, era bondadoso y me sonreía; pero si me desplazaba un poco, uno de sus ojos se volvía feroz, como queriendo devorarme, mientras el otro ojo me invitaba a acercarme a él:

-El que seas pariente mío no es razón para que me sirvas de balde; dime qué salario pides.

El sol se había puesto y las aves se recogían para dormir. Las veredas se poblaban de sombras y la tierra se refrescaba. Era Tammur y aún había luz. La claridad se retiraba lentamente de la tierra; diríase que no quería marcharse. Los hombres y las bestias de carga volvían de los trabajos del campo. Las mujeres encendían el fuego para preparar la comida de la noche. Y el crepúsculo embalsamaba el aire y el poblado abrasado por el calor del día. En casa de Labán, Lía, su hija mayor, trajinaba en la cocina y Raquel, la menor, hilaba en el patio y mientras hilaba, su espíritu -¿el suyo o el mío?- se arrollaba y se desenrollaba con el huso.

El recuerdo se me confunde con lo imaginado. Sí, recuerdo que una paloma blanca se echó a volar, batió las alas durante unos instantes por encima de la cabeza de Raquel para ir a posarse luego, después de trazar unos círculos concéntricos, en los guijarros del patio. Después echó a volar y girar en redondo a sus pies. Desplegaba la cola, echaba el cuello hacia atrás, miraba a Raquel y sus ojos redondos chispeaban en la luz del crepúsculo. Raquel miraba a la paloma, detuvo el huso, la llamó con ternura y ella, feliz, abrió el vuelo y fue a posarse en sus rodillas. Y allí, como si fueran aquellas rodillas el objeto de sus deseos, se acurrucó; plegó sus alas y se quedó inmóvil...

-Dime, ¿cuál ha de ser tu salario?, insistió mi tío con cálculo interesado, deseando que yo me ganara la vida trabajando. Pero yo estaba enamorado de Raquel y no miraba su ojo oscuro y al punto respondí:

-Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor.

Raquel cerró los ojos. En el cuenco de su mano sentía el cuerpo caliente de la paloma y los latidos de su corazón. Y mientras Raquel -¿o era yo?- escuchaba todas las vibraciones de todas las venas de su cuerpo, su padre cerraba el trato:

-Mejor es dártela a ti que dársela a un cualquiera. Quédate conmigo.

Raquel dejó de hilar, se levantó y dejó la paloma en el suelo y la rueca sobre un arca. La ventana del patio estaba abierta y por ella llegaba a la casa, en las alas de la brisa nocturna, el perfume de los nísperos. Desde el alba y durante todo el día, pero mucho más de noche, cuando nadie la veía, la primavera se abría paso en la tierra. En una noche, la llanura de Sarón, en Samaría, y de Esdrelón, en Galilea, se cubrieron de margaritas amarillas y de lirios silvestres. Y entre las ásperas piedras de Judea brotaron, como gruesas gotas de sangre, las efímeras anémonas rojas. Las vides se cubrieron de botones y en cada botón se formaban los granos verdes, las uvas y el vino nuevo.

(En el sueño Jacob mezcla y confunde las estaciones y los lugares, trasplanta árboles y flores en su imaginación de una región a otra. ¿Cuál es más verdad: lo que ven los ojos o lo que retiene el recuerdo o sueña el deseo?).

Distinguir entre pasado y futuro -me responde Jacob, en la voz de los sabios, bendita sea su memoria-, no es sino una ilusión de los sentidos, a través de los cuales el cuerpo en el que moramos comunica con el exterior. Por eso vivo toda cosa vivida, soy contemporáneo de todo, incluso de lo que ha de venir. Y todavía tengo en mi piel el olor de aquella noche y en las sienes los latidos de mi corazón. La tierra no era más que polvo y, sin embargo, exhalaba un aroma que me embriagó. Seguirán creciendo los árboles, dando vueltas las estrellas, el sol poniéndose y saliendo, el viento estremeciendo las hojas..., pero nada borrará aquel instante de mi mente y de mi carne.

Me sentía envuelto por sus ondas largas y vibrantes, que me encendían por dentro hasta quemarme y era como si ascendiese hacia una cima que me atraía. Había un torbellino fuera y dentro de mí. Yo me movía en él con la mente nublada y el corazón en ascuas. Era feliz y descubrí que sólo viviendo para otro se vive verdaderamente.

En la noche -¿cómo iba a dormir?-, ladraron los perros, cantó el gallo, cacarearon las gallinas, graznaron los cuervos, escuché a los gansos y a los patos. Desde los establos me llegaron los mugidos de las vacas, los balidos de las ovejas... Los cimientos de la tierra se estremecieron y con un inmenso suspiro la tierra se sacudió de su sueño profundo. Gritaron todos los seres con una voz que salía del corazón, gritos de parto, como una invitación a la vida, a fiesta de luces en la noche. El silencio grávido de vida escondida y subterránea, alumbró una vida nueva, rompiendo los sellos del tiempo:

-Raquel será mi esposa. ¿Qué son siete años?

Dicen los sabios, bendita sea su memoria, que el deseo crea la esperanza y la esperanza nutre el deseo, acrecentándolo hasta llevarle a la consecución de lo esperado. El tiempo, como el dolor o la culpa, la paz o la desazón, no vienen de fuera, se llevan dentro, en los entresijos de la carne. Basta pinchar un poco para que afloren.

Es como un rey que había construido un magnifico palacio, con innumerables habitaciones, pero con una sola puerta abierta para llegar hasta el trono donde él se encontraba. Terminada la construcción, el rey dio un edicto ordenando a todos los príncipes que se presentasen ante él, que estaba sentado en su trono en la última habitación. Pero cuando los príncipes entraron vieron puertas abiertas por todos lados, con corredores tortuosos, que conducían lejos a otras puertas y corredores, sin que se entreviera ningún final a sus miradas extraviadas. Entonces llegó el hijo del rey y el amor le hizo darse cuenta que todo aquel engaño era fruto del reflejo de los espejos y descubrió al padre en la sala delante de él.

13

Satisfecho mi tío Labán y yo más contento que él, comencé a trabajar en sus campos y a cuidar sus ganados. El trabajo llenó mis días y mi interés. Serví a Labán con todas mis fuerzas, aunque de acuerdo a la bendición de mi padre, yo había sido elegido para que me sirvieran mis hermanos. Se dirá que no servía por dinero, sino por amor. Años más tarde, un profeta, que entendía de amor, me juzgará con desprecio:

Se puso a servir por una mujer,

por una mujer guardó ganado.

Ah, sí, el profeta tiene razón. Con la vista de Raquel comenzó para mí una vida inocente, llena de sorpresas e ingenuidades: los coloquios, los silencios, las miradas fortuitas, los roces involuntarios; todo nos unía cada vez más. Era como si desde antes de nacer nuestras vidas hubieran sido preparadas para encontrarse.

-Lo habían sido, Jacob, pues ésta es la tarea del Santo, bendito sea su Nombre, desde que acabó la creación del mundo, comentan los sabios, bendita sea su memoria: combinar matrimonios.

Durante la espera de los siete años, trabajando día y noche, sin conciliar el sueño, yo fui sólo sobresalto y esperanza, Raquel mía. Te llevaba grabada en mi pensamiento, en la oscuridad de mis párpados, en mi respiración, en mis pulsaciones. Tu presencia en mi soledad fue tan intensa como cuando te vi llegar al pozo tras las ovejas. Tú eres el espejo que reafirma la existencia de mi vida. Tú me desvelas lo hondo de mi ser, lo que vale y lo que debo arrojar de mí. A tu luz cada piedra o nube cobran un significado particular; cada momento me revela una sorpresa. Se me cargan los hechos de mensajes, que anuncian nuestro futuro; y mis sueños van grabando en mi memoria algo parecido a un pasado de años. Mi fantasía vuela y vive anticipos de recuerdos, experiencias nuevas, plenas de pequeñas certezas, que acortan los días y la espera. Todo es profecía anticipada.

Voy conociendo y archivando en mi memoria tus gestos, tu ira, tu risa, tus ademanes, tus silencios. He necesitado tus ojos para ver el mundo. En tu rostro se me refleja la belleza de las cosas. Más aún, Raquel mía, en tu rostro se refleja la luz del Santo, bendito sea su Nombre, luz que me estremecía cada vez que salías a mi encuentro, arañándome las entrañas, pulsándome las cuerdas del alma, donde me suena la música de su shekinàh.

Tu me adormeces, me enloqueces. Eres mi luz y mi ceguera. Por ti siete años de servicio me parecieron un instante. ¡Qué felicidad estar sentado al borde del río, ver cómo el agua corre hacia el mar y cómo, reflejados en ella, corren los árboles, las aves, las nubes, la noche, las estrellas! ¡Cómo pasaban los días uno tras otro! El día nace, la noche cae, el sol y la luna siguen su curso; los niños se transforman en hombres, los cabellos negros se blanquean, el mar va lamiendo la tierra...

Y con las aguas del río corren mis sueños, mis memorias y fantasías. Las aguas del Eufrates me dibujaban una larga caravana de camellos cargados de mercancías preciosas; abría la marcha, guiándoles, un pequeño asno. Procedían del desierto; seguramente habían partido -o regresaban- desde más allá de Nínive o Babilonia; desde las tierras limosas y ricas de mi abuelo Abraham. Pasan por las faldas del Hermón, con sus cimas nevadas, con alturas ásperas y selváticas, con sus cedros, entre los que viven leones y leopardos. Donde nace el Jordán...

14

Me imagino a mi bisabuelo Teraj entre los opulentos mercaderes, que iban a la cola de la caravana, con sus turbantes verdes, sus barbas negras, sus aros de oro en las orejas, balanceándose al ritmo de los camellos.

Y recordé la historia que me contaba mi abuelo, sentándome en sus rodillas:

Mi padre era mercader de ídolos. Un día, cuando yo tenía tu edad, estaba indignado por los ídolos que fabricaba mi padre. Mi padre se fue de viaje con sus mercancías hacia el país de los egipcios. Me dejó encargado de la venta de ídolos en su lugar. Llegó un hombre que quería comprar un ídolo. Yo le pregunté:

-¿Cuántos años tienes?

-Cincuenta, me respondió.

Entonces le dije:

-Ah, tienes cincuenta años, ¿y te arrodillas ante una cosa apenas fabricada?

El hombre se avergonzó y se marchó sin el ídolo. En otra ocasión llegó una mujer con una olla de harina y me dijo:

-Toma la harina y ofrécesela a los ídolos.

No aguanté más. Cogí un bastón y rompí los ídolos. Luego coloqué el bastón en la manos del más grande.

Cuando regresó mi padre de su viaje y vio lo ocurrido, me preguntó:

-¿Qué has hecho con los ídolos? Y yo le respondí:

-No puedo negártelo. Una mujer vino con una olla de harina y me pidió que se la ofreciera a los ídolos. Entonces uno dijo: "quiero comer el primero". Otro dijo: "yo quiero ser el primero". Finalmente se alzó éste, el más grande, cogió el bastón y rompió a palos a los otros.

Entonces mi padre, encolerizado, me replicó:

-¿Por qué te burlas de mí? ¿Es que acaso los ídolos saben lo que pasa?

Y yo pude decirle lo que siempre había deseado decirle:

-¡Que tus oídos oigan lo que tu boca dice!

Y al final siempre me bendecía:

Hijo mío pequeño, Jacob,

que el Señor del universo te bendiga

y te conceda todas las bendiciones

que dio a Adán y a Noé

y todo lo que me prometió a mí

sea para ti y para tu descendencia.

No te alejes jamás del Señor, que es tu Dios.

El Señor sea para ti padre

y tú para El como hijo primogénito.

Es como un caminante, que iba por el desierto; caminó un día, dos, tres, diez días sin encontrar una tienda, ni un refugio, ni un árbol, ni agua, ni alma viva; finalmente, después de muchos días, vio a lo lejos un árbol. Entonces pensó: quizás junto al árbol hallaré un poco de agua. Acercándose al árbol, efectivamente, vio que de entre sus mismas raíces brotaba una fuente. El árbol era magnífico, con frutos estupendos, dulces y la copa de sus ramas y hojas daban una sombra deliciosa. Se sentó, descansó a su sombra, comió de la fruta, bebió del agua de la fuente y experimentó un inmenso descanso. Cuando se disponía a continuar la marcha, se dijo: Oh, árbol bendito, ¿qué puedo augurarte?, ¿qué te puedo desear?

¿Que tu madera sea bella? Ya lo es.

¿Que tu sombra sea suave? Ya lo es.

¿Que tus frutos sean dulces? Ya lo son.

¿Que brote un manantial de tus raíces? Ya brota.

¿Que te circunde un lugar ameno? Ya lo tienes.

¿Qué puedo desearte? ¡Que todos los árboles que broten de tu semilla sean como tú!

15

Ah, ¡cuánto amaba a mi abuelo! Su mirada siempre erraba lejos, más allá del horizonte. Aunque, de pronto, en sus ojos se encendía una luz familiar, que les transformaba en ojos dulces, plenos de bondad. Yo me extasiaba con sus grandes ojos soñadores, perdidos en lontananza.

Y con mi abuelo y sus ojos amaba la tierra de la promesa: Canaán.

Hacia el sur se levanta, ondulante como el lomo del leopardo, el desierto de Idumea; más lejos, como un espejo opaco, el Mar de la Sal. Y más lejos, en el extremo norte, soleada y verde, Galilea. ¿Por qué digo lejos? ¿Desde dónde estoy mirando? No lo se. Sólo que veo, de un extremo al otro del suelo, el Jordán que culebrea, regando la tierra de la promesa, la tierra de frescura, de viento y de deseo.

Desde el mar de Kinnéret al mar del Arabá. Desde Magdala, la aldea graciosa, serena, rodeada de palmeras, encrucijada de las caravanas que se dirigen desde el Eúfrates y el desierto de Arabia hacia el mar y desde Damasco y Fenicia hacia el valle verdeante del Nilo... Recuerdo esta aldea por el pozo de agua fresca, a la entrada, donde acudían desde el lago los pescadores, con el rostro, el pecho y los brazos devorados por el sol y el viento, y con sus grandes ojos de niño asustado contemplaban el paso misterioso de las caravanas...

Y con los ojos de mi abuelo -no sé qué hacer de mis ojos, de mis recuerdos y de mis sueños- descanso bajo la encina de Moret. Mis ojos, llenos de sol y gozo, vuelan con las alondras sobre las mieses altas, apretadas y granándose. Así la ladera del monte Ebal, perfumado de cíclamas, fresco y jugoso de rojas anémonas. Los pasos largos del recuerdo de mi abuelo me llevan, como en volandas, a la cima del monte, para recibir todo el esplendor del día en mi frente. Aún hoy veo cómo la emoción le temblaba en el pecho y cómo cerraba los ojos como queriendo retener un recuerdo huidizo con sus párpados cerrados. Allí se le apareció el Santo, bendito sea su Nombre, y le dijo: "A tu descendencia he de dar esta tierra".

Pasada Samaria, entrábamos en Judea. Poco a poco veíamos cambiar las familias de los árboles. Se alineaba ahora el borde del camino con álamos de follaje amarillento, algarrobos cargados de frutos y cedros milenarios. La región, pedregosa y privada de agua, era ingrata. Pero, a veces, emergía entre aquellas piedras una flor silvestre, azul, modesta, graciosa. Y cuanto más nos acercábamos a Jerusalén, la comarca y la faz de mi abuelo se iban volviendo más silvestres y misteriosas. Descendíamos hacia el mar de la sal. El sol nos bañaba en llamas. Ante mis ojos se alzaban, cada vez más altas, como una muralla árida, las montañas de Moab; y por detrás, blancas como la cal, las montañas de Judea. El sendero, lleno de recodos, era escarpado, se respiraba con dificultad, hasta que, de pronto, en un recodo del camino, los párpados dejaban de arder y se sentía una frescura suave en los ojos. Justamente, ante nosotros, se extendía un verdor inesperado; había corrientes de agua, granados cargados de frutos, dátiles olorosos. En el aire se sentía repentinamente el aroma de jazmines y rosas. Estábamos en Jericó, la ciudad amurallada.

Pero Jericó era sólo un lugar de paso, una pausa en el camino; justo el tiempo de desgranar y saborear una granada fresca y jugosa como el beso de una mujer. Yo lo sabia muy bien, todos los caminos de mi abuelo, de norte a sur, de sur a norte, de oriente a occidente, de occidente a oriente, siempre durante las largas veladas de invierno en que permanecíamos interminablemente sentados junto al fuego, siempre terminaban en la colina de Sión.

Desde lo alto de Sión se dominaba una tierra majestuosa, suave en sus ondulaciones, amarilla con reflejos dorados, austera; delicada, como la mano de una muchacha y, a la vez, vigorosa como el brazo de un guerrero. Allí el cielo se inclinaba sobre la tierra y se confundía con ella. Al llegar aquí mi padre, hasta entonces adormilado o sumido en sus inescrutables meditaciones, alzaba los ojos, por un momento hacia mí. Jamás he visto tanto cielo en los ojos de un hombre.

Mi abuelo también a este punto guardaba silencio, se cargaba de silencio y en lugar de seguir la narración, ahora recitaba, como si se tratara de otro y no de él mismo:

Dios puso a prueba a Abraham, diciéndole:

-¡Abraham! ¡Abraham!

Respondió:

-¡Heme aquí! Dios le dijo:

-Toma tu hijo. Preguntó Abraham:

-¿Cuál de los dos: Isaac o Ismael? Le contestó:

-A tu único. Respondió él:

-En relación a la madre, cada uno de ellos es único.

Siguió:

-Al que amas.

Contestó:

-Amo a los dos. Le dijo:

-A Isaac. Le respondió:

-Está bien. Enterado. ¿Y qué debo hacer?

Le dijo:

-Vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio en uno de los montes que yo te indicaré.

Abraham se levantó de madrugada, ensilló el asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac; cortó leña para el holocausto, y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios.

Caminaban por el desierto. Abraham e Isaac caminaban codo con codo, el uno al lado del otro. Marchaban en silencio, inmersos cada uno en sus propios pensamientos. Era un silencio pesado. Hay momentos en que las palabras son inútiles; sólo la acción ritma el pensamiento y le aclara, realizándole. Así por tres días, padre e hijo siguieron caminando hacia el Moria, sin comunicarse una sola palabra entre ellos. Al tercer día, levantó Abraham los ojos y descubrió el monte a lo lejos. Entonces Abraham dijo a sus siervos:

-Quedaos aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allá para adorar y después volveremos con vosotros.

Abraham tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo Isaac, y él tomó el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos.

Isaac dijo a Abraham su padre:

-Padre mío.

Abraham sintió el frío del cuchillo, en la invocación de su hijo, y respondió solícito y trepidante:

-Aquí estoy, hijo mío.

Mas helado el cuchillo se le pegaba a las costillas. El muchacho preguntó:

-Tenemos el fuego y la leña; pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?

Abraham le contestó:

-Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.

Y agarraba fuerte el cuchillo con su mano, mientras contestaba.

Y siguieron caminando juntos. Cuando llegaron al lugar que le había dicho Dios, Abraham levantó allí un altar y apiló la leña encima; luego ató a su hijo Isaac y le puso sobre el altar encima de la leña, mientras Isaac le decía:

-Atame fuerte, no sea que por miedo me mueva y no sea válido el sacrificio.

Abraham tomó el cuchillo. Sus ojos estaban fijos en los ojos de Isaac, que miraba y reflejaba el cielo, mientras ofrecía su cuello... Entonces el ángel del Señor le gritó desde el cielo:

- ¡Abraham, Abraham!

El, reconociendo la voz, respondió como había hecho antes:

-¡Heme aquí! Dios le ordenó:

-No alargues la mano contra el niño, ni le hagas nada. Ahora ya sé que temes a Dios, ya que no me has negado a tu hijo, tu único hijo.

Abraham levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en los matorrales. Abraham fue, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo. Abraham llamó aquel lugar "El Señor provee".

Aquí mi abuelo volvía en sí, para concluir su narración, diciéndome que el Santo, bendito sea Nombre, le había jurado bendecir y multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Con su mano sobre mi cabeza, me bendecía y me mandaba a dormir, sin darse cuenta de las lágrimas que corrían por mis mejillas. Aunque escuchara la historia mil veces, nunca conseguiría contener el llanto, cosa que no hacían nunca mi abuelo ni mi padre.

16

Mi padre, ya se sabe, prefería a mi hermano Esaú. Como se sabe igualmente que mi madre sentía preferencia por mí, que pasaba horas con ella en la tienda, mientras mi hermano, experto cazador, pasaba el tiempo en el campo. Mi abuelo Abraham tampoco escondía sus preferencias por mí. Yo le visitaba con frecuencia, pues disfrutaba escuchando los relatos de su historia. Cómo me emocionaba el grande, genial diálogo, cargado de osadía y confianza de mi abuelo y el Santo, bendito sea su Nombre, intercediendo por su sobrino Lot y por las ciudades de Sodoma y Gomorra. Mi abuelo era como un amigo para el Santo, bendito sea su Nombre, que le provocó con su monólogo en voz alta:

-¿Puedo ocultarle a Abraham lo que pienso hacer?

No, a un amigo, piensa, no se le puede tener a oscuras de proyectos que le tocan de cerca. Por ello, le dijo:

-Mira, la acusación contra Sodoma y Gomorra es fuerte y su pecado es grave; voy a bajar a ver si realmente sus acciones corresponden a la acusación; y si no, lo sabré.

Mi abuelo pensaba: Si me informase de una sentencia firme e irrevocable, no me quedaría nada que hacer. Pero mencionándome sólo una acusación o investigación pendiente, me está dejando un espacio para que interceda por ellas. Y he de hacerlo rápidamente, de inmediato. Por lo que sé de Sodoma y Gomorra, según cuenta mi sobrino, si doy lugar a la investigación, no hay remedio para estas ciudades.

Así, mi abuelo rompió a hablar en un arranque de indignación ante la posible injusticia de que el Santo, bendito sea su Nombre, pudiera aniquilar justos con pecadores, para seguir luego en una especie de negociación astuta de comerciante beduino. Pero me gusta oír sus palabras:

-¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable? Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta inocentes que hay en él? ¡Lejos de ti hacer tal cosa!; matar al inocente con el culpable; ¡lejos de ti! El juez de todo el mundo ¿no hará justicia?

Le contestó:

-Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos.

Al contar con esta concesión inicial, situada al nivel de cincuenta, con audacia y respeto, exagerando el respeto para disimular la audacia, mi abuelo, con astucia rebajó cinco, preguntando:

-Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza. Y si faltan cinco para el número de cincuenta inocentes, ¿destruirás, por cinco, toda la ciudad?

Restando, al instante me respondió:

-No la destruiré, si es que encuentro allí los cuarenta y cinco.

Animado, mi abuelo insistió:

-Supongamos que se encuentran cuarenta.

Le respondió:

-En atención a los cuarenta no lo haré.

Ya lanzado, mi abuelo siguió bajando:

-Que no se enfade mi Señor si insisto. Supongamos que se encuentran treinta.

Le respondió:

-No lo haré si encuentro treinta.

Insistió mi abuelo:

-Me he atrevido a hablar a mi Señor. ¿Y si se encuentran sólo veinte?

Le respondió:

-No la destruiré, en atención a los veinte.

Mi abuelo aún continuó, como impulsado ya por la fuerza de la inercia:

-Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más. ¿Y si se encuentran diez?

Le contestó:

-En atención a los diez no la destruiré.

Una, dos, siete veces rebajando el número y El cediendo terreno. Y en diez mi abuelo se detuvo. Comprendió que ni los yernos de su sobrino estaban libres de la maldad de la ciudad.

Cuando terminaba la narración mi abuelo se sentía triste, no por su fracaso, sino pensando en la perversión de las ciudades. Siempre me decía:

-El Santo, bendito sea su Nombre, es justo. La depravación de los habitantes de Sodoma correspondía a las acusaciones que subían ante El.

Sólo se salvaron Lot con su esposa y sus hijas. Aunque la esposa quedó en el camino, alzada en estatua de sal, como monumento perenne a la incredulidad.

A veces, visitaba a mi abuelo con mi madre. Y al final oía que le decía:

-Cuida a Jacob, hija mía, que él será mi sucesor. Sé que el Santo, bendito sea su Nombre, le ha elegido para dar vida a un pueblo distinto entre todas las naciones. No te preocupes si el padre prefiere a Esaú; tú continúa amándole, está siempre cercana a él, que tus ojos estén puestos siempre sobre él con afecto, que él será para nosotros una bendición sobre la tierra por siempre. No olvides el oráculo del Señor, revelándote el futuro, cuando llevabas a los dos hijos en tu seno. Animo, hija, alégrate de tu hijo Jacob, a quien amo más que a toda mi descendencia.

17

Entonces no entendía muy bien lo que mi abuelo decía. Ahora, sí, he comprendido la amplitud, la gloria y la miseria de la elección. Elección significa separación, lo que es igual a soledad. Soledad y persecución. Toda mi vida ha sido una vida atormentada, consolada, inflamada y apagada, organizada y destruida por el Santo, bendito sea su Nombre. Sí, mis manos tocan el misterio. Me envuelve. Pero no puedo penetrarlo, reducirlo a mi razón. Sólo me queda arrodillarme ante él, anularme en el.

Por ello, una parte de mí se ha resistido siempre al Santo, bendito sea su Nombre. Lo que amo de mí, lo que me hace estimarme y aceptarme, cuando todo en mi ser se siente despreciado, lo defiendo; no puedo, no quiero destruirlo, sacrificarlo, ofrendarlo. Este es mi pecado.

Los sabios, bendita sea su memoria, dicen que el peor enemigo de la promesa es el que la recibe, pues nadie la amenaza con tanta gravedad como él.

Y yo digo que saben lo que dicen. Paseo la mirada en torno y no hallo más que soledad. Sólo existe el Santo, bendito sea su Nombre, la tierra mojada y las gotas de rocío que brillan en las hojas. Siempre que me quedo solo en la montaña o en pleno mediodía en la llanura desierta, siento que el Santo, bendito sea su Nombre, me asedia por todas partes y se me escapa, desde lo más hondo, un grito salvaje, como si quisiera dar un salto desesperado para escapar a su acoso:

-¿Por qué me has elegido a mí? ¿Por qué no abres mi pecho para ver lo que se esconde en él? Soy embustero, hipócrita, miedoso. Jamás tengo valor de enfrentarme a la verdad; huyo siempre. No hago ademán de golpear ni de matar, no porque no desee hacerlo, sino porque tengo miedo. Quiero rebelarme y siento miedo. Si abres mi vientre, verás que tiemblo como una liebre acorralada por los galgos. Sólo tengo miedo y nada más. ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí?

Tantas huidas en mi vida, siempre intentando escapar de Ti, pero ¡ay!, ¿a dónde iré lejos de tu espíritu y a dónde huiré lejos de tu rostro? Si escalo los cielos, allí estás y, si desciendo al del abismo, allí te encuentro. Si pidiese las alas a la aurora para esconderme en los confines del mar, allí igualmente me alcanzaría tu mano. Tú me acosas por detrás y por delante.

Y luego está tu voz, que no se asemeja en nada a la nuestra.

-¿Es una especie de trueno? No, es una especie de silencio. Su silencio, como suprema soledad del hombre. En el desierto encontraba su voz. El vacío es su caja de resonancia. Su soplo es más perceptible en el vacío. Le barruntaba en su vuelo sobre el desierto. Donde parece no haber nada, allí está El. Tiene la pasión del vacío. En él he oído su palabra, aunque no fuera de mí ni por encima de mí, sino dentro de mí mismo. Ahí es donde resuena su verdadera voz. Pero tras la voz, sigue el silencio, como una sombra buscando su cuerpo, largos y enigmáticos silencios acompañan mi peregrinación.

Un silencio de piedra muda me sobrecogía en las noches sin luna ni estrellas. Sólo desierto en torno y vacío dentro en las entrañas. Entonces la confusión aletea en la mente y un temblor sobrecoge el corazón. Un velo de silencio, como una mortaja, cubre las cosas, que desaparecen, como absorbidas por la muerte. Son las arenas movedizas del desierto que se tragan los caminos y la vida. Silencio opaco de la noche con su boca vacía abierta a la vida.

Me llega el cansancio. Quiero dormir, vivir fuera de la vida. Pero una vez que la vida -y la elección- nos atrapa, no hay manera de soltarse. Si huyo de los hombres, los hombres me buscan, me persiguen, se aferran a mí, se comen mis horas y afectos; y si corro tras ellos, buscándoles, entonces me huyen, me evitan, se esconden.

En torno a mí y dentro de mí, el silencio se hace cada vez más opresivo. Me defiendo reanudando mi vida habitual: la montaña, los rebaños, la soledad. Y en la soledad, el diálogo ininterrumpido conmigo mismo. Los rumores del campo me subrayan este diálogo: el viento recorriendo las copas de los árboles, los balidos de las ovejas, las aguas de los arroyos. Y durante las noches la voz callada de las estrellas, que escruto con mirada ansiosa. ¿Volará por allá arriba la presencia misteriosa, impalpable, pero activa, incansable del Santo, bendito sea su Nombre?

Como amaba los relatos de mi abuelo, amaba igualmente su modo de callar, su silencio. Al anochecer, esperaba que cayeran las tinieblas y nos envolvieran antes de encender la lámpara. Sentado sobre un poyo a la puerta de la tienda, se envolvía en la noche y el silencio, y miraba las estrellas. Yo le decía: "no se ve nada, abuelo". Sin romper casi el silencio, me susurraba: "Aún eres muy niño. Cuando crezcas ya verás. De momento, calla y mira". Y aún hoy, sigo sin ver, pero sigo mirando las estrellas.

18

Las estrellas me traen a la memoria la mañana en que, de la mano de mi padre, trepé al monte Carmelo, la montaña acariciada por las nubes. El otoño se presentaba suave. Habíamos recogido los frutos; el mosto fermentaba en las vasijas y los higos ensartados como rosarios, se secaban colgados de las vigas.

Era temprano. Con mis ojos, aún cargados de sueño, contemplaba a mi padre, que caminaba silencioso. A cada lado de sus sienes flotaban unas mechas blancas, agitadas suavemente por la brisa que descendía del monte.

Un gallo batió las alas en el alero cercano y cantó con voz ronca, invitando al sol a mostrarse y a romper la noche. De la tierra y de los árboles ascendían tenuemente los murmullos de la mañana. Yo seguía absorto contemplando a mi padre. El vello de sus mejillas se había transformado en una barba rizada, gris, la nariz era respingada y los labios gruesos y entreabiertos dejaban ver sus dientes, brillantes. Su rostro, no es que fuera particularmente hermoso, pero poseía una seducción secreta e inquietante. ¿Se debía a las pestañas tupidas y largas, que arrojaban una extraña sombra azul sobre toda la faz? ¿O se debía a los ojos grandes, negros como el azabache, radiantes, poblados por la noche, ojos en los que sólo cabía el terror y la dulzura?

Pequeño, encorvado por los años, no era más que un amasijo de huesos mantenidos en pie por su alma invulnerable. Al ver sus ojos llameantes, como un rescoldo bajo la nube de su ceguera, se sentía que los ojos, la carne, los pelos, que todo aquel esqueleto estaba abrasado en fuego. Y cuando abría la boca para gritar al cielo -sólo la abría para dirigirse al cielo- una columna de humo ascendía de ella.

Yo amo a mi padre. Y sé, estoy seguro, que él me ama. Pero nunca hemos sabido decírnoslo. Lejos de él, me basta evocarle para que las cosas me circundan se hagan transparentes dentro de mí.

El hecho es que mi padre me conmueve. Nadie me ha turbado tanto; nadie me ha impresionado tan profundamente. Sólo pensar en él ya me hace sentirme como aferrado y, al mismo tiempo, liberado por una fuerza, que me llega desde lejos. Un aliento soñador envuelve cada uno de sus gestos, su voz, sus silencios, su mirada vagando siempre por espacios "más allá de lo real inmediato"; pero, evidentemente, yo creo, sé que esas imágenes de ensoñación tienen lugar en un espacio real, aunque sea en "otro tiempo" del pasado o del futuro.

A su lado mi fantasía abría una puerta a un mundo situado más allá de toda lógica, pero real, donde podía aspirar el perfume indescriptible y luminoso, arrebatador de una presencia inefable, misteriosa, que me arrebataba hasta la singularidad más honda de mi ser, hasta el barro de mi carne en las manos del Santo, bendito sea su Nombre, modelándome.

Tengo que decir, aunque me repita, que mi padre, aparentemente, no tiene nada de extraordinario. No llama la atención ni por su manera de hablar ni en su modo de callar. Busca siempre el anonimato. Para advertirle, hay que observarle de cerca. Y entonces ya no te despegas de él. Bajo sus párpados, casi opacos, sus ojos, duros o en reposo, atraen magnéticamente los tuyos. Basta ser un poco sensible al rostro humano para no poder sustraerse al suyo. Su rostro sugiere, remite a una oscura lejanía misteriosa. Pero la verdad es que a mi padre no le ha gustado nunca ser observado.

-La mirada es molesta, es una invasión, dice siempre.

Por ello ha adquirido el arte de alejarse. Le hablas, parece que te escucha; pero, si lo miras, de repente constatas que ha desaparecido. Le ves envuelto en una penumbra, como en un chal de oración, que le protege. Cuando le veo así, retirado del mundo, tan vulnerable en su aislamiento, siento deseos de acercármele, apoyar mis brazos en su espalda y confortarle. Me vienen ganas de ofrecerle mi juventud, mi sed y mi luz. Pero me vence el pudor y me alejo de él.

Si alguna vez me atrevía a hablarle, mis reiteradas preguntas le fatigaban. Y sus silencios me dolían. Su silencio -que, al mismo tiempo que me atrae, me rechaza- se hace, a veces, tan pesado en mi interior, que mi corazón corre el riesgo de explotar. Hay que mirarle a los ojos para averiguar lo que pasa por su alma, para descubrir el secreto temblor que lo embarga. Nos hallamos distantes como el logro y el deseo, como el hallazgo y la búsqueda. Quisiera encontrar una vía entre el silencio y la palabra. Una vía que me mantenga junto a él. Y no la encuentro. Si recurro a la plegaria, ésta me lleva hacia el futuro, mientras que a él le hunde en el pasado.

-Te miro, hijo mío, te busco con la mirada -me dice ya en la cumbre del Carmelo-. Tus ojos hacen brillar los míos. Tus ojos queman en los míos. ¿Qué veo? Veo un futuro, una eternidad limitada, gloriosa, ultrajada, humillada, salvada... Veo la profundidad de un abismo, que me supera. Pienso en ti, hijo mío, y tiemblo. Mi conocimiento se interpone entre nosotros y se hace opaco. Este conocimiento me mantiene en vida y te relega lejos, muy lejos de mí en el tiempo y en el espacio. Tú eres mi futuro.

Se alzaban nubes de polvo, el aire era pesado y el sol comenzaba a quemar. Una cigüeña descendió del cielo y fue a posarse en un árbol cercano, como si también ella desease oír. Aislados entre nosotros, amurallados tras nuestras diferencias, no acertábamos a descubrir la relación que nos unía a las señales, a los indicios, que nos circundaban.

Me dio la impresión de que su rostro de ojos apagados y mejillas hundidas dibujaban un asomo de alivio; imagen que ya no pertenece a este mundo. Pero, por un momento, las alegrías de su vida, las penas, la lucha con el Santo, bendito sea su Nombre, cruzaban su espíritu, como relámpagos. Y también cuanto había visto en sus paseos solitarios: las montañas, las flores, las aves, los pastores que, de vuelta al redil, llevan sobre sus hombros la oveja extraviada, los labradores que siembran, siegan y llevan a sus casas la cosecha... El cielo y la tierra se desplegaban para volver a cerrarse dentro de él. La memoria le fascinaba más que la fantasía. ¡Y cómo duelen las heridas de la memoria!

A medida que iba subiendo el sol, crecía la intensidad del silencio, que me silbaba en los oídos. Me parecía rozar una realidad sagrada, desprendida de las pocas palabras, que fueron tejiendo amor y distancia a un mismo tiempo; todo ello le daba a mi padre un aire lejano, pero con un fuerte poder de atracción, atracción por su esperanza, su dolor, su melancolía, su inapetencia, su abandono.

¿Por qué sentirá interés?, me preguntaba. No lo sé, aún hoy. Parecía indiferente a los rumores de la existencia. O mejor, no era indiferente, sino más bien inaccesible, ausente, como si hubiera cerrado ya sus ojos acostumbrados a los milagros y viviera en otro lugar y en otro tiempo. ¡Cómo he deseado que me abriera su memoria que, en definitiva, es mi memoria! Pero no hablaba. Nunca quiso hablar. O quizás, no podía. Sólo decía lo que quería decir y, con frecuencia, decía una cosa, sólo para esconder otra. Inútil provocarle. Te miraba y, de repente, apagaba la mirada y todo se hacía oscuridad, densa oscuridad, impenetrable a la mirada. Allí comenzaba el misterio. Con la cabeza plegada como un junco, mi padre se adentraba en él y yo me quedaba fuera.

¿O sería todo un engaño de mis ojos cansados del viento cortante de la montaña? Me rehíce respirando profundamente el aire que trascendía de los pinares, impregnado de un aroma áspero de resina. Recuerdo que canté con la brisa de la tarde y que el Santo, bendito sea su Nombre, cantaba conmigo. Pues, como dicen los sabios, bendita sea su memoria, cuando el hombre encuentra gozo en una cosa, también El goza con ella; y cuando el hombre no encuentra gozo en una cosa, tampoco El la goza.

-Pero también el Santo, bendito sea su Nombre, prueba al justo. Era mi padre quien hablaba. El alfarero no prueba los vasos defectuosos, porque al primer golpe se romperían. Prueba los de calidad, que aunque los golpee repetidamente no se rompen. Lo mismo que el que trabaja el lino, cuando sabe que su lino es bello y bueno, cuanto más lo golpea más mejora y más precioso se hace; en cambio, si sabe que es de baja calidad, no lo da ni un golpe, porque lo destruye. O, si quieres, es semejante a un vidriero, que tiene un recipiente lleno de vasos y copas finas. Cuando quiere colgar el recipiente, coge un clavo, lo fija en el muro y luego cuelga el recipiente. Así las pruebas no sobrevienen a los débiles, sino a los fuertes, que las pueden resistir.

No pude menos de exclamar:

-Tienen razón los sabios, bendita sea su memoria, cuando dicen: "Ningún corazón está tan entero como un corazón roto, quebrantado".

Lo que conozco de mi padre lo sé por mi abuelo, mi madre y Eliezer, el siervo fiel de la casa. Este me contaba el encuentro de mi padre con su anhelada esposa:

-Han pasado muchos años desde aquel lejano día, pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Fue al atardecer. Tu padre se hallaba en el campo, en el territorio del Negueb. Al alzar los ojos vio acercarse unos camellos y una joven sobre el lomo de uno de los camellos que yo guiaba. Rebeca le vio también, plantado en medio del campo. Sobre él descendía como un ala de luz. Sus miradas se cruzaron y la emoción de los dos jóvenes fue recíproca y pienso que para ellos, como para mí, inolvidable. Faltó poco para que tu madre cayera del camello. La ayudé a bajar y, aunque sabía la respuesta, me preguntó:

-¿Quién es aquel hombre que viene en dirección nuestra por el campo?

-Es Isaac, mi amo, le respondí.

Y ella tomó el velo y se cubrió el rostro. Un poco tarde, pues ya Isaac la había visto y se había emocionado al descubrir en aquella joven la imagen de su madre Sara, que no hacía mucho habíamos enterrado en la cueva del campo de Macpela. ¿Cómo no emocionarse? Apenas Rebeca entró en la tienda, Isaac descubrió que volvía a encenderse la lámpara, que se había apagado con la muerte de su madre, y que desde el cielo descendía nuevamente aquella nube que estuvo siempre presente sobre la tienda, mientras Sara estuvo en vida. El amor de la joven esposa le confortó y consoló de la soledad y dolor, que le había causado la muerte de su madre.

-Muchos años -sigue ahora mi madre- habían pasado desde aquel día y el recuerdo de aquellos días lejanos y felices se hacía cada vez más vivo y apremiante, pues las esperanzas y la espera de entonces aumentaba cada día el ansia de un hijo, que, a veinte años del matrimonio, no había llegado aún a alegrar nuestro amor.

Un día le dije a tu padre:

-Un tiempo tu madre Sara también era estéril y entonces Abraham rogó por ella al Señor y tuvo un hijo, que eres tú. ¿Por qué no se lo pides también tú al Señor? Seguramente que El escuchará tu súplica.

Después de insistir muchas veces, tu padre me hizo caso. Juntos nos dirigimos al monte Moria, donde hacía muchos años él había visto al Santo, bendito sea su Nombre, cuando tu abuelo le iba a como holocausto. Recuerdo de memoria la oración que elevó al cielo:

Señor del cielo y de la tierra,

tus bendiciones llenan todo el mundo.

Tú, un día, tomaste a mi padre de la tierra,

en que habitaba, y lo condujiste a este país,

asegurándole que se le darías a sus descendientes.

Le dijiste que éstos serían tan numerosos

como las estrellas del cielo

y como las arenas de la playa del mar.

Que se cumplan ahora tus palabras.

Danos también a nosotros una descendencia,

que confirme cuanto prometiste a mi padre.

Yo también uní mi súplica a la de tu padre:

Dame, oh Señor, una descendencia

que, conforme a tu palabra,

sea una bendición para este país.

El Santo, bendito sea su Nombre, escuchó nuestra oración y os concebí a ti y a tu hermano Esaú. Tu padre se alegró profundamente y me colmó de cuidados. Porque no creas que tu padre ha sido siempre tan retraído como lo ves ahora. Me quería de verdad y ha sido muy afectuoso conmigo. Y hasta impulsivo e imprudente, como en aquella ocasión en que el rey de Guerar nos sorprendió acariciándonos desde la ventana de su palacio.

¿No conoces esa historia? Pues verás, hubo un hambre en nuestro país y tu padre decidió que nos fuéramos a Guerar, donde era rey Abimelec. La gente del lugar le preguntaba por mí y él respondía:

-Es mi hermana.

Pues, como me había dicho, tenía miedo pensando: "Esta gente me matará, pues eres muy hermosa".Yo, halagada en mi vanidad, le aceptaba el engaño. Pasado un tiempo, el rey Abimelec miraba un día por la ventana y sorprendió a tu padre acariciándome y comprendió que yo no era su hermana, sino su mujer.

Nos mandó llamar y, enfurecido, dijo a tu padre:

-Si es tu mujer, ¿por qué has dicho que es tu hermana?

Tu padre se lo confesó:

-Porque pensé: me van a matar a causa de ella.

Abimelec respondió:

-¿Por qué has hecho esto con nosotros? Por poco no se acuesta uno de los nuestros con tu mujer y nos hace a todos culpables.

Desde entonces empezamos a tener dificultades con los pastores de Guerar, a causa de los pozos. Los pozos son siempre una bendición, pero han sido siempre un gran problema. Los rebaños necesitan pastos, los pastos necesitan agua y, donde apenas llueve, el agua la suministran los pozos... Tuvimos que dejar aquella tierra, alejándonos de ella poco a poco, hasta establecernos en Berseba.

Evocando estas historias y los relatos de los pozos y las peleas con los pastores de Guerar, que me había contado el siervo Eliezer, se me pasó la tarde, correteando entre los pinares, cogiendo rojos tulipanes, amarillas azaleas, orquídeas dentadas, iris azules, cándidos lirios..., mientras mi padre, en silencio, evocaba quizás las mismas historias, aunque de otra forma, seguramente. Pues, como dicen los sabios, bendita sea su memoria, existe otra historia junto historia de los hechos exteriores, como guerras, victorias, migraciones y catástrofes políticas; es una historia íntima, que se desarrolla en otro plano, la historia de las vivencias y experiencias interiores, donde se madura en los misterios de la vida. Es una historia con el Santo, bendito sea su Nombre. El Carmelo era un lugar propicio para evocar esta historia. Seguro que mi padre fue allí para ello.

Así, juntos y lejos el uno del otro, húmeda, ardiente y opaca nos cayó encima la noche, que se enredó en los jacintos y cipreses, lánguidos de polvo. E inmediatamente, con la noche, me sobrecogió el asombro. Me costaba comprender la razón de tanta vida oculta en aquel mundo de quietud nocturna. Antes que aparecieran las estrellas, la noche se iba llenando de rumores, vaivenes, clamores quejumbrosos esparcidos por las sombras, transparencias movedizas, imágenes, sensaciones, deseos, miedos y alegrías: todo se fundía en la conciencia, acuciando mi curiosidad. Todo era un misterio indefinido y confuso, pero lleno de vida.

El respirar de la noche despertaba en mí, con sus temores, una esperanza, un deseo de peregrinar hacia el futuro, de descubrir las novedades de la vida, sorteando amenazas, afrontando riesgos, aventurándome a lo desconocido, dejándome llevar por la llamada de la vida, como los salmones dejan el mar siguiendo la llamada del río.

19

La luna apareció blanca, pálida y completamente redonda sobre los montes de Galaad. Se detuvo un instante en la cresta de la montaña y comenzó a ascender. Su luz fue saltando por toda la región montañosa al norte de la Transjordania, bañándola, y bañándose en los numerosos torrentes que la surcan, abriéndose cauce para descender al Jordán.

Me arrancó de mi ensueño al iluminarme el Yarmuk y el Yaboc. Con la luna me llegó la fragancia de la goma, el bálsamo y la resina de Galaad, devolviéndome a la realidad de la noche.

Desde la tienda de Lía, me llegan los ladridos de Gaón, Dubah y Beenah, mis tres perros cananeos, que tienen tan desarrollado el olfato, que pueden detectar cualquier cosa, que aparezca en las cercanías. Si ladran, es que alguien les ha mostrado comida o han visto acercarse algún extraño. Quizá aúllen, sin ningún motivo, a la luna. Ciertamente, me llaman.

Vuelvo sobre mis pasos. Allí están los tres guardianes a la puerta de la tienda, con su pelo corto, blanco con manchas negras y redondas en la frente y las patas. Al verme, saltan y aúllan como lobos.

Detrás de ellos está Lía, azuzándoles. Como siempre está impaciente y agitada. ¿Como siempre? Como siempre que sabe que estoy con Raquel.

Raquel y Lía me rondan juntas por la cabeza quitándome el sueño, como si cada una de ellas tirase de mí y quisiera arrebatarme y guardarme para ella. Insistentes, como una obsesión, se me aparecen con sonrisas pegajosas o con miradas de drama, con palabras melosas o con sollozos, frunciendo los labios, pensando quién qué.

Creí que el amor era paz. Pero la paz no está en la verdad, sino en una mentira confortable. Pero una mujer no te tolera la mentira, es como un ácido que las corroe. Con ellas no valen subterfugios. Viven tan a lo vivo su dolorosa verdad que, junto a ellas, mi mentira no subsiste.

Os contaré una parábola, interrumpe uno de los sabios, bendita sea su memoria. Un hombre tenía dos esposas, una joven y otra vieja. La joven le arrancaba los cabellos blancos y la vieja los negros. Al final aquel hombre se encontró calvo.

Me siento condenado a la soledad al negar a los otros habitar mi tierra, ser para ellos. Poseer una mujer es fácil; cautivarla y gozarla, también. Pero enamorarla hasta ser enamorado por ella; pasar del enamoramiento al amor hasta dejarse quemar el tuétano personal, entrando hasta el inefable abismo del otro, eso ya es más difícil. Ver en el otro un tú y no un ello es tener de verdad corazón. Es un don que sólo puede conceder el Santo, bendito sea su Nombre. En el umbral de la vela y el sueño lo pienso y me adentro en las aguas del misterio.

Mientras acompaño a Lía para ayudarla a cruzar el Yaboc, en el cruce de tiempos y lugares, en simultaneidad del ayer y del hoy, del sueño y la vigilia, me asaltan de nuevo recuerdos y presagios. Le digo:

-Revélame tus penas, sácalas del fondo de tu ser. Las penas se exasperan en la oscuridad, pero la luz las mata. Detesto la tristeza. Prefiero la angustia de mi situación actual.

-¿Qué sabes tú de la angustia?, me responde. Las desdichas que tienen nombre no son angustia.

-Tal vez tengas razón -le respondo, conciliador-, y sea verdad que no hay más que una auténtica angustia: ¡la de hallarse ante la amenaza, ante la incertidumbre de no ser!

Lía me inunda con su cuerpo. Sus ojos, velados de luna, sus pómulos salientes, sus orejas en pauta, todo su ser se clava en mi carne, camino del Yaboc.

Toda persona que ama, comentan los sabios, bendita sea su memoria, al relacionarse con el ser amado, le transforma y se transforma. Es como si con el trato sembrasen gérmenes de si mismos en el alma del otro y, poco a poco, se van desarrollando y toman vida, como si despertaran ansias olvidadas y deseos dormidos, que invaden el corazón y le impulsan con urgencia a una vida nueva, renovada, pronta a dejarse llevar de las imprevistas incitaciones.

Nubes blancas y grises, entrecruzándose, se disputan el cielo. Y entre ellas se oculta y se muestra la luna llena. El viento, indiferente, juega en las colinas, rumorea en los arbustos y se calma al bajar al valle a descansar con los camellos en reposo.

Lía me mira con sus ojos apagados y tiernos, ojos de ternera con sed. Una ternura indecible, espesa como la miel, nubla también mis ojos, mientras la miro y leo en las arrugas, que le atormentan la frente, sus pensamientos secretos. Toma los cabellos, que se le han soltado y le caen sobre la cara y la espalda, y los recoge bajo el pañuelo. Siento que el corazón le late en los labios y en las sienes al ritmo del viento, espesándole la saliva. Hay algo de misterioso y turbador en su voz ronca, que invade la noche hasta el estremecimiento. La brisa me sacude, manteniéndome atento para escuchar su voz y obedecerla. Pero no pide nada, sólo se queja, para desahogarse, contagiada de mi agitación interior que, al acercarme al Yaboc, al centro del río, lejos de sus fuentes y de su desembocadura, en esta noche se me agolpa toda mi vida, hacia atrás y hacia adelante, confundiendo pasado y futuro en el espejo de las aguas. Sentenciosa, repitiendo apólogos quizás de su abuelo, me dice:

-No mires al vaso, sino lo que contiene. Un vaso nuevo puede estar lleno de vino añejo y un vaso viejo puede estar vacío de vino nuevo.

Creo que no viene al caso y cuando trato de hacérselo notar, me replica:

-Se encontraron dos personas. Uno dijo al otro: "Tú no eres mi amigo, porque no has adivinado la pena que llevo en el corazón". Replicó el segundo: "Eres tú quien no eres amigo mío, porque no has compartido conmigo el dolor de tu corazón".

No sé si esta vez acierta con el apólogo, pero entiendo lo que me quiere decir y la respondo:

-Realmente es verdad el proverbio que dice: "De la felicidad de mi dueño no saco ventaja, pero sus desgracias me tocan también a mí".

El silencio cae entre los dos. Y así, con Lía al lado, retrocedo al día de mi llegada a casa de su padre Labán.

Labán me colma de palabras afectuosas. Raquel, la hermana menor, rubia como un trigal en sazón, está tan turbada como yo y no hace más que escuchar a su padre y mirarme a mí... Y junto a ella, la hermana mayor, Lía, morena, piel de uva madura, labios gruesos, cejas que se unían en la parte superior de la nariz, que me come con la mirada, cuya languidez incitante me turba irremediablemente.

Para ocultar su turbación -¿la suya o la mía?-, Lía se acercó al aparador, donde se guardaban los cántaros, descolgó un jarro de lata, lo llenó de agua fresca, tomó un puñado de dátiles y se inclinó para ofrecérmelos.

Luego, siempre en silencio, entró en la despensa, de donde volvió con pan, aceitunas, miel y un jarro de vino.

-Esta comida fría, te abrirá el apetito, dijo el padre y Lía, sin más, comprendió que debía preparar la cena. Salió de la casa y al momento volvió con un haz de leña. Sopló las ascuas bajo la ceniza y encendió el fuego. Brotaron tímidas las llamas, en seguida afianzadas sobre los troncos de madera rugosa y crepitante. El fuego comenzó a rugir y una oleada de calor y luz se extendió por el hogar. Enrojecida por el fulgor que irradiaba la lumbre, Raquel volvió el rostro hacia mí. Sus mejillas eran graciosas entre sus pendientes, y su cuello una delicia con todos sus collares; como novia adornada de todas sus joyas.

Sentí en la cara su aliento cálido, que me enervaba el cuerpo. Mientras tanto, Lía puso agua en la marmita, que colocó sobre los morillos de la lumbre. Tomó de un saco colgado de la pared un puñado de habas y las echó en el agua...

Labán seguía los pasos de la hija con sus ojos de gavilán, sin dejar de hablarme. Yo, mientras tanto, comía y escuchaba cómo el fuego devoraba los leños de olivo y lamía la marmita de barro cocido, que borbotaba.

Mientras bebo el vino que me ha servido Lía, contemplo a Raquel, que inconscientemente se pasa la lengua por los labios, paladeando y moviendo los labios en una plegaria:

Que me bese con besos de su boca:

más dulces que el vino son tus amores;

suave al olfato tu fragancia

y ungüento perfumado tu nombre.

Llévame en pos de ti: ¡corramos!

Me contagia la embriaguez de su amor fulgurante, irradiación instantánea del corazón, que habla con el cuerpo, ojos, labios y manos, nariz y paladar.

Sin poderlo evitar, mis ojos saltaban de Lía a Raquel. Y pienso que los ojos de ave de rapiña de mi tío descubrieron desde aquel momento que yo me había enamorado de su hija menor y comenzó ya entonces sus planes para enredarme. Al principio es como un hilo de telaraña, al final se hace como una vela de una nave. Imposible olvidar aquella mirada penetrante y aquella voz suave.

La aparente quietud de mi tío, como la de los demás pastores nómadas del lugar, es cualquier cosa menos paz. Pasiones violentas se esconde detrás de sus miradas reservadas, a veces oscas. Late en ellas una desconfianza hostil, el rescoldo de un odio antiguo aún no olvidado, el recuerdo lacerante de un amor fracasado o imposible, que destrozó la vida. Parece que el tiempo no curara nada y, después de años, en sus ojos huidizos descubres aún una indiferencia cruel, una curiosidad despectiva, como un dolor que les va goteando y que lo salpica todo de desconfianza.

El terror del hambre empuja a los pastores hacia el norte o el sur junto con sus rebaños, según las estaciones. A veces el hambre diezma sus rebaños, en medio de una tierra gredosa de puro polvo. Por ello, las tribus del desierto avanzan oscuras, entecas por los caminos de la tierra. Sus rutas pasan por vericuetos desconocidos a la población sedentaria. Sus rebaños se dispersan por los amarillentos campos segados. El aire asfixiante de calor y polvo borra las facciones y da a todos el mismo rostro, el hombre con su cayado, la mujer con su crío, el anciano con sus ojos perdidos en la profundidad de sus órbitas. Sus bestias se arrastran flacas, pegadas unas a otras, como una mancha oscura que se extiende. Quizás los camellos sean distintos; desde la cima de sus torcidos pescuezos te clavan sus ojos fatigados, rencorosos, llenos de burla o melancolía. Hay en sus ojos algo así como una vejez inteligente. Y el temblor constante de su piel te atraviesa el cuerpo de un desasosiego inevitable.

Y Lía es hija de su padre. Y yo, ¿no soy acaso pariente suyo, de su carne y sangre? Mis oídos se han hecho sensibles a los silbidos inquietantes de las serpientes, que lengüetean el polvo, y del viento abrasador que sopla entre las piedras. Muchas veces ha crecido la luna y otras tantas ha afilado sus cuernos, pero no se ha borrado de mi mente la imagen del ave de rapiña, que un día me sorprendió, solitaria, girando en amplios círculos sobre mi cabeza. La seguí con la vista y mis ojos -con los del ave- recorrieron las lomas desnudas, las rocas cuarteadas y los fragmentos de piedra, que se alzaban a ambos lados de la cañada. La montaña estaba hecha de rugosidades de granito ancestral. El águila seguía arriba. Hacía calor y el viento no soplaba. De pronto, ¿qué vio el águila que descendió en picado, más allá de los picos de la alta montaña?

Como no se me borra la mirada de Lía encendida de despecho, a veces rabiosa de una languidez, que me turba. La veo inclinarse, temblorosa, sobre mí. Me mira con una expresión preocupada; una lágrima vela su mirada. El miedo reflejado en sus ojos altera sus rasgos. Entre suspiros me dice:

-Deseo borrar esa sombra que hay en tu mirada cuando te despiertas y me miras. Quiero borrar la decepción del despertar de aquella primera mañana, al descubrir a tu lado a otra mujer, distinta de la que creíste que se durmió sobre tu hombro. Quiero que me mires y me veas a mí, que te amo, que soy yo, que soy distinta de Raquel y que deseo ser distinta, pero tuya, tuya como ella. Deseo que sientas el grito de mi sangre, el ansia de vida, de una vida que continúa más allá de mí misma. Sólo sangre de futuro y promesa corre por el árbol verde que las venas dibujan en mi cuerpo, que es tuyo desde siempre. ¿No adviertes cómo las hojas de este árbol se agitan por ti y aplauden sólo porque yo me encuentro en tu presencia?

Y sus labios, su voz despertaban en mí el deseo de unirme a ella, de fundirme, de perderme en ella y, a través de ella, hundirme en las entrañas de la vida, en el júbilo del Santo, bendito sea su Nombre, creando el mundo, creándome a mí mismo. Era algo sagrado que me llevaba a penetrar en el misterio. La savia de la vida, hecha amor, fluía de mi corazón a las arterias de Lía y de su corazón a mis venas.

Me hacía latir el corazón en las sienes, precipitándome por una sima de placer o dolor, ¿cómo saberlo, si me sentía perdido, enajenado, silbándome los oídos y nublándoseme la vista? Inútil tratar de agarrarme a la espuma de las olas. Estaba experimentando el gozo de Adán en el momento de reconocerse a sí mismo al conocer a Eva.

Cada vez que me unía con ella era como tender un puente, que me unía con el Santo, bendito sea su Nombre. Era la ruptura de los limites, el perderme adentrándome en ella, acrecentándome y desbordándome hacia una nueva vida. Era la comunión, que silencia los sentidos. La cercanía a las fuentes de la vida y de la muerte, punzantemente sentida, me unía al Santo, bendito sea su Nombre, Señor y Creador de la vida.

20

Pero luego, siempre, aparecía Raquel, bonita y taimada, excitada y excitante, siempre dispuesta a enojarse si no obtenía lo que deseaba. Y entre las hermanas surgían las discusiones, las sospechas, las indirectas, las acusaciones directas, como si necesitaran insultarse mutuamente para librarse del monstruo de los celos, que las carcomía por dentro. Sus frases mordaces, sus miradas hirientes hacían imposible la convivencia. Después llegó la fase del silencio. Era un silencio manifiesto, un silencio que gritaba y hería más que los insultos.

¡Ah, los celos: la desesperación ciega de quien se siente marginado, la intolerable pena de quien llama inútilmente a una puerta tras la que hay alguien que no abrirá!

Es semejante -comentan los sabios, bendita sea su memoria- a un rey que tenía dos administradores. A uno encomendó el depósito de la paja y al otro la tesorería de la plata y el oro. El primero fue incriminado por infiel, pero continuaba irritado por no haberle encomendado la custodia de la plata y del oro. Entonces el segundo dijo: "¡Estúpido, has sido infiel con la paja, cuánto más lo habrías sido con la plata y el oro!".

O peor aún, añade otro: "Es semejante a la mujer que dice al marido: he visto en sueños que me repudiabas. Y él respondió: ¿y por qué en sueños? Es en verdad".

Y yo en medio de los celos. ¡Cuántos años tirando con mentiras para salir del paso! Pero, de pronto, todo se viene abajo. Un hecho inesperado, ¿casual?, las deja sin sentido, inservibles, inútiles. Siento, a veces, cuando no logro conciliar el sueño, que nace dentro de mi otro ser que me acusa, que me avergüenza. Siento miedo.

Puja dentro de mi el nuevo ser, que siento latir. Pero me encuentro, me siento prisionero de mí mismo, como el huevo en su cáscara. Espero romperla.

-Hay que vivir hacia adelante, me decía en una ocasión mi hermano.

Hoy recuerdo la conversación, no sé cómo ni por qué, pues creía que nunca habíamos hablado en paz. Recuerdo que le respondí:

-A ti te lleva el ímpetu, no la esperanza. Yo, que no soy impetuoso, soy desesperado.

-¡Si supieras, qué pocas cosas me importan y de ellas, qué pocas lograré!

-Pero mientras tú caminas, yo me detengo y, por no pensar en el futuro, me refugio en el pasado. Lo sé, es una renuncia...

-Entre los dos formaríamos un ser completo, a ti te falta la ilusión; a mí el recuerdo.

No he olvidado el diálogo, pero no sabría decir hoy cual frase es mía y cual de mi hermano. Pero, ahora, a distancia de años, la vida de la infancia adquiere forma palpable dentro de mí. No puedo desligarme de mis pensamientos, de los primeros paisajes que descubriera, de mí mismo, de mi familia. Me doy cuenta que estoy ligado a ellos, que aún en la lejanía, o quizás a causa de ella, estoy atado a ellos. En presencia de mis esposas, las dos hermanas celosas, mis pensamientos se derraman dentro de mí, como si alguien les hubiera soltado de su encierro obligado.

Improvisamente, empujado por una fuerza irresistible, en el fondo del corazón, me veo lejos, pequeño, junto a mi padre o junto a mi hermano. E, inexplicablemente, al mismo tiempo, soy dos personas: miro a un niño que tiembla y soy ese niño. Tengo ganas llorar y deseo no llorar; quiero vivir y no vivir; siento el corazón que me explota de temor y quiero gritar y al mismo tiempo deseo ahogar el grito; siento cada grano de tierra y cada fibra de mi cuerpo, cada célula de mi ser, siento que me aplastan, que me elevan hacia el cielo y me oprimen contra el suelo. Veo a mi padre aterrorizado y oigo el grito desgarrador de mi hermano... Pienso en mi madre y me saltan, irresistibles, incontenibles las lágrimas.

Un hombre -interrumpen los sabios, bendita sea su memoria, para aliviar la tensión-, un hombre tenía miedo de su sombra y horror de sus huellas. Huía de ellas, escapando a todo correr. Pero cuanto más corría más numerosas eran sus huellas. Y cuanto más levantaba sus pies más hondas se marcaban en el suelo. Y por mucho que corriera, la sombra no se alejaba de sus talones. Siempre corriendo, jamás reposaba. Hasta que exhausto, cayó muerto. No había comprendido que la sombra sólo desaparece entrando en la oscuridad y las huellas sólo cesan estándose quieto.

25

Recogiendo mi cayado, salí precipitado a sacar los rebaños a pastar. Avanzaba, y el sol que avanzaba conmigo, estaba sobre mi cabeza. Mis pies ardían al pisar la arena caliente y miré en torno, buscando un rincón de sombra. Con el cuello tenso y los ojos cerrados, me sumergí en el fondo de mí mismo.

Cuando la agitación embarga mi espíritu, sólo Judá, rubio, de bellos ojos y agradable presencia, mi dulce salmista, sabe calmar mi alma. Con su amena palabra, al son de la cítara, sosiega mi espíritu. Por eso me alegra verle llegar sobre un asno, con su morral cargado de grano tostado, pan y queso. Con la cítara y su honda inseparable, por supuesto.

(No puedo contenerme y les pregunto a los sabios, bendita sea su memoria:

-¿Pero no fue en la fecha del destete de Judá, cuando Raquel armó el escándalo?

-Si, ¿qué quieres insinuar?

-Y, ¿cuántos años tenía Judá?

-Tres.

-¿Y a los tres años ya tocaba la cítara?

-Ah, pero a estas alturas, ¿aún no has descubierto al rey David en sus lomos y a Salomón en sus riñones?

-¡Ah!

Mejor sigo en silencio).

Como una música, que me brotara del íntimo oigo un susurro:

La carne es igual que la hierba,

su magnificencia es como la flor de los prados,

que a la mañana florece

y a la tarde se mustia y se desvanece.

Contempla las flores y las estrellas,

el agua de los arroyos

y las arenas ondulantes del desierto,

goza del canto de las aves y del silencio de los valles.

En mi interior nacía el día. Las estrellas se apagaban y el aire fresco de la mañana me penetraba hasta los huesos. Por encima de mi frente, el cedro se poblaba de alas y gorjeos. Veo o sueño el vuelo blanco y rosa de las garzas, los manzanos floridos, el humo del horno, ramas de terebinto, racimos de dátiles colgando de las datileras, dulces y jugosos, naranjas y granadas entreabiertas. Y entre las mieses granadas, vuela el canto dorado de las alondras.

Me duermo y sueño con mi hijo Judá. Le veo fuerte como cachorro de león, músculo y fogosidad, atrevido y valiente, pelo rojizo y labios agrietados. Corre más veloz que una gacela; le veo perseguir a una cierva, apresarla y prepararme con ella un banquete. Y mientras como, él sale tras un león o un oso, no lo distingo, que lleva en su boca una oveja del rebaño; lo alcanza, lo golpea y se la arranca de sus fauces; ahora la fiera se revuelve contra él, pero con osadía la sujeta por la quijada y la golpea hasta matarla. Vuelve hacia mí sudoroso, radiante. Ha dado muerte al león y al oso... Me despierto y me encuentro con él a mi lado. Sus pupilas claras parecían querer atravesar mis ojos apagados, consumidos por el sol y las penas. En su rostro brilla, inquietante, una espera eterna, una tensión infinita. Mi pobre corazón ante él se encoge de maravilla y temblor, como si no fuese un fruto de mi sangre. Sus ojos miran por encima de la tienda, por encima de las montañas, más allá del tiempo de mis andanzas. ¡Ojos lejanos de mi hijo! Con veneración le digo, sin saber por qué:

-Eres un árbol que crece hacia arriba siempre, hasta el momento en que talado te conviertas en río que avanza hacia adelante. Siempre en camino. ¿Hacia dónde? No lo preguntes. Hubo un tiempo en que conocía la meta y no conocía el camino. Ahora es al contrario, conozco el camino y no sé donde me lleva. Y ¿quién sabe? Varios caminos se le presentan al hombre. ¿Cuál conduce al Santo, bendito sea su Nombre, y cuál hacia el hombre? No soy más que un nómada. Y, sin embargo, sigo caminando, buscando. Quizá lo que busco es seguir caminando, no detenerme, no instalarme y corromperme, no perder el oriente; busco seguir siendo itinerante.

Por ello, te digo, camina sin itinerario preestablecido. Marcha hacia donde te guíe la nube o la estrella, de día y de noche.

Para llegar a la verdad, dicen nuestros sabios, bendita sea su memoria, el hombre tiene que atravesar cuarenta y nueve puertas. Cada una de ellas se abre sobre una nueva pregunta. Luego, llega a la última puerta y, sólo después de haberla atravesado, podrá vivir en la fe.

No olvides que no estás solo. Hay una muchedumbre inmensa en ti, como las estrellas del cielo o las arenas de la playa del mar. Las llevas de una parte a otra dentro de ti. Deja, pues, de soñar. No turbes el sueño con tus sueños. Vive la vida y descansa en tu tierra, en la tierra de cada día.

Con su cayado y el morral al hombro, baja al torrente. Le veo, olvidado de mis serias palabras, elegir los cantos lisos, duros y preparar la honda. Los lanza contra una roca y no falla el tiro en la frente de la serpiente, que se adormilaba al sol.

En el borde del torrente, las adelfas estaban en flor. Cogí una flor roja y me la llevé a los labios. Algunas cigüeñas, paradas en un pie sobre las rocas, clavaban los ojos en el agua. El sol se había puesto, pero hacia el norte, el monte Hermón aún conservaba la luz en su cresta.

26

A lo lejos el Jordán zigzagueante, como una culebra, bordea la colina y desciende entre matojos, con la brisa enredada en sus hojas y alguna chicharra, apagando el canto, al apagarse el sol. Y luego, todo es silencio, un canto de silencio; silencio cósmico, que se hace presente, íntimo; silencio que rescata las horas de la muerte. El silencio se hace refugio, que envuelve y acuna la vida en gestación, haciéndola madurar, crecer, florecer, fructificar. El pensamiento se me pierde en la distancia, más allá de los días y las fronteras.

Puedo decir que conozco cada piedra y cada nube, los mil ruidos que hacen de la noche una presencia viva, como un mensajero que puebla el silencio de señales. El misterio se halla pegado a mi cuerpo, a mi vida. Sus marcas están escondidas en todo lo que me rodea, allí donde me llevan mis pasos.

Con la luz del sol, a la mañana, vuelven a surgir los contornos de las criaturas, difuminadas por la tiniebla. La luz colma el espacio anegado por el caos. Aún no había amanecido, cuando ya estaba despierto. Los limoneros y las palmeras se hallaban envueltos en un velo azulado. Reinaba un silencio profundo. Ni siquiera había cantado el gallo madrugador. Salí al camino y sentí que el corazón se había aligerado. El Santo, bendito sea su Nombre, se me había presentado como un leve soplo de aire fresco. Mi corazón no era suficientemente grande como para contener su alegría desbordante. Avanzaba en la luz delicada de la aurora, en medio de sus bendiciones: su canto, los olivos, las viñas, los trigales. El salmo de la alegría surgía desde el fondo de mí mismo y quería ascender hasta el cielo. Las espigas estaban maduras e inclinaban la cabeza a la espera de la hoz. Se oía chirriar a lo lejos una carreta de bueyes. Los asnos olfateaban el aire, movían la cola y se echaban a rebuznar. Llegaban las primeras segadoras, entre risas y parloteos, con sus hoces afiladas. Yo seguía avanzando. Dejé atrás las segadoras y los trigales y llegué a los viñedos, que se alzaban en el flanco de la colina. Vi una higuera y me detuve a cortar una hoja y aspirar su olor.

El sol dominaba ya la planicie, acariciaba a los pájaros, los animales y los hombres. Un rumor confuso ascendía de la tierra; las cabras y las ovejas se desparramaban por el collado.

Imaginé a Raquel, abierta a la luz del rocío, como una flor en la mañana, como un manantial de aguas cuya vena nunca engaña; pero no lograba fijar su imagen en mi fantasía. Me sucede siempre. Necesito verla, mirarla. Y cada vez que la miro es como si la viera por primera vez. Deseé tenerla a mi lado, acariciarla y transmitirla la paz y la esperanza, que me daba el campo fecundo. ¡Cómo deseaba su presencia en ese momento, para dejar hablar al corazón, sentir su mano acariciando mis cabellos rebeldes, y enjugar en ellos las lágrimas que la arranqué con mis palabras!

Pero me hallaba solo, contemplando a las cosechadoras, que segaban y cantaban. Los puñados de espigas se transformaban en brazadas, en gavillas, en almiares, que se alzaban como torres en las eras. Las mujeres cosechaban y los hombres llevaban las gavillas a las eras y otros allí limpiaban con los bieldos el grano. Soplaba un viento cálido, que se llevaba la paja y el tamo, mientras los pesados granos se amontonaban, formando grandes muelos en la era.

Así transcurrían los días de Tanmur, Ab y Elul. Pasaba una luna y luego otra. Las terrazas se doraban de mazorcas de maíz y gruesas calabazas, que se secaban al sol.

¿Cuántas veces, amada Raquel, hermana mía, en quien busco el pasado común, el de antes de que nos encontráramos, antes de nacer, el de antes de ser concebidos, cuando nos hallábamos juntos en los riñones de Teraj y desde el que hemos caminado por la sangre y por la tierra para encontrarnos y abrazarnos de nuevo, cuántas veces, hermana mía, mi amor, las golondrinas volvieron desde el día dichoso en que franqueé el umbral de esta casa? ¿Cuántas veces hemos sembrado, hemos segado y hemos recolectado?

Y los hijos que crecen, aprenden a caminar, a correr, a hablar, a reír, a cantar la vida; al precio de lágrimas y fatigas logran un palmo de felicidad; sueñan un porvenir luminoso, con sus nubes, por supuesto, y sus sorpresas... Y luego el tiempo cambia su ritmo.

27

¡Y cómo cambia!, cantan a coro nuestros sabios, bendita sea su memoria, que quieren dejar a Jacob con su melancolía y su sueño misterioso de futuro, para solazarse con risas zumbonas, recordando a Judá su historia con Tamar, la nuera, alta y delgada, como una palmera, haciendo gala a su nombre.

Jacob sueña:

¿Quién es ese que viene de Edón,

todo vestido de rojo?

¿Quién es ese del vestido esplendoroso

y de andar tan esforzado?

Soy yo que habla con justicia,

un gran libertador.

¿Y por qué está rojo tu vestido,

como el de un lagarero?

El lagar he pisado yo solo,

de mi pueblo no hubo nadie conmigo.

Los pisé con furia

y su sangre salpicó mis vestidos,

y todos mis vestidos se han manchado.

Miré bien y no había auxiliador:

me asombré de que nadie me ayudara.

Mi propio brazo me salvó

y mi furia me sostuvo.

Jacob contempla su sueño misterioso y los sabios siguen los pasos de Judá hacia el sueño.

Por aquel tiempo Judá se apartó de sus hermanos y descendió con sus rebaños a la llanura cananea, yendo a vivir con un tal Hira, de Adulam. Allí conoció Judá a una mujer cananea llamada Sua. La tomó como esposa y vivió con ella.

Ella concibió y dio a luz un hijo, a quien llamó Er. Volvió a concebir, dio a luz a otro hijo y le llamó Onán. De nuevo dio a luz un hijo y le llamó Sela.

Judá tomó una mujer para su primogénito Er. La mujer se llamaba Tamar. Pero Er murió, sin dejar descendencia. Entonces Judá se la entregó a Onán, diciéndole:

-Dale descendencia a tu hermano.

Pero Onán, sabiendo que la descendencia no iba a ser suya, cuando se acostaba con la mujer de su hermano, se negaba a engendrar hijos y derramaba su semen por tierra. Onán peca contra la memoria y el nombre de su hermano y contra la viuda; niega la existencia a un ser que está esperando, que es esperado y que podría vivir, gozar y cumplir una misión. Retraerse de la mujer para derramar el semen por tierra es apagar la esperanza de un hijo, es matar antes de que nazca el hijo esperado, es como arrancar el hijo del seno de la madre y arrojarle por tierra, contaminando la misma tierra, a la que se priva de un habitante. Esta vida, como sangre enterrada, grita al cielo.

El delito de Onán contra la vida le acarrea la muerte. Desagradó al Santo, bendito sea su Nombre, y le hizo morir.

Entonces Judá, pensando que Tamar ejerce algún maleficio sobre los maridos, dice a su nuera:

-Quédate como viuda en casa de tu padre, hasta que crezca mi hijo Sela.

Con el pretexto de la inmadurez del hijo menor, la remite a su casa paterna. El modo de despedirla es un fraude: por una parte la retiene, por otra no la mantiene; la entretiene con una promesa que no piensa cumplir, pues temía que muriera también el hijo menor como sus hermanos. Hubiera podido despedirla, dejándola en libertad, pero al prometerla el hijo menor, la engaña con falsas esperanzas y la liga con deberes de prometida. ¡Judá, hijo de Jacob y nieto de Labán, sigue sus pasos!

Tamar, pues, se fue y vivió en casa de su padre. El tiempo pasa y Judá, por miedo a perder a su tercer hijo, olvida la promesa. Tamar comienza a sospechar, vislumbra el engaño. Pero no se dejará consumir por la amargura. Vive en la casa paterna, públicamente en condición de viuda, llevando el vestido característico de las viudas. Hasta que decide actuar para responder al clamor de la vida. Como si en su vientre sintiera el molde vacío que no se llenó de una vida nueva, para la que fue formado. Como un árbol que sintiera en sus ramas el hueco del fruto que no llegó, porque el cierzo heló la flor. "Mi marido se quedará sin apellido, sin descendencia en la tierra". "Y los designios futuros del Santo, bendito sea su Nombre, no se cumplirán". Son los dos clamores armónicos de Tamar.

Por la fuerza nada puede. Tendrá que actuar y enredar al responsable, al suegro que, por cierto, ha quedado viudo también él. Y se dispone a realizar su plan. Viuda desvalida, recurre a una estratagema peligrosa, arriesgada. Elige el momento oportuno. Cuando Judá terminó el luto por su esposa, se dirigió a Timna en compañía de Hira, su compañero adulamita, a esquilar el rebano. El esquileo es siempre una gran fiesta, que se festeja alegremente.

Alguien avisa a Tamar de este viaje:

-Tu suegro está subiendo a Timna a esquilar el rebaño.

Entonces ella se despoja de su vestido de viuda y se cubre con un velo, disfrazándose de prostituta. Se sienta a la entrada de Enaún, en el camino de Timna. Es el cruce del camino, donde los viajeros se detienen a beber en una de las dos fuentes del pueblo. Al verla Judá la toma por una ramera. Se desvía hacia ella y, sin más rodeos, la propone:

-Anda, vamos a tu casa. Ella le pregunta:

-¿Qué me vas a dar por acostarme contigo?

Le responde, sin pensar:

-Te enviaré un cabrito del rebaño. Ella no actúa tan inconscientemente y quiere atar bien todos los cabos. Le pregunta:

-¿Y qué me dejarás en prenda hasta que me le mandes?

El no está para pensar en esas cosas, que lo decida ella:

-¿Qué prenda quieres que te deje?

Y ella, que se lo tiene bien pensado, le responde sin dudarlo:

-El anillo del sello con su cordón y el bastón que llevas en la mano.

El, que tiene prisa, se lo entrega sin titubeos. Se une con ella y la deja encinta.

Tamar se levanta. Y, cuando él ha desaparecido, se quita el velo y se viste de nuevo el traje de viuda.

Una vez llegado a Timna, Judá manda a su compañero Hira, el adulamita, con el cabrito para retirar las prendas, que ha dejado a la mujer; pero éste no la encuentra.

Judá, prepotente y desconsiderado, cree pagar un servicio profesional; cree dejar unas prendas personales y recuperables, cuando en realidad ha dejado una prenda mucho más personal. ¿Pues dónde se graba un sello más personal que en un hijo? Con qué inocencia ignorante había solicitado sus servicios. Con qué facilidad había ofrecido un cabrito. Con qué tranquilidad había dejado en prenda el bastón de su autoridad, labrado y por ello reconocible, y el anillo de sellar, que llevaba colgado al cuello con un cordón.

Los sabios, bendita sea su memoria, se recrean imaginando la sonrisa maliciosa y complacida de Tamar tras el velo. Se imaginan su alegría sintiendo palpitar en su seno una -o dos-criaturas de la estirpe de Judá. Ella ha vuelto a su viudez reconocida. Pero, ahora, esperar es distinto. Puede envanecerse de su astucia, felicitarse por su buena fortuna, regocijarse con el desquite; y puede saborear por primera vez el gozo de la maternidad.

La burla se prolonga y la ironía se duplica, cuando Hira pregunta a los hombres del lugar:

-¿Dónde está la ramera, la que se ponía junto al camino, entre las dos fuentes?

Y las gentes, entre molestos y burlones, le contestan:

-Ahí nunca ha habido ninguna ramera. Molesto, Hira vuelve con el cabrito al hombro e informa a Judá:

-No la he encontrado y unos hombres del lugar me han dicho que allí no ha habido ninguna ramera.

Judá, seco, replicó:

Que se quede con ello, no se vayan a burlar de nosotros. Yo le he enviado el cabrito y tú no la has encontrado.

Los sabios, bendita sea su memoria, están ya saboreando la burla y aprietan los dientes para contener la risa, se agitan en sus asientos, palmeándose los muslos con sus manos crispadas.

Judá, inocente él, ha dado por cerrado el incidente de la prostituta y se hubiera olvidado del asunto. Pero, pasado el tiempo, el estado de Tamar se hace público en la vecindad. Y, a los tres meses, alguien va a delataría a Judá:

-Tamar, tu nuera, se ha prostituido y en el vientre lleva el fruto de la prostitución.

Y el ¡honesto! Judá dicta la sentencia lacónica:

-Que la saquen y la quemen viva.

El desenlace se retrasa hasta el último momento. Cuando la llevan al suplicio, Tamar juega su baza, enviando el mensaje a su suegro:

-Estoy embarazada del hombre a quien pertenecen estas cosas. A ver si reconoces de quién es este sello, este cordón y el báculo.

Judá, corrido de vergüenza, admite su falta:

-Ella es inocente y no yo, porque no le he dado a mi hijo Sela.

Judá se había empeñado en conservar la vida, guardándola, cuando la vida se salva dándola, comunicándola. La vida se continúa, no en el afán de seguridad, sino en el riesgo. La nuera le ha salvado y le dará descendencia, duplicada.

Pues cuando llegó el parto, tenía mellizos. Al dar a luz, uno sacó una mano, la comadrona se la agarró y le ató a la muñeca una cinta roja, diciendo:

-Este salió primero.

Pero él retiró la mano y salió su hermano. Ella contestó:

-¡Buena brecha te has abierto!

Y le llamó Fares. Después salió su hermano, el de la cinta roja a la muñeca, y ella le llamó Zéraj.

¡Bendita sea nuestra abuela, abuela de David y su descendencia!, exclaman, relajándose, los sabios, bendita sea su memoria.

Que por los hijos que el Señor nos dé,

nuestra casa sea como la de Fares,

el hijo que Tamar dio a Judá.

Los sabios dejan a Judá con esta bendición. Y también Jacob le deja en la otra orilla del Yaboc con su bendición, cargada de futuro:

A ti, Judá, te alabarán tus hermanos,

pondrás la mano sobre la cerviz de tus enemigos,

se postrarán ante ti los hijos de tu madre.

Te has engrandecido, al decir de tu nuera Tamar:

"Ella es inocente y no yo";

pues un corazón sincero y humillado,

que reconoce su culpa y la confiesa,

nunca lo rechaza el Santo, bendito sea su Nombre.

El ensalza a quien se humilla

y humilla a quien se encumbra.

Por ello mis descendientes

no se llamarán Rubenitas o Simeonitas,

sino que llevarán el glorioso nombre de Judíos.

Desde ahora y por siempre.

Tu tierra será bendita,

sus frutos serán abundantes todos los años,

y lo mismo tus ganados.

Desde lo alto de la roca contemplo los valles,

blancos como la leche, cubiertos de ovejas.

El vino corre en tus tierras como el agua.

Sabios e inteligentes saldrán de tus riñones,

que no morirán hasta que sus cabellos blanqueen

de ancianidad, como la leche.

Entre tus descendientes surgirán reyes, jueces y profetas.

De ti, hijo mío, surgirá el Mesías,

que recogerá a todos los hebreos del exilio,

desde los cuatro ángulos de la tierra,

los conducirá a la tierra de Israel.

28

Me siento agotado, como vaciado por dentro. Pero aquí están, esperándome, los otros hijos, cada uno con el peso de su memoria, su historia y sus sueños de futuro.

Una araña teje en el ángulo de mi tienda su tela; corre adelante y atrás, atenta a entrecruzar sus sutilísimos hilos. Aún no se ha levantado el polvo y se percibe un olor a tierra mojada. La luz y la frescura de la noche se ha colgado de las hojas del olivo de enfrente y todo el árbol sonríe. Sale un canto de la terraza: áspero, un canto de nómada impregnado de indómita nostalgia.

Rompo la tela de araña y salgo afuera. La calma de la mañana desnuda el campo. Con el sol, llega un olor cálido de higueras retoñadas.

Un viejo, detrás de su tienda, prepara unas tortas, mezclando polvo de langosta machacada con harina de cebada y leche de camella; mientras se tuestan al fuego, va rociándolas de aceite, que chisporrotea. despidiendo un olor amargo a su alrededor.

Un asno hace girar una noria y los cangilones vierten su agua entre el chirriar del torno cansado.

Y Raquel, que elige siempre la mañana para sus desahogos, se me presenta, rencorosa como un camello, arrastrando sus ojos por la tierra. Su palabra -como la del Santo, bendito sea su Nombre-, en mis oídos abrasa como fuego, consumiendo los leños de mis días. No puedo ahogaría. Arde en el corazón. Es fuego ardiente prendido en los huesos. Es un martillo que golpea la roca, que la arranca centellas y la deshace en pedazos:

-¡Dame hijos o muero!

No me permite hablar. Ya sabe mi respuesta, pero ella ya ha encontrado la réplica:

-Ahí tienes a mi sierva Bilha: únete a ella, para que dé a luz en mis rodillas; así tendré hijos por ella.

Sin esperar mi respuesta, se aleja, dejándome a solas con sus palabras, que golpean mis sienes y revolotean por mi imaginación.

Salgo y arreo el rebaño a pastar a los montes, lo más lejos posible. A mediodía, me siento en la cima, a la sombra de un miserable chaparro, único reparo para los rayos abrasadores del sol. Con el bastón al lado y la cabeza apoyada en el zurrón, me entra un sopor y me duermo.

Un áspid se insinúa junto a la muchacha. La ira late babosa dentro de la serpiente, que levanta la cabeza y extrae una lengua ramificada. Sus ojos brillan con viscosidad oscura. No puede cerrarlos; carece de párpados. Su cuerpo es verdegrís y alargado. La muchacha, abstraída con el rumor del agua, con los ojos cerrados, no repara en la víbora ni siquiera cuando ésta clava en su talón sus dientes incisivos, venenosos. El dolor sorpresivo no la hace abrir los ojos; sólo alza la pierna, tratando de extraer una espina de su carne con su mano distraída. Dejado el veneno, el reptil se aleja con lánguida sinuosidad. Al reparo de una piedra cercana, se acurruca y hunde la cabeza en su lomo, sumiéndose en un sueño aletargado. Mientras, una pesadez, con un dolor sordo, voluptuoso, sube del talón de la muchacha, recorre su sangre, adormeciéndole el cuerpo. Un susurro de péndulo le late en los oídos y le impide moverse. La pesadez se hace más intensa y se le cierran los ojos pesadamente. Sus rodillas se ponen rígidas. Un escalofrío hace temblar su piel. Ondas azules embriagan su mente. La muchacha se entrega con una sonrisa de estupidez al goce de la dulce ola. El placer la inunda, extendiendo sobre ella una quietud serena.

Me despierto sobresaltado. A la vista estaban los pastores y los rebaños dispersos entre los cantos filosos, entre las matas de pistacho, entre los prados de flores silvestres, dispersos por los valles, las laderas y colinas de olivos. Todo era un zumbar de estío como colmena dorada, y un firmamento candente, penetrado de un potente silencio, que cautivaba el corazón hasta el ansia de un gozo pleno y total.

Quien no ha gustado la delicia de este mundo, aunque pueda entrar en el paraíso, tampoco gustará su felicidad, exclaman a coro los sabios, bendita sea su memoria.

A la noche, Bilha está ya en mi tienda esperando. Acicalada, sin duda, por Raquel, me pareció hermosa. Entrada en carnes, un poco robusta, pero hermosa. Más de una vez me había sentido atraído por ella; atraído y turbado. Un deseo violento me había invadido, al entregármela Raquel, pero me mantenía apartado, sin tocarla. Sentía una presencia entre nosotros, como una sombra que me cohibía, la sombra de la misma Raquel, que me impulsaba a unirme con su sierva y, al mismo tiempo, me alejaba, no sé por qué, de ella.

Después cedí, dejándome llevar por la llamada de su cuerpo. Me gustaban sus largos cabellos oscuros, sus ojos sombríos, sus labios sensuales, que deslizaba lentamente por la superficie de mi frente, de mi cara, hasta rozar mis labios, mientras las fosas de su pequeña nariz se estremecían. Mirarla era seguirla por la selva donde todo camino es una sorpresa de ensueño. Con sólo tocarme las manos o la frente conseguía hacerme olvidar el cansancio o los temores. Sentía el roce de su cara en la mía, su aliento confundido con el mío, sus labios que sellaban los míos y, en el silencio, se iluminaba el abismo de mi vida. Bilha me quiebra, me abraza, arranca ascuas a mi cuerpo, unido al suyo, en el mismo grito de dolor, de placer, de libertad. ¡El cielo existe!

Cuando el hombre encuentra gozo en una cosa, no se cansan de repetir los sabios, bendita sea su memoria, también el Santo, bendito sea su Nombre, goza con ella; y cuando el hombre no encuentra gozo, tampoco El goza.

Bilha concibió y me dio un hijo. Raquel, no sé si gozosa u orgullosa, recogiéndole sobre sus rodillas, exclamó:

-Dios me ha hecho justicia, ha escuchado mi voz y me ha dado un hijo.

Por eso le llamó Dan.

En la aridez del desierto, al caer la tarde, se me encendía la sed. Mi corazón vacío de todo, se llenaba de deseo de amor. Pero cada mañana amanecía cansado de sueños y esperas. Y las noches de frío, bajo mi tienda de pastor, imaginaba el lecho caliente de una presencia ausente. Lía, Raquel, Bilha y sus rivalidades. Me invadía un cansancio, que recorría mis venas hasta extenderse por todo mi cuerpo.

Es un cansancio que no obedece a una causa concreta. Lo que me ocurre se debe a un conjunto de cosas. Algo que ni siquiera puede apoyarse en un nombre, ni en un hecho, ni en un sentimiento determinado. Sólo en el cansancio. Es un tipo de cansancio que un buen día surge sin que se pueda decir por qué. De repente, uno se da cuenta de que, a pesar de haber pasado la vida buscando y haber querido darse, únicamente se ha encontrado a uno mismo o se ha pertenecido siempre a uno mismo.

Y vivir para uno mismo provoca un cansancio indefinido, infinito. Es descubrir que, como se salió desnudo del vientre de la madre, así desnudo volverá como ha venido y nada podrá sacar de sus fatigas que pueda llevar en la mano. Es semejante -como narran los sabios, bendita sea su memoria-, a una zorra que encontró un viñedo, pero estaba circundado de una cerca todo alrededor. La zorra encontró una abertura y trató de pasar, pero no lo consiguió. ¿Qué hizo? Ayunó durante tres días hasta que, delgadísima, logró pasar por el agujero. Luego comió las uvas hasta hartarse, engordando de nuevo. Así no pudo pasar nuevamente por la abertura cuando intentó salir. Entonces ayunó otros tres días, hasta que adelgazó lo suficiente para poder salir del viñedo. Una vez afuera, contempló el viñedo y dijo: ¡Oh, viñedo, oh viñedo, qué hermoso eres y qué buenos tus frutos! Todo lo que hay en ti es estupendo, pero ¿de qué sirve? Como se entra en ti, así se sale.

Volvió a concebir Bilha y me dio otro hijo, ¿a mí o a Raquel? Raquel fue quien dijo:

-Dios me ha hecho competir con mi hermana y la he podido.

Y le llamó Neftalí.

A Bilha estas exclamaciones de satisfacción, en medio de los dolores de sus partos, la enorgullecían y la dolían. La consumía, ciertamente, un fuego sombrío y misterioso, que la hacía para mí más irresistible.

29

Dan y Neftalí, como dos verdaderos hermanos, van siempre juntos, aunque son tan distintos. Dan, autoritario y dulce a la vez, fuerte como un gigante y débil como un niño. De una timidez inexplicable, apenas hablaba; lo que tenía que decir, lo expresaba con pocas palabras, con monosílabos casi siempre, o con adivinanzas, que sacaba de su silencio:

Del que come salió comida,

y del fuerte salió dulzura.

Ninguno de sus hermanos adivinó que se refería a si mismo, fuerte como el león y dulce como el panal de miel. Raramente alzaba la voz, pero se imponía por su mera presencia. Seducía a las mujeres con su larga barba, que no conoció la navaja; pero éstas le engañaban fácilmente. No bebía licor, aunque era caprichoso. Sólido como un toro y dulce como un cordero. Harto de perseguir palabras, que luego se vaciaban en la mano, se mostraba reticente, aunque sus inquietantes cejas, negras y pobladas, estaban en todas partes.

Hijo mío, te miro y veo que desde el valle de Elá serás empujado hacia la montaña del Hermón, hasta los confines de Basán, donde engordan las vacas. Dejarás las tierras calizas, blancas, de las montañas de Judea, donde las cabras se cuelgan de los pequeños arbustos, que crecen en las colinas, hundiendo sus raíces en la misma piedra caliza, y cuyo pasto seco, crecido en el desierto, los rebaños mordisquean hasta la raíz; atravesarás su desierto, cruzarás las tierras negras de Samaría. Recuerda que en su primera aldea, al pie del Garizin, he excavado un pozo, pues allí bajo los robles el Santo, bendito sea su Nombre, se apareció a mi abuelo Abraham.

El pozo está circundado de palmeras y cañas. Si alzas la vista en tu marcha, verás el gorro del Tabor. Pero tu tierra estará más arriba, en las rojas tierras de chaparros, bellotas y endrinos, y donde en la estación de Tibet la nieve cubre el monte Hermón.

A Neftalí le asustaba, no la fuerza de su hermano Dan, sino su astucia y su sonrisa de zorro, que le desconcertaba. Neftalí, rostro afilado, frente ancha, cejas en arco, cuerpo frágil y esbelto, manos delgadas y dedos finos y largos, veloz como una cierva.

Neftalí es melancólico, generoso y oscuro, pero iluminado desde adentro por una llama insegura, vacilante, que le hace vivir como al margen de todo y de todos. Caminaba con la frente alta y el mirar perdido. De índole delicada, soñadora. Su melancolía, le hacía ser ligeramente irónico, a veces hasta bufón, que sabía hacer reír, aunque él no reía. Llevaba demasiadas dudas o preguntas a cuestas. A veces, oyéndole, parecía como si quisiera romper la corteza que recubre las palabras o rasgar el velo que envuelve las preguntas para hurgar bajo la piel de los hechos.

En el juego de las adivinanzas, con que le provocaba su hermano Dan, las inventaba difíciles, oscuras, casi siempre ininteligibles. Sólo los émulos del sabio y potente Salomón, sus descendientes, los sabios, bendita sea su memoria, se deleitan narrándolas y escuchándolas sin cansarse:

-Un pozo de madera y un cubo de hierro: saca granillos de tierra y derrama agua: ¿qué es?

-¡Un recipiente de colirio!

-Polvo que sale de la tierra y consume tierra, se extiende como agua derramada: ¿qué es?

-El gas.

-Cuando la tempestad arrecia, hace oír su grito alto y amargo y se dobla como un junco; es causa de honor para ricos y de baldón para pobres; honra a los muertos y entristece a los vivos; es alegría para las aves y muerte para los peces: ¿qué es?

-¡Es el lino!, exclama Neftalí, cada vez.

Dan, que no ha adivinado ninguno de los acertijos, se burla de su hermano con una fábula:

Erase un gran rey, que perdía el tiempo con una princesa, y todas las mañanas para llegar a tiempo a la sala del trono, donde le esperaban los embajadores que le visitaban, tenía que salir del palacio a toda prisa. Una mañana, mientras atravesaba corriendo los jardines reales, oyó el murmullo inconfundible de una hormiga:

-Atrás, mis valientes, que pasa el rey.

El rey, a pesar de su prisa, no quiso pasar sin detenerse a saludar a quien había dado aquella orden, que él interpretaba como un homenaje a su persona. Apartó las ramas y vio a la reina de las hormigas al frente de uno de sus innumerables ejércitos.

-Muy amable, mi querida reina, al cederme el paso, le dijo.

La reina de las hormigas le miró con aire de compasión y le contestó:

-Realmente lo que quería era salvar a mi ejército de tus botas, ¿por qué tengo que cederte el paso?

-Otros lo hacen; soy el monarca más importante de la tierra.

La reina de las hormigas emitió una extraña tos y le contestó:

- Es fácil sentirse importante cuando se mira a los demás de arriba a abajo. Cógeme en tu mano y mírame a los ojos y veremos quién es más importante.

El rey se inclinó, puso la hormiga en la palma de su mano y la colocó a la altura de sus ojos. Y bromeando, le dijo:

-¿Y ahora qué? Si no te hubiera puesto en mi mano, ni siquiera me podrías haber visto los ojos. Como ves soy también magnánimo.

Con un tono de desprecio, le respondió la reina de las hormigas:

-No me has puesto en tu mano por grandeza de alma. Lo has hecho por curiosidad. Y eres curioso porque nadie se atreve a hablarte con verdad. Y además, si ser importante para ti es poseer un reino y un ejército potente, yo soy mucho más importante que tú, porque tu reino tiene unos límites y tu ejército un número limitado de hombres, mientras que mi dominio se extiende por toda la tierra y en cualquier región de la tierra yo puedo reunir un ejército mucho más numeroso que el tuyo.

-Es verdad, reconoció el rey; pero al menos me concederás que soy más sabio que tú.

-También esto habría que verlo, respondió ella. Si fueses sabio de verdad, mirarías al menos dónde pones tus pies mientras caminas, en lugar de estar siempre mirando a las nubes.

La simplicidad le desarmaba a Neftalí, que vivía como si no estuviera seguro o sospechara de todo: del sol y de la noche, de la niebla y de la lluvia; del bosque y sus rumores, de las nubes y del silencio.

Neftalí es semejante a la cierva, que se erguía ante mí, sobre sus cuatro patas aferradas a la piedra granítica. La veo inmóvil, con su largo pescuezo estirado e inclinado hacia la derecha, como sorprendida en medio de un movimiento. Su cuerpo transmitía ondulaciones de estremecimiento. Sus ojos grandes y redondos giraban en sus órbitas, alerta a todo su alrededor. Una piedra desprendida, con su ruido, hizo que la cierva, asustada, huyera con saltos de circo.

Esta imagen, que guardo en mi memoria, es la imagen de mi hijo Neftalí. Le veo elegir un camello joven, delgado y rápido, le hace arrodillar, le monta y le lanza un grito. El camello se levanta y se echa a correr velozmente, como si huyera de sí mismo.

Otras veces le contemplaba perdido en la somnolencia del desierto, a la sombra casi imposible de un montículo escarpado, en cuclillas, deslizando su fantasía por el amplio espacio de su futuro, cuya superficie permanece en calma, cuando las tempestades agitan sus fondos.

-Bebe, le digo para sacarle de sus pensamientos.

-No tengo sed, me responde.

-¿Y qué? ¿Hace falta tener sed para beber? ¿Es que los pájaros sólo vuelan cuando tienen que ir a algún sitio? Vuelan porque aman el cielo y la libertad. Nosotros bebemos como los pájaros vuelan! El hombre bebe porque está de buen humor o porque está de malhumor; bebe porque gana o porque pierde; porque ha casado a su hija o porque no logra casarla...

No beben los hijos de Bilha, mientras los hijos de Lía se pasan sus odres de vino de frutas, de vino de dátiles de Jericó, de uvas de Engadí. Y con el licor mojan las pastas de higos y alegran su corazón.

Pasad también vosotros, hijos míos, a la otra orilla del río:

Dan gobernará a su pueblo

como las otras tribus de Israel.

Dan es culebra junto al camino,

áspid junto a la senda:

muerde al caballo en la pezuña,

y el jinete es desprendido hacia atrás.

Es un cachorro de león

que se lanza desde Basán.

Neftalí es cierva suelta

que prefiere bellos dichos;

sus hijos, maestros de sabiduría,

se aplicarán al cultivo

de las suaves palabras.

Neftalí, saciado de favor,

colmado de la bendición del Señor,

Oeste y Mediodía serán su posesión.

La piedra granítica, al sol

del mediodía es azulada;

al sol poniente, refulge, enrojece.

Antes de volverle la espalda, tengo necesidad de añadirle algo:

-No te enredes en las palabras, hijo mío Neftalí. Con mi experiencia, te digo que este mundo es luminoso para quien le conoce y le ama; y tenebroso para los que en él se pierden. Yo -y tú parece que también- estoy en el mundo como extranjero. El Santo, bendito sea su Nombre, también. Por eso nuestras relaciones son como las de dos extranjeros, que se encuentran en un país enemigo.

-¿Y?

-El exilio de la patria hace que el extranjero sea amigo de otro extranjero.

30

Arrastrando los pies remonto el declive de la colina. La pequeña cima me asoma a la llanura de tierra caliza, por donde se desliza un regato de agua, que me refresca con su sola vista. A sus márgenes crecen juncos y pequeños papiros. Desciendo hasta él a refrescar pies y manos y beber un sorbo de agua con la mano. Disfrutar de un poco de sombra ya es todo un privilegio en medio de todo este ancho desierto. Me dejo llevar los ojos por el agua del río en pos del verdor y humedad de su cauce, dejándome empapar de su agradable sensación, hasta el ensueño.

Ante el riachuelo, abro el corazón, liberándole de su carga de recuerdos, miedos y obsesiones, tendiendo un puente de palabras entre el ayer y el mañana, desde mis padres a mis hijos, entregándoles el recóndito don de mi intimidad cotidiana, los jalones de toda una vida.

Con el tiempo custodiado en la mirada, he visto pasar los años en la corteza rugosa, como piel de elefante, del viejo tronco del sicómoro. En él he contemplado con parsimonia el sucederse, sin prisas ni pausas, de las estaciones que, un tiempo, me acercaban al fruto maduro de mi deseada Raquel y, después, a las sorpresas periódicas de la vida con los hijos y las dos hermanas rivales.

Como Raquel, ahora es Lía que, viendo que ha cesado de dar a luz, me ofrece como mujer a su sierva Zilpa.

Era una noche hermosa y cálida; el viento se entretenía en las colinas, rumoreaba en los árboles y bajaba a calmarse en el valle. Había estado ayudando a Lía a cocer el pan en el tanmur.

(El tanmur -me explican los sabios, bendita sea su memoria, que todo lo sabe- es el horno para el pan; tiene la forma de un cilindro hueco, hecho de madera recubierta de arcilla, que se va estrechando hacia arriba y a cuyas paredes exteriores e interiores iban pegadas las hogazas).

Mientras se cocía el pan, Lía dejó resbalar, repetidas veces, por mí su mirada, de la cabeza a los pies, sin demostrar ningún interés particular, sin que su rostro reflejara ningún signo humano de simpatía o antipatía.

De pronto entraron tres adolescentes, los tres hijos mayores, como tres hombrecitos bromeando entre ellos. Tenían un aire desvalido, dándose aires de escépticos, traicionados por sus risas nerviosas, sus voces tímidas, su ansiedad. Cogieron una hogaza y salieron corriendo como críos.

De nuevo, a solas con Lía, animada por la vista de los hijos, se decidió a decirme lo que llevaba meditado en su mente:

-Abrázate a quien está caliente y te calentará. Zilpa, la hermana menor de Bilha, casi una adolescente, con su carácter fuerte, de terquedad incluso, me producía una sensación de vértigo. Era como una flor recién brotada, abierta al rocío de la mañana.

El hombre se siente siempre torpe ante una virgen, haya tenido o no experiencias amorosas con otras mujeres. Y allí estaba en mi tienda Zilpa, morena, calma, cara redonda, nariz chata, ojos negros como el ébano; fina y graciosa; una muchacha hecha para la alegría, en su juventud, de gráciles labios apretados y palpitantes, que humedecía, pasándose lentamente la lengua por ellos.

Mi cuerpo se tensó de deseo. Sentí su mano sobre mi brazo, después ya no sentí nada más, ni siquiera su presencia. Para cerciorarme de que estaba conmigo, la arranqué la cofia y pasé la mano por sus cabellos sedosos. Y volví a sentirla. Se movía con ligereza, con descuido. Sobre la yacija entraba la luna y todos los olores de Iyyar, sofocando su respiración anhelante. El croar de las ranas del estanque se acompasaba con sus fuertes latidos.

Luego vino el silencio y ella que lloraba. Me invadió un vacío inmenso, como si hubiera perdido la clave de la vida. El significado de las cosas perdía consistencia.

Los sabios, bendita sea su memoria, tratan de explicarse:

-Cierto, el sufrimiento existe. Y proviene del Santo, bendito sea su Nombre. ¿Por qué existe? El hombre es demasiado débil para recibir la bondad divina que es absoluta. Por ello, sólo por eso, el Santo, bendito sea su Nombre, la recubre de un velo que es el dolor.

Zilpa me dio un hijo. Lía, considerándolo suyo, al verle nacer, exclamó:

-¡Buena suerte!

Y le llamó Gad.

Volvió a dar a luz un segundo hijo y Lía, contenta, fuera de sí, volvió a repetir:

-¡Qué feliz!, las mujeres me felicitarán.

Y le llamó Aser.

31

Gad es el protagonista ideal de los midrash, que nos describen la vida de los patriarcas como beduinos, es decir, como nómadas camelleros. Son los nómadas propietarios de camellos y ganado menor, que penetran regularmente en las zonas cultivadas para apacentar los rebaños en los rastrojos durante el estío, merced a un más o menos amistoso concierto con la población sedentaria. Sus movimientos entre estepa y tierras cultivadas vienen determinados por la ley de la trashumancia. Su forma de vida nómada no es absolutamente inconciliable con una cierta sedentariedad. Las ciudades ejercen sobre ellos un gran atractivo, no para establecerse en ellas perdurablemente, sino más bien por las posibilidades de comercio y matrimonio, que la ciudad les ofrece.

Gad con sus muchos rebaños se afinca y se mueve al otro lado del Jordán, al sur del Yaboc, junto a las ciudades de Galaad y el territorio que se extiende hasta la punta del mar de Kinnéret. Es un tierra propicia para el pastoreo. Allí ha construido los rediles para las ovejas, pero se mueve hasta las faldas del Hermón.

Atravesando las campos uno se tropieza con un rebaño quieto en su sitio, aplastado por el sol de mediodía, como si sus patas hubieran echado raíces en la tierra reseca. En el centro duerme el pastor, oscuro como un bloque de basalto. Le miras y él te muestra sus dientes en parte brillantes y en parte carcomidos. Con aire cansado se pone en pie, sin deshacer su sonrisa. Sigues caminando y él, erecto, con los hombros gachos, seguirá por un largo rato clavándote en la espalda la mirada y la sonrisa.

Vueltos hacia la colina, bajo el sol abrasador, arden los rostros de estos beduinos: ojos de azabache, narices ganchudas, mejillas curtidas, sienes mugrientas.

Con ellos, como ellos, vive Gad. Luce una barba ahorquillada, negra y espesa, con grandes labios sensuales, cuello corto y ancho de toro y ojos vivaces y negros de ave de rapiña. Es el vivo retrato de su tío Labán. Expuesto continuamente al pillaje, sabe defenderse contra los ataques de otros salteadores beduinos.

La oscuridad de la noche es cómplice de estos salteadores. Sigilosos como el viento pasan por los poblados, burlándose de todos los guardianes. Y si se les interroga, te envuelven con su maraña de cortesías.

Con astucia de beduino, que le viene de su tío Labán o, quizás, del abuelo Abraham, Gad participa en las intrigas y en las peleas de los pozos de agua, como una leona a la que trataran de arrebatar sus cachorros. Se sabe mover entre camelleros y pastores, entre los jornaleros de las viñas, los olivares y las mieses y los artesanos del telar y la fragua. Aunque su vida transcurra principalmente, casi exclusivamente, en el campo con los ganados. Allí se encuentra a su aire. Conoce no solo cada piedra y cada nube, sino hasta la madriguera del conejo o del zorro, cada árbol y la sombra de cada hora. Está habituado al sol de mediodía, a la arena del desierto, a las zarzas que ensangrientan sus pies, al viento frío de la noche, aunque éste le obligue a arrebujarse en sus vestidos y cobijas impregnadas de olor fuerte a leche de cabra.

Pensando en él me siento padre. Como él me siento nómada. Hasta cuando no me muevo, sigo siendo nómada, la mente y el corazón buscan sitios lejanos, diversos, inexistentes, donde reposar. Vivo en una agitación constante, con necesidad de extraviarme, de perderme.

Los chopos de Kislev todavía conservan algunas hojas, que en la estación de Tammur tenían una tonalidad verde, plateadas por el envés. Para Tebet ya estarán desnudos y rígidos; sus ramas finas parecen clamar al cielo en espera de Nisán.

Pero, de momento, un viento seco golpea los cipreses, que gimen hasta irritarme. Los eucaliptos, en cambio, como mi hijo Gad, se defienden juntando sus ramas espesas y firmes. Yo me estoy quedando a la intemperie. Y tengo miedo

Sé que la muerte siempre viene de noche y nadie la puede prevenir para cerrarle el paso. Y no me arranco el miedo por mucho que me repita que tener miedo a la muerte es hacer como el niño que, de noche, no quiere ir a dormir.

Quien hace el mal a la luz, es castigado por los hombres; quien lo hace en la oscuridad -como yo con mis intrigas y engaños-, es castigado por sus espíritus interiores, que se rebelan contra él. Y mis manos están manchadas de moras; no puedo ocultar el robo. Llegué a este mundo como huésped y me he hecho -o creído- señor de la casa.

Ahora, todo me abandona. En el momento de la verdad, nada me sirve, nada me salva. Pasa, también tú, hijo mío Gad, a la otra orilla del río:

Tú, Gad, siempre valiente,

echado estás como leona;

has desgarrado un brazo

y hasta una cabeza;

te atacarán los bandidos,

y tú los atacarás por la espalda.

Te quedarás con las primicias

y llegarás a la cabeza de tu pueblo.

Distinto es Aser, su hermano Aser, el otro hijo de Zilpa. Cabeza grande, sonriente, pelo oscuro, cara bronceada. De ojos bellos y luminosos, brillando en su amplia frente. Inteligente, cortante, con absoluto dominio de sí.

Con el pensamiento en otra parte, asiste a una conversación sin participar. Puede pasar horas sin abrir la boca. Pero, cuando, de improviso, decide romper el silencio, el ambiente cambia bruscamente. Se expresa con voz grave, lenta, serena. Todos le miran, impone respeto.

Me gusta imaginarle a la luz de un cielo bajo encima de los cedros, las nubes incandescentes, los camellos en reposo a la vera de los senderos pedregosos.

Las abejas zumban en torno a la fruta madura. Del collado de los tres olivos desciende el viento traspasado de polvo y fragancias de almendras, higos, dátiles, avena y cebada. El sol, como Aser, cabalga en una carroza, coronado como un novio y contento como una novia. Sentado bajo un olivo achaparrado de tronco hueco, me dejo envolver por el olor de la tierra, la humedad del río Libnat, la luna y el cantar de los grillos. Cae la tarde sobre el monte Carmelo. Ha cesado la lluvia. Las palmeras, que bordean la costa, lavadas, sacuden las gotas de lluvia en el césped amarillento. Me acerco al río Cisón y bebo de sus aguas a grandes sorbos. Recorro las suaves colinas de Galilea y me extasío con las ricas cosechas de las tierras de mi hijo Aser. Inmensos campos de olivos en ringleras llenan la vista. Me tumbo cara al cielo, abanicado por a brisa marina y sueño, con el corazón perplejo, en el destino de mis hijos, unidos y dispersos, por esta ancha y diversa tierra.

El grano de Aser es suntuoso,

ofrece manjar de reyes.

Baña su pie en aceite.

Sea tu cerrojo de hierro y de bronce

y tu fuerza tan larga como tus días.

Bellas serán tus hijas,

no las igualarán en todo el país.

Reyes las tomarán por esposas.

-Cruza el río, hijo mío Aser, que ya espera, impaciente, Lía.

32

La mañana era transparente, pero el cielo se volvió un auténtico fulgor cuando Raquel se presentó ante mí con su sonrisa. Deseé tenerla siempre a mi lado para que me transformase el cielo en ríos de luz. Sentí realmente las alas celestes, que batían sobre mi cabeza.

Recordando el afecto de su juventud, el amor del tiempo del noviazgo, cuando me seguía por el desierto, a través de los barbechos, le dije:

-Raquel, hermana mía, ¿por qué te quedas encerrada en casa? Pequeña mía, ¿por qué no vienes al campo?

Levántate, amada mía,

hermosa mía, vente.

Mira, el invierno ha pasado,

han cesado las lluvias y se han ido.

Las flores aparecen en la tierra,

ha llegado el tiempo de las canciones,

se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra.

La higuera echa sus yemas,

y las viñas en cierne exhalan su fragancia.

Levántate, amada mía, y vente.

La cocina de leña había quedado preparada desde la noche anterior y mientras le canto, Raquel enciende el fogón, soplando en el rescoldo de las brasas aún tibias bajo las cenizas, que las recubrían. Pone a calentar agua y a hervir la leche. Y me habla, me habla, dejándome oír su voz, más dulce que el arrullo de la tórtola:

Dime, amor del alma mía,

dónde apacentarás hoy el rebaño,

dónde sestearás a mediodía,

para que no me encuentre sola,

errando tras los rebaños de otros pastores...

Y yo la escuchaba como si escuchara la lluvia o el fuego, gozando de su música, sin preocuparme del sentido de sus palabras. Y la miraba. La miraba cuando me hablaba y cuando callaba. Parecía como si no pudiera apartar los ojos de ella.

Su mirada es única, sin igual. La llevo dentro como un secreto, como una herida embriagadora. Tantos años de vida errante, en un mundo de conmociones, con frecuencia hostil, no la han borrado de mi memoria. Sólo con recordar aquella mañana, la luz vuelve a brillar en mi corazón.

Bebía su tazón de leche lentamente, a grandes tragos, sorbiendo sin ruido. Y al terminar, sus labios quedaron entreabiertos y húmedos. Una sonrisa suave, perceptible en la fina endidura que se dibujó paralela al labio, alegró su rostro, relajado.

Llenó de agua mi odre de cuero velludo. Cogí mi cayado y el morral y salí al campo con el sol en el cuerpo, iluminándome los pies y calentándome la sangre.

El sol se detuvo sobre la cima de las montañas y envolvió sus piedras con una nube de oro. Y cuando el sol empezó a hundirse allá en el horizonte, mi alma y el alma del campo se hermanaron y se fundieron en un abrazo de deseo y de ternura, ardiente y gozoso. Desde el alma hasta más allá del crepúsculo, la brisa con su sabor a trigo recién segado llevaba algo así como una invitación al deleite, al deleite que no es otra cosa que la manifestación de una vida plena, lograda en la comunión de nuestra sangre y el aroma del árbol, que nos brinda sombra y frescor en los caminos soleados, quemantes de soledad y silencio...

¡Qué ansia de palabras para asustar el silencio! ¡Qué sed de ternura para acortar las horas! ¡Una sonrisa, una caricia, un abrazo para dar calor y frescor a la vida!

Pero al llegar a la tienda todo cambió. Allí el día no había transcurrido según el ritmo de mis sueños. La luz de la mañana se había nublado a media tarde. En lugar de Raquel, me espera Lía:

-Dormirás conmigo, pues he pagado por ti con las mandrágoras de mi hijo.

Que una mujer pague por dormir conmigo es la última humillación que podía imaginarme. Mis mujeres han puesto en venta mi virilidad. No lograba entender. Me contaron, sin que pudiera salir de mi asombro, la trifulca del día.

Rubén salió al campo con los segadores del trigo. Encontró unas mandrágoras y se las trajo a su madre.

¿Son inocentes los niños o son ingenuos y maliciosos? Porque Rubén es un niño. ¿Qué sabe de las mandrágoras? ¿Quién le ha contado que las mandrágoras, por su raíces con figura de niño pequeño, y sus frutos como pequeñísimas manzanas y su olor penetrante, tienen la propiedad de acrecentar el deseo y la pasión y poseen un poder generativo, que por lo demás quién sabe si es cierto?

Lo cierto es que, al llegar Rubén con las mandrágoras, Raquel se entera. Raquel se sabe amada, preferida, pero está insatisfecha, ansiosa de un hijo y, al ver las mandrágoras, un fuego incontenible le abrasa las entrañas; desea las mandrágoras como estimulante de la fecundidad. El ansia la obliga a suplicar como favor o concesión:

-Dame algunas mandrágoras de tu hijo.

Y en su boca las palabras "tu hijo" suenan con acento dolorido; yo no tengo hijo y quisiera tenerlo y a lo mejor las mandrágoras de tu hijo me ayudarán. No te pido todas; dame algunas, déjame compartir tu dicha y que tu hijo nos dé alegría a las dos.

Pero Lía reacciona con dureza; exasperada, responde:

-¿Te parece poco quitarme mi marido, que quieres quitarme también las mandrágoras de mi hijo?

Raquel insiste, conciliadora o interesada:

-Que duerma contigo esta noche a cambio de las mandrágoras de tu hijo.

Y Lía, furiosa, ofendida:

-¡Qué descubrimiento! ¡Jacob es mi marido!

Y Raquel, ya sin miramientos:

-¡No te engrías tanto! Jacob se enamoró de mí desde el principio y si ha aceptado trabajar catorce años con nuestro padre ha sido sólo por mí. Y si no hubiera sido por el engaño perpetrado en la noche de bodas, jamás hubieras visto su cara. Así están las cosas. Es como si no fueras su esposa; has llegado a él en mi lugar, a escondidas, con engaño. Si no hubiera sido por aquel fraude ni siquiera estarías aquí, hablándome de esta manera. Por eso te he dicho que si me das las mandrágoras, te dejo por una noche a Jacob.

Y Lía, hija de la astucia de su padre o, quizás mejor, como buena discípula mía, que no quise ofrecer la comida por espíritu fraterno a mi hermano fatigado, sino que exploté su hambre para un trato inicuo, arrebatándole la primogenitura, así Lía aprovecha las mandrágoras para cerrar un trato, ciertamente más modesto que el mío: una noche de amor conmigo, una noche sustraída a la esposa favorita.

Así fue como, al volver del campo, al atardecer, Lía me salió al encuentro y me soltó a bocajarro:

-Dormirás conmigo, pues he pagado por ti con las mandrágoras de mi hijo.

33

La guerra entre hermanos -¿por qué la llamarán guerra civil?-, guerra fratricida, es la peor de todas. Es como un hombre que hiere su propia carne por odio a sí mismo; se mata al hermano por matar al enemigo en el propio interior.

Esaú, cetrino de piel, hirsuto y vasto, tan velludo que parecía que la naturaleza le había preparado para su vida futura, vistiéndole de una pelliza. Hallándonos aún en el claustro materno, él ya alzaba su puño contra mí; y yo ya le aferraba el talón para suplantarlo; fue mi primera zancadilla. Siendo aún un feto ya pretendía disputarle la primogenitura.

Cuando crecimos, vivimos cada uno por nuestro lado. El como cazador, haciendo las delicias del padre; y yo como pastor, gozando de las predilecciones de la madre. El, impaciente, impulsivo, rudo, tira al campo abierto, libre, aventurero; se hace experto en la caza, curtido a la intemperie, agreste, montaraz, errabundo y salvaje. Se encontraba a disgusto entre los pastores, mucho más sedentarios; en nuestro nomadismo, amantes siempre de la tienda. El conflicto entre nosotros era inevitable.

Al contrario que el pastor, cuya vida era mucho más ordenada y previsora, atenta al futuro, el cazador, viviendo al aire libre y al día, no siempre tenía con qué comer. A grandes festines seguían días de privaciones. Si no cobraba piezas en su cacería, no le quedaba más salida que el ayuno forzoso.

Esta era la situación de Esaú cuando, exhausto, se presentó ante mí, mientras preparaba la comida. Era un guiso especial, guiso de luto por mi abuelo Abraham. Esaú, indiferente a las tradiciones, no sabía ni el nombre del guiso, que humeaba ante mis narices y cuyo olor llenó las suyas; seguro que no lo había visto nunca. Con el olfato exacerbado por el hambre y el cansancio de la batida infructuosa, Esaú me señalaba el plato y con torpes palabras me pedía infantilmente:

-Déjame tragar de eso rojo, eso rojo, que estoy agotado.

El guiso atrae a Esaú, el Rojo, que no puede disimular su avidez y prisa por comer; en sus ojos se traduce la ansiedad por engullirlo. Y yo me aprovecho de ello para ponerle una segunda zancadilla. En lugar de dar de comer al hambriento y agasajarle como hermano, que me visita y además fatigado, yo echo mis cuentas, calculo taimadamente y le tiendo la trampa:

-Si me vendes ahora mismo tus derechos de primogénito.

Un contrato de compraventa: por un plato de sabroso potaje rojo los derechos de primogénito. Pero Esaú no está para cálculos, lo está devorando el hambre:

-Yo estoy que me muero, ¿qué me importan los derechos de primogénito?

En su respuesta está aceptando el trato. Pero yo quiero asegurarme. No se vaya a echar atrás cuando haya saciado el hambre y le vuelva la lucidez. El guiso rojo quizá le parezca hecho a base de sangre de res y cuando descubra el engaño, que no son más que lentejas... Que selle irrevocablemente el trato con juramento:

-Júramelo ahora mismo.

Me lo juró, despreciando su primogenitura, comió el guiso de lentejas, bebió, se alzó y se fue.

34

En un instante me pasó por la mente toda la vida de mi hermano. Lo vi todo rojo y tuve miedo. Esaú es él rojo; rojo, el guiso que le vendí; roja su tierra de Seír; rojo su pueblo de Edón, rojo el vestido de sus gentes...

No quise inmiscuirme en las intrigas de las dos hermanas. Acepté su acuerdo. Y así me acosté aquella noche con Lía. Isacar es el fruto del trato entre las dos hermanas rivales, aunque al nacer, Lía dijera con toda su incongruencia:

-Dios me ha pagado el haberle yo dado mi sierva a mi marido.

Isacar, entre el Tabor y el Carmelo, en la fértil región de Esdrelón, se instaló y perdió su libertad. Los frutos de sus árboles son únicos, los mejores de la tierra. Seducido por las llanuras exuberantes, se rebaja a la categoría de los burros de carga. Sometido a los cananeos, es como un asno caído bajo la carga de sus pesados serones. No se puede levantar.

Tú, hijo doblemente mío, salario pagado por mi vigor vital, cruza el río y perdona que no pueda decirte más que lo que veo:

Isacar es un asno robusto

que se tumba entre las aguaderas;

viendo que es bueno el establo

y que es hermosa la tierra

inclina el lomo a la carga

y acepta trabajos de esclavo.

35

Es invierno, comienza uno de los sabios, bendita sea su memoria. El campamento de tiendas se hunde en la noche. Cielo pesado, calles desiertas, respiración sofocante. En casa, al calor de la lumbre, no se siente el mordisco del frío. Todas las miradas están fijas en un hombre tenso y oscuro, que está lejos, con la mente en otra parte. ¿Dónde? Su respiración es pesada, como de enfermo; sus ojos, que fijan la llama del fuego, refleja una angustia antigua y, sin embargo, nueva, desconocida. Todos callan, oprimidos; algo en él despierta el miedo. El silencio se hace total. Nadie se atreve a moverse, a respirar. Nadie se atreve ni siquiera a interrogar al vecino con la mirada. Esperan que el tiempo se rompa y el pensamiento se revele. Luego, él inclina la cabeza hacia atrás y...

Había una vez -interrumpe otro de los sabios, bendita sea su memoria- había una vez un país que comprendía todos los países; y en este país había una ciudad, que comprendía todas las ciudades; y en esta ciudad, una calle reunía en sí todas las calles de la ciudad; y en esta calle había una casa, que hospedaba todas las casas de la calle; y en esta casa había una habitación, y en esta habitación, un hombre; y este hombre personificaba a todos los hombres de todos los países y este hombre reía, reía; nadie había reído nunca como él...

O lo uno o lo otro, nunca a medias, -concluyen a coro los sabios, bendita sea su memoria, que parece que saben de qué y de quién se habla-. El centro de la calle es para los caballos y no para el hombre. El Santo, bendito sea su Nombre, se sitúa o muy arriba o muy abajo; en el séptimo cielo o en el fondo del abismo. Siempre en el silencio y la soledad. Si el hombre no llega al borde del precipicio, no le crecen alas en los hombros...

¿De quién hablan?, me pregunto. Yo pienso en mi padre Isaac. He visto las alas en sus hombros. Pero, ¿qué les ha evocado el silencio y la soledad de su vida, con los ojos apagados hacia afuera, y luminosos hacia dentro? ¿Qué les ha evocado la risa, que lleva impresa en su nombre desde que nació, desde antes de ser concebido?

El Santo, bendito sea su Nombre, se apareció a mi abuelo Abraham, junto a la encina de Mambré. Era mediodía. Abraham estaba sentado a la puerta de la tienda, a la sombra de la encina, pues hacía calor. Alzó la vista y vio a tres hombres en pie frente a él. Al verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y se prosternó en tierra, diciendo:

-Señor, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descanséis junto al árbol. Mientras, traeré un pedazo de pan para que cobréis fuerzas antes de seguir, ya que habéis pasado junto a vuestro siervo.

Contestaron:

-Bien, haz lo que dices.

Abraham entró corriendo en la tienda, donde estaba su esposa Sara, y le dijo:

-Aprisa, tres cuartillos de harina, amásalos y haz una hogaza.

El corrió a la vacada, escogió un ternero hermoso y se lo dio a un criado para que lo guisase en seguida. Tomó también cuajada, leche, el ternero guisado y se lo sirvió. Mientras él estaba bajo el árbol, ellos comieron. Después le dijeron:

-¿Dónde está Sara tu mujer?

Contestó:

-Aquí, en la tienda.

Y añadió uno:

-Cuando vuelva a ti, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo.

Sara lo oyó, detrás de la cortina de la entrada de la tienda.

(Abraham y Sara eran ancianos, de edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus períodos).Y Sara se río por lo bajo, pensando:

-Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener placer, con un marido tan viejo?

El Señor dijo a Abraham:

-¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: "¿De verdad que voy a tener un hijo, yo tan vieja?". ¿Hay algo difícil para Dios? Cuando vuelva a visitarte por esta época, dentro del tiempo de un embarazo, Sara habrá tenido un hijo.

Pero Sara, que ha salido de la tienda, lo negó:

-No me he reído.

El replicó:

-No lo niegues, te has reído.

Esta risa de Sara, mezcla de incredulidad y deseo, dará el nombre al hijo. Pues el Señor cumplió a Sara lo que le había prometido. Ella concibió y dio a luz un hijo a Abraham ya viejo, en el tiempo que había dicho Dios.

Abraham llamó al hijo, que le había dado Sara, Isaac. Sara dijo:

-Dios me ha hecho bailar de alegría y el que se entere se alegrará conmigo.

Y añadió:

-¡Quién hubiera dicho a Abraham que Sara iba a criar hijos!, pues le he dado un hijo en su vejez.

36

Es mi hijo Zabulón quien ha evocado a los sabios, bendita sea su memoria, el recuerdo de mi padre Isaac. No puedo mirarle, sin acordarme de mi padre. Zabulón no se parece a mí, ni a sus hermanos. Es el retrato de su abuelo.

Las mandrágoras no han servido de nada a Raquel. Sin embargo, Lía me ha dado este nuevo hijo. Zabulón es un don inesperado del Santo, bendito sea su Nombre. Una sorpresa hasta para Lía. Al darle a luz, exclamó:

-Dios me ha hecho un gran regalo. Ahora sí que me apreciará mi marido, pues le he dado seis hijos.

Zabulón, mi hijo apreciado, cuanto más le miro más se acrecienta en mí la impresión de quedarme en la orilla de acá, de no llegar nunca al fondo, como me ha pasado siempre con mi padre. Siempre queda una zona muda, un margen oscuro, al que no tengo acceso. No veo nunca lo que él ha visto o lo que se ha negado a ver.

Niño turbulento, misterioso, obstinado; con frecuencia, le sorprendo llorando, atormentado. Se va de casa y vuelve cansado, con los ojos inflamados. De temperamento inestable, sensibilidad exagerada, inteligencia viva y precoz, sensitiva. Parece haber recibido la vida como una herida.

En las noches sin luna, el sueño tarda en llegar a sus ojos. Siente miedo de la soledad, de las tinieblas y del silencio. Le llamo:

-Ven, hijo. Tu padre es el único que se fija en ti. Tú a nadie más llamas la atención. Te diluyes como si sólo fueras parte del paisaje. Nada hay en ti que atraiga la mirada. La gente te mira sin verte. Tu cara ovalada e inexpresiva, con esos ojos pálidos perdidos en el vacío, tus hombros caídos y esa chepa insignificante y tu andar lento y pesado, como arrastrándote por el suelo... Todos tus rasgos, sin una arruga, sin un matiz saliente, hacen resbalar la mirada de la frente a los pies sin que nada la detenga.

¿De dónde te viene la afición al mar y a la pesca, si eres del interior, como tus hermanos? Afincado en Ayyalón, en la ribera del mar, en la costa de Fenicia, pasas el tiempo construyendo barcas y pescando. Ya sé, hijo, que pescas en Tebet, y Tisrí lo pasas pastoreando con tus hermanos. Pero, escucha a tu padre, que te habla con su experiencia:

-Observa atentamente el agua. Cuando la masa de agua corre junta, nada la detiene; arrastra piedras, árboles y tierra. En cambio, si se divide en regatos, pierde toda su fuerza. No te separes de tus hermanos, pues perderías toda tu fuerza.

Te lo diré con otro ejemplo, que me es más familiar. Es como el pastor y la oveja: mientras la oveja no se aparta demasiado, siente el silbo del pastor, quien a su vez oye su esquila; pero si se aleja demasiado, ni oirá ni será oída.

Una última cosa, hijo mío. Quien se considera grande es pequeño y quien se cree pequeño es realmente grande... ¡Y quien se tiene por estúpido, no lo es del todo! Mejor subir un paso que caminar sobre las nubes. Escucha. Un caminante se pierde en el bosque; todo se hace oscuridad. Tiene miedo y he aquí que estalla la tormenta. El necio mira los relámpagos y acrecienta su miedo. El sabio, en cambio, busca el camino que dejan entrever los rayos.

Parece que la calma vuelve a su rostro. Cierra los ojos y me envuelve su dulzura. Pero antes de dormirme -se ha quedado acurrucado en mi seno-, oigo su susurro:

-Señor, Tú conoces cuan grande es mi ignorancia; no sé siquiera si un día moriré. Ayúdame. Haz que yo lo sepa, que sea consciente. Hazme saber que la muerte me espera y que no escaparé a ella. Hazme tomar conciencia de que me encontraré solo a afrontarla: solo, sin amigos ni hijos ni nadie, solo y abandonado de los recuerdos, los deseos, las fantasías y las pasiones.

¿Estoy despierto o sueño? ¿Es mi hijo quien habla o es mi padre? Siempre me quedaré en la orilla de acá, sin llegar al fondo; no tengo acceso a esa zona misteriosa, en que la noche se hace presencia viva y su aire fresco es un mensajero, que llama y lleva lejos...

Sí, pero esta noche, noche del Yaboc, también para mí es una presencia viva. Su aire fresco me despierta, me llama y quién sabe dónde me llevará.

Pasa el río, hijo

Zabulón habitará junto a la costa,

será un puerto para los barcos,

su frontera llegará hasta Sidón.

37

Lía se ha calmado con sus seis hijos, más los dos de su sierva Zilpa. Pero aún dio a luz una hija. La llamó Dina.

La niña Dina, mi única hija, nos traerá de cabeza a todos. Merece un capítulo aparte. Los sabios, bendita sea su memoria, si no consiguen hacerla hablar, al menos lo intentarán escuchando hasta sus ocultos pensamientos.

Yo, que no reía nunca, -la risa de mi padre me había infundido temor a la risa-, sin embargo, no podía contenerme cuando jugaba con mi adorada hija. La amaba con todo el corazón. Con ella era otro; siempre dulce y paciente.

Al llegar, en la tarde, tomaba a mi niña, morena y delgada, y la hacia girar por encima de mi cabeza. Ebrio de alegría, sólo tenía un deseo: seguir bailando toda la noche y todo el día y bailar así hasta el final de los días.

Pero algo siempre interrumpe el baile. Arriba, nubes grises y blancas se disputan el cielo. Un temblor en el aire me golpea los ojos y me hace detener en seco los pies. Las nubes, que la brisa arrastra por la montaña, carga la noche de presagios. Paso la niña a su madre:

-Lía, cuida a esta muchacha. Sus ojos negros profundos son pozos para la sed del amorreo. ¡Qué vértigo de pasiones, hija mía! Pasión de amor y de ira, río de sangre y lágrimas. El Santo, bendito sea su Nombre, te hizo de la costilla y no del ojo o el pie, para que no vagaras curioseando, pero tú me has salido curiosa y vagabunda. Lo leo en tus ojos y me estremezco.

Cuando un espejo es límpido, quien se mira en él, lo olvida y sólo ve su imagen. Así era mi hija. Pero ¡cómo crece! Quizás con demasiada rapidez. Su encanto inigualable de niña se ha transformado en un encanto, en una dulzura cargada de una sabiduría y un atrevimiento precoz, que me hace mirarla y temblar, pues amenaza la ingenuidad que manaba de su sonrisa inocente, como de un manantial que no hubiera profanado ni la luz del sol.

Es callada mi niña. Pero su silencio es más embelesador que el mismo canto. Es un silencio que habla, lleno de palabra y de vida. Silencio que invita a penetrar en la matriz de la vida y ver surgir la luz de las tinieblas y nacer el sol de la noche. Volviendo de mi caminar por las arenas inmensas como la soledad del alma, sueño con mi hija. Una muchacha. Bella y dulce. Desde la terraza contempla el crepúsculo que se le acerca y la envuelve, para invadirla y transfigurarla. Su corazón bate en el pecho como un tambor. Se vuelve hacia mí, que estoy absorto reparando un cedazo, y me dice:

-Te quiero tanto, papá. Lo sabes. ¿Verdad que lo sabes?

-Claro. Eres un tesoro, hija mía, le respondo sin alzar la vista.

Ella posa la mirada sobre la madre, que está preparando la mesa para la cena, y le dice:

-Y a ti también, mamá. ¡También a ti te amo tanto! No te lo digo casi nunca. Pero sabes que es verdad.

La madre, extrañada, alza los ojos hacia su hija, y le dice:

-¡Eso espero! Una hija debe amar a sus padres. También nosotros te queremos. Eres la única hija.

La muchacha se mueve de nuevo hacia el poniente, como si entrase en una ensoñación: También yo tendré hijos y los querré con todo mi corazón... Amo a todos, no me cabe el amor en el corazón. Sólo a mí, mi vida, no amo...

Me llega el aullido de un chacal a lo lejos y el viento silba entre los riscos. Y me vuelve el miedo. Mi mirada se derrama sobre el paisaje, desde las dunas del desierto a la vega fértil, desde los palmerales a las aguas del río. Y vuelvo a imaginar a mi hija, su tez morena, como la de los beduinos del desierto, y sus cabellos, tan negros como las noches onduladas que se ven desde las dunas. El miedo y el amor se confunden, acechando en el fondo del alma. Sí, el crepúsculo me envuelve propiciando el abandono, el sueño, o mejor, la ensoñación. En esta hora mi alma y su intimidad se acopla a las mutaciones del cielo. Como las nubes, como la luz, como el propio sol, que desaparece en el poniente, me dejo seducir por las fluctuaciones inesperadas. Es siempre el instante propicio para hundirme en la memoria. Y esta tarde, en los albores del otoño, mientras mi piel recibe los primeros soplos del frescor de la noche, siento que con el girar de los días mi corazón se vacía como las norias que llenan sus cangilones de agua y la van derramando en las acequias, perdiéndose luego en los campos que van regando con la experiencia cotidiana.

Hay un tiempo fugaz, que transcurre como un suspiro y es vano como un sueño. Muchos llaman a este tiempo vida y le cargan de deseos de grandeza, que van sucumbiendo día a día y son sustituidos por otros que caen igualmente, porque todos llevan en su entraña la semilla de la destrucción. Pero existe un tiempo eterno inscrito en la esencia misma de las cosas, en la constante experiencia real de la vida, en la verdad del presente. Este tiempo es el que se transmite de padre a hijo. Es el tiempo, la vida, la promesa, la bendición, la esperanza transmitida por mi padre a mis ojos y a mis pies. Es el tiempo eterno que yo quiero transmitir a mis hijos. Soy para ellos un intermediario, un puente entre el ayer y el mañana, un puente tendido entre el alma de mis padres y el alma de mis hijos. Mi espíritu no muere, se perpetúa en el espíritu de mis hijos y así de generación en generación, en una cadena ininterrumpida en el fluir de las edades hasta el día del cumplimiento en la plenitud de la promesa, la bendición y la esperanza.

Paso a paso, con amor y temor, llego a la tienda y sigo en mi embeleso al tropezarme con mi hija, que al revés del otoño de mi alma, crece como una primavera.

Tu padre apenas te habla, porque se ha quedado mudo ante el misterio de tu cuerpo y el destello de tu alma, pequeña mía.

Y tus hermanos ya empiezan a preocuparse; les he oído cuchichear entre ellos:

Nuestra hermanita es pequeñita,

no tiene pechos todavía.

Pero, ¿qué haremos con nuestra hermana

cuando vengan a pediría?

Si es una muralla,

le pondremos almenas de plata;

si es una puerta,

apoyaremos contra ella planchas de cedro.

Mi hija es una niña frágil, con unos ojos grandes de azabache y una cascada de bucles, que le caen sobre los ojos.

Me gusta -le hacen decir los sabios, bendita sea su memoria, aunque sólo sea hablando consigo misma-, me gusta correr sobre la hierba, sola y sentir su frescor, que me sube por los pies a la frente, recorriéndome las venas de todo el cuerpo. Me siento el corazón, que se me vuelve ligero. Cada tarde, cuando mi madre va a la fuente, me escapo al río. El crepúsculo me envuelve y me exalta con su incerteza, que confunde a las aves, que alzan el vuelo para refugiarse de noche en los árboles. Yo me dejo penetrar por todos los enigmas, que trazan en el aire con sus alas y su vuelo silencioso, tan distinto del vuelo alborozado de la mañana.

El sol arrastra mis ojos tras la colina. Le sigo, cada tarde, con ansia y melancolía, deseando saber dónde va. ¡Si pudiera seguirle...! Pero debo correr a casa, antes de que llegue mi padre y noten mi ausencia.

La cena está servida. En silencio escucho las historias de mi abuelo, sobre la oveja devorada por las fieras o la vaca que ha parido un ternero negro con pintas blancas y una estrella, también blanca, en la frente. Me encantan estas historias.

Pero, a veces, me parece ver una espada en los ojos del abuelo, culpando a mi padre de la muerte de un camello o de la pérdida de un burro. Entonces siento miedo y me escabullo fuera de la tienda y me voy temprano a la tienda de mi madre, aunque el miedo no me deja dormir hasta que ella también se acuesta...

Otras veces no es el miedo, sino la curiosidad, la que me hace estar despierta. ¿Con quién pasará la noche mi padre, con mi madre o con mi tía Raquel? ¿Por qué a mí me quiere, me toma en sus fuertes brazos, juega conmigo, me trae nidos o pájaros y, en cambio, no quiere a mi madre, prefiriendo a la tía? Me duele ver llorar a mamá, cuando él se olvida de ella por más de una semana.

Y tampoco me gusta que, cada mañana, antes de marcharse al campo con le ganado, venga a amonestarme:

Vigila a tu hija doncella

para que no te acarree mala fama,

comentarios de la ciudad,

desprecio de la gente y burlas

de los que se reúnen en la plaza...

No exhiba su belleza ante cualquier hombre

ni trate familiarmente con las mujeres.

Siguiendo mis andanzas, había llegado a Sukkot, en el valle del Jordán. Allí me construí una casa para el ganado. Por cien monedas compré una parcela de terreno a los hijos de Jamor, en las cercanías de Siquén. En ella planté mis tiendas. La ciudad está fortificada, pero su territorio circundante es campo de siembra y de pastos.

Las mujeres del país solían salir de casa y participar con flautas y danzas en las fiestas del lugar. Dina, que no sabe que "a quien atraviesa el seto le muerde la culebra", curiosa por ver a las mujeres del país y conocer sus costumbres, desea participar en sus diversiones. Con ocasión de una fiesta, sin decir nada a nadie, se fue sola por las calles de la ciudad.

Pequeña mía, una muchacha sola, sin ser del lugar, llama siempre la atención; está siempre en peligro, siendo una extranjera en medio de una población conocida por la corrupción de sus costumbres. ¿Cómo has olvidado los serios riesgos que corrieron tu bisabuela Sara y tu misma abuela Rebeca?

Pero tú no escuchabas amonestaciones. Te creías una muralla, con tus senos como torres. En casa eras tímida, una insignificante y callada muchacha. Nadie notaba tu presencia o ausencia. ¡Cómo iban a echarte de menos! ¡Si eras tan poca cosa que siempre parecía que no estabas! ¡Hija de tu madre, ligera como ella!

Así te escabulliste y te uniste a las jóvenes del lugar, a la alegría y danzas de la fiesta. Y allí estaba, con los jóvenes, el príncipe Siquén, hijo de Jamor. Entre las jóvenes te descubrió en seguida. Tu cuerpo fino y delicado, tus ojos negros, castaño oscuro los cabellos, la nariz pequeña, rasgada la boca y voluptuosa la barbilla; tu expresión descarada, atrevida, incitante y ruborosa, osada y tímida, de inocente malicia, le fulminó al instante, y preguntó a sus compañeros:

-¿Quién es esa muchacha que no conozco y que jamás he visto?

-¿Cómo, no lo sabes?, le contestaron. Es la hija de Jacob, que se ha establecido hace algún tiempo en las afueras de la ciudad, en un terreno comprado a tu padre.

Siquén se sintió atraído por Dina. Su corazón se inflamó, se acercó a ella, comenzó a hablarle al corazón, pero de repente, abrasado por una violenta, caprichosa, irreflexiva pasión, se comportó como amorreo que era: la agarró, se la llevó, se acostó con ella y la violó.

Uno de los sabios, bendita sea su memoria, se sintió inspirado y comenzó a recitar, mientras los demás escuchaban, entornando los párpados y estirando los oídos:

Oh, tú que rompiste el yugo y, sacudiendo las coyundas, decías: "No serviré"; tú, que sobre todo otero prominente y bajo todo árbol frondoso estabas yaciendo, prostituta.

Yo te había plantado de la cepa selecta, toda entera de la simiente legítima. Pues, ¿cómo te has mudado en sarmiento de vid bastarda? ¿Cómo dices "No estoy manchada"? ¡Mira tu rastro en el valle! Reconoce lo que has hecho, camellita liviana que trenza sus derroteros, irrumpe en el desierto y en puro celo se bebe los vientos: su estro, ¿quién lo calmará? Cualquiera que la busca la topa, ¡bien acompañada la encuentra! Guarda tu pie de la descalcez y tu garganta de la sed. Pero tú dices: "No hay remedio: a mí me gustan los extranjeros, y tras ellos he de ir".

El deseo satisfecho enciende en Siquén un amor fuerte, apasionado, decidido. Corteja a Dina, trata de enamorarla, de seducirla, le habla al corazón. La retiene en casa y, locamente enamorado, habla al padre:

-Consígueme a esa muchacha por mujer.

Me informaron que mi hija había sido infamada. Mi dolor no tenía nombre. Me temblaba el corazón. Con lo ojos infectados en sangre, intentaba calmarme, pero tenía los nervios a flor de piel. No era furia ni odio lo que sentía, ni sed de sangre ni deseo de venganza. Solamente tristeza, una tristeza pesada, como brotada de las profundidades del tiempo; una tristeza que me paralizaba las pulsaciones de la sangre; que me impregnaba los latidos del corazón, que me borraba el presente; una masa de tristeza infinita, tenebrosa.

Es como, cuando uno al entrar en casa apoya una mano en la pared y le muerde una culebra. Es Siquén, el hijo de Jamor, la culebra que me mordió, al llegar a casa. Mis hijos estaban en el campo con el ganado. Esperé en silencio su regreso, paralizado, sin saber qué hacer.

Por su parte, Siquén, encariñado con Dina, discutía con su padre que, sorprendido, le decía:

-¿No hay jóvenes en tu pueblo que vas a buscarte como esposa una muchacha hebrea, que no pertenece a tu pueblo?

-Consígueme esa muchacha, insistía Siquén. Es a ella a quien quiero.

Jamor, por amor al hijo, se decide a visitar personalmente al padre de la muchacha. Se pone en camino hacia las tiendas del beduino, para hablar con él, observan la deferencia los sabios, bendita sea su memoria, por la imparcialidad.

Mientras tanto, llegan mis hijos y se enteran del suceso. Su reacción de cólera e indignación es tal que me asusta:

-¡¿No merece la muerte ese hombre y toda su casa?! Ha raptado y deshonrado a nuestra hermana y entre todos los habitantes de la ciudad no ha habido uno, ni uno solo que se haya atrevido a reaccionar. ¡Merecen todos la muerte!

Estaban discutiendo, acalorados, cuando he aquí que llega Jamor. Viene a referirme las pretensiones de su hijo sobre Dina:

-Mi hijo Siquén se ha enamorado de vuestra joven, dádsela en matrimonio. Así emparentaremos: nos daréis vuestras hijas y tomaréis las nuestras y viviréis con nosotros. La tierra está a vuestra disposición; habitad en ella, comerciad y adquirid propiedades.

Hay un silencio calculado sobre algo que todos sabíamos, y en lo que todos pensábamos, sin nombrarlo: el delito de Siquén. Jamor trata de taparlo con un sencillo "mi hijo se ha enamorado". Yo callaba, pero veía que la indignación de Simeón y Leví estaba llegando al colmo. Y temí que explotara al llegar el mismo Siquén, que como si no hubiera pasado nada, cegado por su pasión, se dirigía a su padre y a nosotros, casi suplicante:

-Hacedme este favor, que os daré lo que me pidáis. Señalad una dote alta por la novia y regalos valiosos. Os daré lo que pidáis, con tal de que me la deis en matrimonio.

Se ve que Siquén va a lo suyo. Con tal de que le demos a Dina por esposa está dispuesto a lo que sea:

-No tengáis miedo en pedir.

Viendo mi confusión y mi abatimiento, Simeón y Leví, hermanos de madre de Dina, respondieron -hoy lo sé- con malicia y engaño a Siquén y a su padre Jamor:

-No podemos hacer lo que decís, dando nuestra hermana a un hombre no circuncidado, pues es una afrenta para nosotros. Os la concedemos con esta condición: que seáis como nosotros, circuncidando a todos los varones; entonces os daremos nuestras hijas y tomaremos las vuestras, habitaremos entre vosotros y seremos un solo pueblo. Pero si no aceptáis circuncidaros, nos llevaremos a nuestra hermana.

Pareció bien la propuesta a Jamor y a su hijo Siquén, por supuesto. Se fueron a la plaza y dirigieron la palabra a los hombres de la ciudad:

-Venimos de hacer una visita a los hijos de Jacob. Esos hombres son gente pacífica. Que habiten con nosotros en nuestra tierra, comerciando en ella, pues la tierra es espaciosa. Tomaremos sus hijas por mujeres y les daremos las nuestras. Pero han puesto una condición para vivir entre nosotros y ser un solo pueblo: que circuncidemos a todos los varones, como hacen ellos, según les ha sido mandado desde tiempos antiguos. No olvidemos que es gente con riquezas e inteligente. Sus ganados, sus posesiones, sus bestias serán nuestras. Accedamos y habitarán entre nosotros.

Todos los asistentes aceptaron la propuesta de Jamor y de su hijo Siquén y circuncidaron a todos los varones. El primero en circuncidarse es Siquén, movido por la pasión y el ansia incontenible de Dina; luego, todos los demás.

Mientras en la ciudad ejecutan el rito de la circuncisión y comentan, confiados:

-Ellos son advenedizos. Al incorporarse a nuestra comunidad, asentándose en nuestro territorio, todo lo que tienen pasará a la comunidad. Nos traen sangre nueva y riquezas.

Mis hijos, sin contar conmigo, se han retirado a solas a deliberar, a maquinar la venganza, su respuesta a la afrenta con el fraude y la violencia. Más tarde conoceré sus maquinaciones. Leví que, indignado, pregunta:

-¿Se puede comprar con plata el amor?

Si alguien quisiera comprar el amor

con todas las riquezas de su casa

se haría despreciable.

Con razón dirán luego los sabios, bendita sea su memoria:

El que odia habla disimulando,

mientras por dentro medita engaños;

aunque suavice la voz no le creas,

que lleva dentro siete abominaciones.

Porque los celos enfurecen al hombre

y no perdonará el día de la venganza:

no aceptará compensaciones

ni las querrá aunque aumentes la oferta.

Siete o siete veces siete serán las abominaciones que lleva dentro Simeón, con las que carga su arenga:

-Me hierve en la sangre el canto, lejano en el tiempo, glorioso, estremecido de mi hija Judit, orgullosa de su padre. No la defraudaré:

Señor de mi padre Simeón,

al que pusiste una espada en la mano

para vengarse de los extranjeros

que desfloraron vergonzosamente a una doncella,

la desnudaron para violentarla

y profanaron su seno deshonrándola.

Aunque Tú habías dicho: "No hagáis eso",

lo hicieron.

Por eso entregaste sus jefes a la matanza,

y su lecho envilecido por su engaño,

con engaño quedó ensangrentado:

heriste a esclavos con amos

y a los amos en sus tronos.

Entregaste sus mujeres al pillaje,

sus hijas a la cautividad;

sus despojos fueron presa de tus hijos

queridos, que, encendidos por tu celo,

horrorizados por la mancha

inferida a su sangre,

te habían pedido auxilio,

¡Dios mío, escucha a esta viuda!

El rito se tiñe de una tonalidad sombría, se convierte en señal y anticipo de muerte. Circuncidados, quedan consagrados a la muerte; un poco de sangre es el preludio de la cruenta matanza.

Al tercer día, cuando estaban aún convaleciendo, mis dos hijos, los hermanos también de madre de Dina, Simeón y Leví, empuñaron la espada, entraron en la ciudad confiada y mataron a todos los varones. Pasaron a espada a Jamor y a su hijo, el príncipe Siquén; sacaron a Dina de la casa y salieron con ella de la ciudad.

Los otros hermanos penetraron entre los muertos y saquearon la ciudad, que había infamado a su hermana: ovejas, vacas y asnos, cuanto había en la ciudad y en el campo se lo llevaron; todas las riquezas, los niños y las mujeres como cautivos y cuanto había en las casas.

Cuando vi llegar a mis hijos con aquel botín y escuché el llanto de los niños y los gritos de las mujeres, se me erizó la barba y quedé mudo de estupor.

Cuando se tienen ganas de gritar y no se puede gritar, entonces se grita realmente. El silencio se carga de un peso y una densidad que corta la noche como un relámpago. Por eso el grito que se queda en la garganta es el más potente. Hay experiencias que caben en la palabra; pero otras - las más profundas- sólo se transmiten con el silencio, con el grito contenido.

Decepcionado, exasperado, deprimido, replegado sobre mí mismo, me fue difícil hablar. Aunque un impulso dentro de mí me empujaba, me decía: "Levántate y háblales. Es posible que ello acreciente tu dolor, pero que el de ellos se mitigue. Acaso el Santo, bendito sea su Nombre, te ha elegido para eso". Entonces, dolido, les dije a Simeón y a Leví:

-Me habéis arruinado, haciéndome odioso a los habitantes del país. Somos pocos, si se reúnen y nos atacan me matarán y acabarán conmigo y con mi familia. La violencia desata violencia, la venganza desencadena represalias. No se remedia una muerte añadiendo otras muertes, alargando la espiral de la violencia y la desgracia.

Viva, violenta, decidida fue su réplica:

-¡¿Y a nuestra hermana la iban a tratar como a una prostituta?!

Palabras demasiado grandes y demasiadas veces repetidas. Pero la insistencia y la repetición desvirtúa las palabras; las hace perder su fuerza, su peso de silencio; con ello se intenta sólo enmascarar las trampas y espejismos que encierran.

Entre dientes, aún se me escapó un grito, que quise contener:

-Entre el hombre que sufre y el que hace sufrir, ¿a quién elegirá el Señor, bendito sea su Nombre? Entre el que mata en su nombre y el que muere por El, ¿quién le está más cercano? ¡Maldita vuestra furia, tan cruel y vuestra cólera inexorable!

Aquella noche, en que no logré conciliar el sueño, la vida se detuvo. Ya nada tenía importancia. Nada existe. La vida continúa, pero fuera de la mía, lejos de mí. Sólo busco la soledad y el silencio. Me siento como un fantasma o como quien prefiere sus fantasmas a los seres vivos. Aquella noche, en un desarraigo total, rompí con todos, hasta conmigo mismo. Cuando camino entre la gente es como si resbalara a su lado, sin verles.

Atrincherado dentro de mis párpados, mis ojos sólo miran al pasado. El camino recorrido, permeado de angustia, desemboca en una soledad, que me lleva al delirio. Los años pasan y la luz va cediendo espacio. Me va alcanzando la oscuridad, que se hace cada día más densa.

Cierto que vivir siempre en la desconfianza es lo más triste que exista. Y lo más peligroso. Es como un rey -narran los sabios, bendita sea su memoria- que mandó a su hijo lejos, en exilio. Sufriendo hambre y frío, el hijo perdió hasta la fuerza de esperar el regreso a la casa paterna. Pasados los años, un día el rey mandó un emisario al hijo con el encargo de satisfacer todos sus deseos. El emisario se lo comunicó al hijo y éste respondió: dame un trozo de pan y un capote caliente. Había olvidado que era príncipe y que podía pedir regresar al palacio del rey.

Es un riesgo que corro. Y es un riesgo que puede correr también mi pobre Dina. ¿Llega la noche? Pero amanecerá. La oscuridad lleva consigo la promesa de la luz. Tengo que anunciárselo a Dina. Es inútil soñar con flores eternas. Sólo no se marchitan las flores artificiales.

Ausente. Ultrajada. Joven, bella y frágil. Dina. Vive en otro mundo. Es un fantasma que se le asemeja. Duerme, suspira, come, escucha, sonríe, calla; siempre hay algo que calla en ella. Se despierta en silencio, se duerme en silencio; canta en silencio y grita en silencio; tiene recuerdos en silencio, sin saberlo siquiera.

A veces la miro y se apodera de mí un deseo loco, irresistible: quisiera destruir todo. Pero, luego, sigo mirándola, penetrando en ella con la mirada y me sucede lo contrario: me invade una extraña, inmensa bondad. Siento deseos de salvar al mundo entero; siento ganas de salir a los caminos e invitar a todos los que vagan por los senderos de la tierra; que vengan a mi tienda a beber, a comer, a cantar, a rezar y a arrojar de este mundo la maldición que transforma a ciertos hombres en violadores o asesinos y a otros en víctimas. Siento el deseo de portar la victoria sobre la muerte y poder escuchar a un juglar que sepa contar historias y hacer reír y sonar...

Ah, Dina, ¡qué hermosa era mi pequeña! ¿Cómo describir su radiante belleza? Bastaba mirarla para que a uno se le saltasen las lágrimas de alegría y de gratitud. Tocarla, cogerla entre los brazos, era sentirse purificado.

-Dina, pequeña mía, sólo la palabra y la presencia, el amor y la gracia de los otros, pueden hacerte sospechar otro mundo, desear liberarte del miedo a soñar, y así poder escapar a la condenación de ti misma. No te recluyas, hija de mis inquietudes, en la soledad que genera acedia y desesperanza, sumergiéndote en la melancolía. Escucha lo que nos han transmitido los sabios, bendita sea su memoria:

-Un discípulo se quejaba a su maestro de que estaba aquejado de malos deseos y de que por ello había sucumbido a la melancolía. El maestro le dijo: "Cuidate, sobre todo, de la melancolía, pues ella es peor y más mortífera que el pecado. Lo que pretende el mal espíritu, cuando despierta en el hombre malos deseos, no es inducirlo al pecado; sino, por el pecado, sumergirle en la melancolía".

Río de luz y fuente de llanto, hija mía, son el amor y la sexualidad, plenitud de gozo y plenitud de soledad, cercanía de Dios y clausura de dos. El amor nos asoma al abismo del origen, a la raíz de la vida, a la sima de la muerte. Pero sólo el amor verdadero redime la libertad, descubre una salvación que uno solo no puede sospechar ni conquistar. Viviendo para otro es como se vive verdaderamente.

(¿Se ofenderán los sabios, bendita sea su memoria, ellos que me han enseñando que el tiempo -pasado y futuro- es siempre presente, si me atrevo a dedicar a Dina, antes de devolverla a su perenne silencio, un poema de Blas de Otero? La curiosidad empujó a Dina a salir del estrecho círculo de su vida para ver a las hijas del país. Así empezó a rodar la piedra, que acabaría en alud, que atraviesa los tiempos:

Cuerpo de la mujer, río de oro

donde, hundidos los brazos, recibimos

en relámpago azul, unos racimos

de luz rasgada en un frondor de oro.

Cuerpo de la mujer o mar de oro

donde, amando las manos, no sabemos

si los senos son olas, si son remos

los brazos, si son alas solas de oro.

Cuerpo de la mujer, fuente de llanto

donde, después de tanta luz, de tanto

tacto sutil, de Tántalo es la pena

Suena la soledad de Dios. Sentimos

la soledad de dos. Y una cadena

que no suena, ancla en Dios alma y limos.)

38

De negra mi barba se ha vuelto blanca. He envejecido, me he secado, arrugado como la hoja de la higuera en la estación de Tisrí, como un racimo de uvas picoteado por los pájaros, que se balancea en el aire.

Mi cabeza es un hormiguero de cavilaciones, un nido de sentencias y fábulas. Veo la paja, la estopa y el tamo discutiendo entre ellos. Dice la paja: por mí se siembra el campo. Lo mismo dicen la estopa y el tamo. Los granos les replican: esperad el tiempo de la era para ver por quién ha sido sembrado el campo. Llegan a la era y sale el dueño de la casa a aventarlos. El tamo se lo llevó el viento. El campesino arrojó a la tierra la paja; tomó la estopa y la quemó. El grano, en cambio, lo recoge en montones. ¿Quienes pasan ven muelos de grano y los besan.

Mis hijos han empuñado la espada, cosa que corresponde a Esaú. Cierto, la misma savia ha nutrido el árbol y la rama. Pero la rama no es el árbol. Alejándose de la fuente, se apaga hasta la sed. Después de la primera guardia, la de los iniciadores, viene la segunda. Y ya la tercera sigue por costumbre, por inercia, como una estrella apagada que, por un tiempo, sigue mandando luz sobre la tierra. Lo esencial cede a lo superficial; el fin cede a los medios. Se pierde el espíritu y el impulso. Se sustituye la luz por los candeleros, los ideales por las fórmulas. Ninguna sorpresa es permanente.

El crisol de los acontecimientos me da una luz nueva sobre la vida y la historia. Hoy comprendo el temblor de mi padre ante los niños. Le daban miedo, le recordaban su miedo de un tiempo. También yo se lo recordaba.

Y, sobre todo, la espada en manos de mis hijos, me trae a la memoria a mi hermano Esaú. La guerra intestina es la más amarga de todas. E intestina es la guerra de dos hermanos gemelos. En el seno de la madre nuestros dos embriones parecía que no cabían, se rozaban, se restregaban; ya antes de nacer nos maltratábamos... Y luego mi padre pondrá una espada en la mano de mi hermano. Espada que me acompaña, que está en mí, en mis riñones, y que han heredado mis hijos. Espada que me sigue hasta en el sueño.

Esaú cuenta los meses por el sol que es grande. Yo, con la luna, que es pequeña. Como la luna, mi dominio es la noche y alguna aventura en el crepúsculo o al alba, en los límites entre el día y la noche. Pero mi vida, como la luna, está siempre amenazada. Apenas brilla el sol, empalidece la luz de la luna. Sólo cuando se eclipsa el sol, resplandece la luna.

En efecto -interrumpen los sabios, bendita sea su memoria- está escrito que el cuarto día el Santo, bendito sea su Nombre, creó el sol y la luna. En el momento de la creación, el sol y la luna eran de la misma grandeza, dotados de la misma luminosidad. Sólo se diferenciaban por su diversa misión: uno presidir el día y la otra la noche.

Pero sucedió que cuando el sol comenzó su primera carrera, la luna se dedicó a mirar a su alrededor, mientras esperaba su turno. Observó con gran atención el agua y el fuego, el cielo y la tierra, los árboles y las flores; todas aquellas cosas que se hallaban ya colocadas en su sitio. Cuando terminó de meter la nariz en todo, se presentó ante el Santo, bendito sea su nombre, y le dijo:

-Oh Señor, mi Creador, has realizado una obra estupenda y, sin duda, perfecta. Sólo hay un particular que no logro entender. Todas las cosas las has hecho por parejas y las dos partes de cada pareja nunca son iguales. El agua es más fuerte que el fuego porque le puede apagar, el cielo es infinitamente más grande que la tierra, y se necesitan miles de flores para formar un árbol. ¿Cómo es que solamente el sol y yo tenemos las mismas dimensiones y la misma luminosidad?

El Santo, bendito sea su Nombre, sabía muy bien dónde quería ir a parar la luna, pero prefirió fingir asombro ante su agudeza, y exclamó:

-¡Cierto! Tienes razón. Cuando el mundo hierve de actividad necesita mucha luz; en cambio, mientras duerme desea una claridad blanda y dulce. Inmediatamente corrijo mi error: tú que debes presidir las horas del descanso, serás mucho más pequeña y menos luminosa que el sol.

-¡No es justo!, se rebeló la luna, que ya sentía disminuir su propia luz.

-¿Por qué no? Has sido tú misma quien me ha hecho notar que uno de vosotros dos debe ser más pequeño que el otro. Entonces lo que querías es que redujera las dimensiones del sol. Confiésalo, -la acusó con voz de trueno el Santo, bendito sea su Nombre-. Por tu injusta pretensión y por la falsedad con que lo has pretendido, en lugar de proponerme tus deseos abiertamente, no sólo serás más pequeña y menos brillante que el sol, sino que además no brillarás todas las noches y las que lo hagas no lo harás toda entera.

La luna no abrió más la boca por miedo a ser borrada del firmamento. Cuando llegó su turno, partió llena de rencor; pero era una noche limpia y la tierra, salpicada con su luz plateada, le pareció encantadora. El rencor empezó a ceder a sentimientos cada vez más dulces y desapareció del todo. A la mitad de su curso, la luna ya estaba completamente satisfecha y el Santo, bendito sea su Nombre, decidió mitigar su castigo. Recogió todo el esplendor que le había quitado y lo dividió en una infinidad de astros más pequeños, destinados a servirla de marco y a recamar el cielo nocturno con su fulgor y sus saltos.

-La reina de la noche tendrá una corte de estrellas, dijo en su infinita misericordia el Santo, bendito sea su Nombre, y el mundo no tendrá que sufrir una oscuridad total en las noches privadas de su luz.

Ha pasado el tiempo y hoy sé que en las venas del tiempo late la eternidad, un semen de fuego recorre los días, consumiendo lo efímero y acrisolando lo eterno de la vida. No sé qué ha cambiado, si las cosas que miro o los ojos con que las miro. Pero veo tantas cosas que me llenaban y han perdido su peso. Siento algo que me vacía; todo retrocede, huye; no me queda más que este abandono, que me quema las entrañas; y en este vacío del corazón, me arde todo.

No puedo, no quiero enfrentarme a Esaú y necesito encontrarle, abrazarle, vencer la violencia con el amor, estrechando en un abrazo todo el odio, el rencor, la maldad, hasta destruirlo, aunque me mate, aunque me arranque la vida y se lleve mi sangre.

He estado como huésped en Harán, ¡tanto tiempo como huésped!; se ha prolongado mi exilio de un mes a siete años, de siete años a catorce, de catorce a veinte. He recibido bendiciones del Santo, bendito sea su Nombre, fecundidad y riquezas, y he sido cauce de bendición para la casa de mi suegro Labán. Pero mi tierra, la tierra de mi bendición, es Canaán.

Y el camino para la tierra de mi bendición pasa por el territorio de Esaú. No me sirve darle vueltas. Tras arreglar los asuntos con Labán, llega el momento de clarificar las cosas con Esaú. Tengo que enfrentarme con mi pasado antes de afrontar el futuro. No se borra lo vivido. He de asumirlo, exorcizándolo. Es una acción peligrosa, arriesgada, pero necesaria. Sólo la luz ilumina los hechos; taparlos, fingir que no han existido, intentar olvidarlos, echando tiempo sobre ellos, como tierra, ya he experimentado que es inútil. Necesito ver el rostro de mi hermano y encontrar gracia a sus ojos, reconciliarme con él. Amansaré por etapas su cólera.

Lo primero mandaré por delante mensajeros a mi hermano Esaú, al país de Seír, al campo de Edón. ¡Cuántas resonancias suscitan en mí estos tres nombres juntos! Esaú, el nombre usurpado en el engaño a mi padre; Seír, áspero, hirsuto, peludo, como la piel de chivo, con que me vestí para el fraude; Edón me recuerda el rojo de las lentejas y de la sangre de espada; veo los montes de Edón chorrear sangre; sus colinas, sus valles y barrancos rezuman sangre; un odio antiguo alimenta, emborracha, engrasa la espada, la afila y le da resistencia y perdurabilidad de futuro.

Me humillaré ante mi hermano, le reconoceré como señor y me presentaré como su siervo:

-Esto diréis a mi señor Esaú: "Esto dice tu siervo Jacob: He prolongado hasta ahora mi estancia con Labán. Tengo vacas, asnos, ovejas, siervos y siervas; envío este mensaje a mi señor para congraciarme con él".

Es preciso que sepa que vuelvo rico, que no voy en plan agresivo, que no necesito invadirle ni usurparle nada.

Parten los emisarios y los sabios, bendita sea su memoria, llenan la espera angustiosa de Jacob con sus fábulas y sentencias:

-Es como agarrar por las orejas a un perro, que pasa, meterse en un litigio que no te incumbe.

-Es semejante a un jefe de ladrones, que dormía en un cruce de caminos; pasó uno, le despertó y le dijo: "levántate de aquí, que el lugar es peligroso". Este se levantó y le robó. Le dijo el primero: "El mal se ha despertado". El ladrón le respondió: "Dormía y tú le has despertado". Así hizo Jacob; Esaú iba por su camino y Jacob le mandó mensajeros.

-Es como cuando uno huye del león y se topa con un oso. El león es Labán, de quien huye Jacob; el oso es su hermano Esaú, que le acecha en el camino, como osa a quien han robado sus crías.

Los mensajeros volvieron a Jacob con la noticia:

-Nos acercamos a tu hermano Esaú. Viene a tu encuentro con cuatrocientos hombres.

Este anuncio de que Esaú se acerca es una sorpresa. Mi mente se llena de cábalas. ¿Cuáles son sus intenciones? El miedo y la angustia, que me invaden, me hacen presentir que su venida es un peligro, una amenaza para mi vida. La incertidumbre acrecienta mi miedo. ¿Por qué viene con cuatrocientos hombres, sin duda armados de espada, como van siempre los de Esaú?

Dividiré en dos caravanas la gente, ovejas, vacas y camellos. Si Esaú ataca una caravana y la destroza, se salvará la otra.

Pero mi mente calculadora de beduino no se detiene, aún no está conforme. Por si acaso será mejor proceder despacio, escalonando mensajes y dones; acumularé gestos que persuadan a mi hermano a cambiar su actitud. Le haré partícipe de todo lo que el Santo, bendito sea su Nombre, me ha dado; le haré un regalo abundante, dividido en cinco oleadas: doscientas cabras y veinte machos, doscientas corderas y veinte cameros, treinta camellas de leche con sus crías, cuarenta vacas y diez novillos; veinte borricas y diez asnos.

Los dividiré en rebaños y los confiaré a mis siervos, encargándoles:

-Id por delante, dejando un trecho entre cada dos rebaños.

-Escuchad bien mis instrucciones; tú el primero: Cuando te encuentre mi hermano y te pregunte: "¿De quién eres, a dónde vas, para quién es eso que llevas?", le responderás: "Es de tu siervo Jacob, un presente que envía a su señor Esaú; él viene detrás".

Tú irás el segundo, tercero, cuarto y quinto; cada uno irá conduciendo un rebaño. Le diréis todos lo mismo. No olvidéis añadir:

-Mira, también tu siervo Jacob viene detrás de nosotros.

Partieron los pastores. Y viéndoles, mientras se alejaban, me decía:

-Le aplacaré con los regalos que van por delante; quizás me muestre su rostro y yo pueda verle reconciliado.

En cuanto a mi gente, también la dividiré en grupos, en línea regresiva de afecto y estima. Los hijos los repartiré con sus madres. Primero Zilpa con Gad y Aser; detrás Bilha con Dan y Neftalí; luego Lía con Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón. En último lugar, Raquel con José...

39

José. No le he olvidado. ¿Cómo puedo olvidarle si es el espejo donde me contemplo? Mi vida queda ligada a la vida de José; él es mi ser y mi vida reproducida en el futuro.

Los frutos mágicos de la mandrágora no sirvieron a Raquel para nada. Como mi madre Rebeca, siguió estéril hasta que el Santo, bendito sea su Nombre, se acordó de ella, escuchó la súplica de su alma y le abrió el seno.

Recuerdo, como si hubiera sido ayer, el día en que Raquel, sintiendo los primeros mareos, corrió a abrazarme. ¿No serían los síntomas del anhelado embarazo? Con gritos de júbilo la felicité y todos se unieron a nuestra alegría, felicitándola:

-¡Mazal tov, mazal tov!

Palideció el azul de sus ojos. Sí, el embarazo había tornado sus ojos de almendra ojerosos, asemejándola a su hermana que, olvidando sus celos, se alegraba de que el Santo, bendito sea su Nombre, se hubiera apiadado de Raquel. Gozosa estaba también, y solícita, Bilha.

La alegría del amor transforma en primavera fecunda hasta el árido y abrasado desierto. Envuelto en la ternura y el amor, nuestro abrazo, abierto a la vida, es un canto de vida, fulgor del Santo, bendito sea su Nombre, que da vida y espíritu al barro, modelado entre sus dedos. Es el misterio que aflora en nuestra carne única, fundida en el éxtasis de donación recíproca, donde me pierdo y me halla ella, donde la siento perderse y la encuentro yo en el gozo eterno del instante presente, fulgurante. ¡Aromas, colores, ecos de cielo en la tierra!

Cuando el cielo se apaga, cubierto de nubes, la superficie del lago se vuelve opaca; cuando brilla el sol, el lago se convierte en espejo, que me refleja el cielo, los árboles y el vuelo de las aves. Así Raquel, el lago que el Santo, bendito sea su Nombre, me ha puesto ante los ojos, es el espejo, donde brilla el amor, iluminándome la vida, cielo y tierra. El paisaje sigue siendo el mismo; el trabajo, monótono; las calles y plazas de Harán, anónimas y frías; los días idénticos unos a otros; las ovejas tan amodorradas como siempre, las cabras, tan esquivas; los perros siguen ladrando a la luna... Y, sin embargo, el amor lo transfigura todo y lo veo todo con ojos diversos, y me nace el amor a todos los seres. ¡En la noche me encontraré con Raquel!

No me canso de mirarla y reiterarla con fidelidad casi repetitiva las mismas palabras; pero la belleza de su vientre abultado, creciendo cada día, pone música nueva cada vez que toca las cuerdas de mi corazón.

Una nueva vida ha comenzado su aventura. En la oscuridad de las aguas, un corazón late y unos ojos, formándose, buscan el camino de la luz.

Imagen viva de mi amor, milagro permanente del abrazo milagroso en una sola carne, fundidos el cuerpo de tu madre y el mío; síntesis indisoluble de la fusión de nuestras células y nuestro espíritu, herencia gozosa y prolongada de nuestra historia; don gratuito, fruto de amor, que nos es dado y no nos pertenece, porque tú naces con tu vida independiente de la nuestra, desligado de tu madre, que dejará que te separen de ella, cortando el cordón umbilical, inicio de tu libertad, que crecerá en cada corte, en cada alejamiento, en cada dolor de parto, por ser tú, distinto de mi, distinto de tu madre.

El amor a tu madre no ha anulado su ser; el amor de tu madre no ha anulado mi ser, lo ha acrecentado, llevándolo a su plenitud. Tú, sí, en ti anulas su ser y el mío, siendo los dos en una única persona. En tu rostro buscaré los rasgos de tu madre y ella contemplará los trazos del mío. Milagro, hijo mío, que nos prolongará unidos, -padre-madre-, más allá de nuestra muerte.

¿En qué ámbito, si no en ti, se asentarán nuestros pies desnudos a la hora en que los labios se buscan y las almas se transforman en espejo para acoger su mutuo reflejo? ¿Dónde resonará el eco de nuestros nombres, mil veces repetidos, en todas las modulaciones imaginables?

Mis sueños no me engañaban. Sólo que la realidad los superaba. Al regresar, en la tarde, y ver a Raquel, de cara al poniente, esperándome, con las manos sobre el vientre, protegiendo al niño que palpitaba en sus entrañas, una oleada de ternura recorría todo mi ser, subiéndome de los pies a las sienes por todas las arterias de mi cuerpo. Toda la creación cantaba en mi sangre. El aire se llenaba de perfumes; las flores del campo se abrían cantando una melodía de ensueño. Las aves se despertaban en sus nidos y se unían con su canto a la sublime sinfonía. Hasta las montañas parecía que participaban del concierto con el solemne ondear de los cipreses, y el cielo con sus miríadas de estrellas se asomaba a escuchar el himno maravilloso. Me dejaba llevar del canto y era como si borrara la oscuridad de la noche y el alba se asomase al nuevo día, despertándome a una nueva vida. Con los ojos cerrados veía hacia el oriente los montes de Moab que se vestían de rojo, y abajo, en el valle, el Jordán brillaba con los últimos -¿o primeros?-rayos del sol. En la lejanía, los montes de Judea, con sus terrazas de viñedos y sus ricos campos de mieses... Era un sueño gozoso la espera.

Deseaba detener la noria de las horas, asirme a aquel instante de vida encerrado en el amor de mi única, esposa, hermana, novia mía por siempre. Ah, renovar, día a día, el asombro, embriagando nuestros sentidos en el éxtasis renovado del amor. Su rostro iluminado con su mejor sonrisa; aquella sonrisa fresca, que daba vida a su rostro, transfigurándola y enervando mi cuerpo con su luz, refulgente en sus largos cabellos que se mecen entregados a los caprichos de la brisa. Y la voz honda del pasado surgiendo de sus labios:

-La vida surge en mis entrañas; mi fuente salta y canta de gozo; siento su palpitación, su íntima vibración. Oigo la vida, la siento con todo mi ser moverse en mi interior, en lo más cálido de mi carne. Durante nueve meses me sentiré árbol en flor, frutal que madura, esperanza que se cumple. ¡Te quiero!

Y yo, contento como ella, recuerdo cuando llegaba a casa y me encontraba con su cara nublada de lágrimas y le decía:

-Raquel, mi amor, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué estás triste? ¿Es que no soy yo para ti mejor que diez hijos?

Y mis preguntas quedaban sin respuesta. Y mientras me quedaba perdido en el misterio insondable del corazón humano, Raquel veía que le regresaba el llanto. Y ella lo acogía sin resistencia. Era el amor, el amor que la quemaba aún más que el gusano de los celos, que también renacía y subía a sus ojos con sus contracciones convulsivas desde el fondo de su alma. Pero no eran sólo los celos. Hoy lo sé; era el amor, la necesidad de sentir la vida naciendo en su seno; es ese amor que sólo se calma con el prodigio del hijo, que une nuestros cuerpos en una realidad única, palpable, visible, fuera de nosotros.

Es un amor que me llena de solicitud, que hace que me olvide de mí y me hace girar en torno a ella como atontado, como necesitando que ella me necesite, para hacer algo por ella y por la vida que nos nace.

Es un amor que he aprendido de la paloma silvestre, que anida en las hendiduras de la roca. Mientras ella está incubando los huevos, nunca abandona el nido; el pichón se ocupa de procurar el alimento a su amada. Le he contemplado tantas veces. Se acerca batiendo las alas; revolotea sobre la roca, se posa, se va acercando a su amada con inclinaciones, saltos, llamadas... hasta que ella, respondiendo con un suave zureo, alarga el cuello y saca la cabeza de la cavidad de la peña, despidiendo, agradecida, a su compañero, que repetirá su gozosa tarea a lo largo de todo el día.

Cada mañana, con la luz bailándome en el corazón, me marchaba cantando:

Grita con júbilo, estéril, que no has dado a luz,

rompe en gritos de fiesta y alegría:

que más son los hijos de la abandonada

que los hijos de la casada.

Ensancha el espacio de tu tienda,

extiende las cortinas, asegura las clavijas,

porque a derecha e izquierda te expandirás,

tu prole heredará naciones

y ciudades desoladas poblarán.

No te sonrojes, que no quedarás avergonzada,

pues olvidarás la vergüenza de tu mocedad...

Pues tu esposo es el Creador, que no repudiará

a la esposa de la juventud.

El es quien te dice:

Por un breve instante te oculté mi rostro,

pero con amor eterno te amare...

No es que fuera fácil el embarazo de Raquel, como el de mi madre, a quien recuerdo con agradecimiento y veneración, por los nueve meses que me llevó en su seno. Vivo en su memoria, que es la mía, consagrándole mis horas y la languidez de mis sueños. Sólo el deseo de dar a luz una vida da fuerzas a la madre para llevar adelante el embarazo y para arriesgar su vida, que siente que se le escapa de las entrañas, en el parto. Pero el gozo de ver y sentir una vida entre sus brazos la hace olvidar las penalidades y dolores:

-Dios ha retirado mi afrenta, exclamó Raquel, gozosa.

Y en seguida deseó repetir la experiencia dolorosa y gozosa. Llamó al niño José, diciendo:

-El Señor me dé otro.

40

El nacimiento de José fue una bocanada de aire fresco en las tiendas. Trajo una alegría nueva, un impulso de vida joven. Pero pasaban los días y las noches con sus lunas cambiantes, con sus esperanzas y sus desalientos. Acumulé una experiencia nueva con cada estación. Y cuando me pareció que el año se repetía y que ya lo conocía todo, bruscamente sentí que me invadía una nostalgia pegajosa. No podía evitarla; imposible quitármela de encima. Era como si nada de lo que tenía delante me impresionara o me importase. Era una melancolía vaga, persistente. Por más que intentaba borrarla, no lo conseguía. Se me clavaba en la mente y me taladraba los ojos y las piernas. Era la nostalgia de la tierra de mis raíces, de mi cuna y de mis entrañas; tierra de mi infancia, corazón de mi árbol, que me ha hecho y que me llama. No se borra el pasado, un pasado hecho de ternura y desgarramiento, de ausencia y de nostalgia.

Pasados los catorce años de servicio por mis mujeres, le dije a mi suegro Labán:

-Déjame volver a mi lugar y a mi tierra. Dame las mujeres por las que te he servido y los hijos y me marcharé.

Labán, ablandado, me respondió:

-¡Por favor! He sabido por un oráculo que el Señor me ha bendecido por tu causa. Quédate, señala un salario y te lo pagaré.

Pensando que no podía regresar con mi familia y con las manos vacías, me decidí a aceptar y le respondí:

-Tú sabes cómo te he servido y cómo le ha ido al ganado que me has confiado. Lo poco que antes tenías ha crecido inmensamente porque el Señor te ha bendecido por mi causa. Es hora de que haga algo también por mi familia.

Labán está condescendiente y me deja elegir la paga:

-¿Qué quieres que te dé?

Yo no quiero un pago inmediato, sino una participación en los rebaños. Por eso le propongo:

-No me des nada. Sólo haz lo que te digo y volveré a pastorear y guardar tu rebaño.

Labán, con tal de retenerme, acepta:

-Está bien, sea lo que tú dices.

La hora de volver no había llegado aún. A la bendición de la fecundidad iba a añadir la de la prosperidad antes de volver a mi lugar, a mi tierra. Me quedé en Harán para labrarme una fortuna en ganados. Con trabajos y mañas, me fui enriqueciendo en rebaños, siervos y siervas, camellos, vacas y asnos.

41

José cumplió los tres años. Llegó el día del destete. Y Labán, su abuelo, interesado en retenernos, dio un suntuoso banquete. Mató un novillo, invitó a los principales del lugar y corrió el vino en abundancia. El niño había superado los peligros de la infancia. A partir de aquel día comenzaba una nueva etapa de su vida.

José crecía y yo no podía disimular mis preferencias por él. Era el hijo que me había dado Raquel; el hijo deseado y esperado por tantos años; era el retrato de su madre, mi bella Raquel, el espejo de mi madre ausente. Mis preferencias son manifiestas y llamativas. José es mi debilidad. Mientras sus hermanos visten hábitos de trabajo, José viste como un príncipe. Le he hecho una túnica larga con mangas.

Alto, delgado y soñador, crecía mi hijo. Ojos chispeantes de inteligencia, caminaba erguido, con paso seguro, digno, majestuoso, como un príncipe, emisario del Santo, bendito sea su Nombre. Es tanta la fuerza que emana de él, que uno se siente turbado a su paso. Irradia un poder misterioso, que sobrepasa su persona, dejando a sus espaldas un silencio, cargado de aprehensión, que tarda en romperse. Majestuoso domina a todos. Sabe mirar y escuchar. Y hablar.

A los diecisiete años pastoreaba el rebaño con sus hermanos. Ayudaba como zagal a los hijos de Bilha y Zilpa. Y me informaba sobre mis hijos y sobre la marcha del ganado. Pero, a veces, me venía con cuentos, delatando a sus hermanos de crueldad con los animales y de ligereza en su trato con las jóvenes cananeas, sin que sirvieran mis reprensiones: "no vayas de acá para allá difamando a los tuyos".

Estas delaciones y mis preferencias hicieron estallar el odio en la familia. La preferencia se vuelve irritante, inaguantable, odiosa. Rompe la igualdad y la paz entre los hermanos. De ella estalla la aversión. Es mi confesión. Las preferencias de mi madre y la bendición de mi padre provocó el odio de mi hermano Esaú, odio que ha enturbiado toda mi vida, y ahora soy yo quien está provocando el odio de diez hijos contra mi preferido. Veo cómo la aversión les lleva al punto de negarle el saludo. Y esto me lleva a duplicar mis atenciones con él. ¿Por qué se repite la historia? ¿Por qué viendo lo que es bueno, se me impone el mal? ¿Por qué las ondas del odio, que dejan heridas tan hondas, se expanden sin cesar, de padres a hijos, de generación en generación?

¿Es amor lo que siento por mi hijo? Mimándole, ¿no le estoy haciendo daño? ¿No le estoy estropeando, alimentando sus sueños de orgullo y vanidad? No sólo sus hermanos le odian por sus sueños, yo mismo estoy sorprendido de ellos.

Escuchad qué sueño he tenido -nos dice a sus hermanos y a mí-. Me parecía que estábamos atando gavillas en el campo, que mi gavilla se levantaba y se tenía derecha y que vuestras gavillas la rodeaban y se postraban ante ella.

El sueño atiza el rencor de los hermanos. Presienten la interpretación y la formulan en una pregunta, como queriendo quitarle certeza, conjurando su efecto, y a la vez recriminando a su hermano:

-¿Qué, vas a ser nuestro rey?, ¿o vas a sujetarnos a tu dominio?

A mí me resuena en las entrañas el oráculo que oyó mi madre, cuando en su seno sentía la pelea de sus gemelos:

-El mayor servirá al menor.

Y también la bendición de mi padre:

-Sé señor de los hijos de tu madre, que se postren ante ti.

¿Eran para mí o para mi hijo el oráculo y la bendición? Callo perdido en el recuerdo. Pero José sigue:

-He tenido otro sueño: El sol y la luna y once estrellas se postraban ante mí.

Así, de bulto, la evidencia del sueño es inmediata:

-¿Qué sueño es ese que has soñado? ¿Es que yo, tu madre y tus hermanos vamos a postrarnos por tierra ante ti?

No puedo por menos de reprenderle por habernos contado estos sueños. Pero tampoco puedo no escucharlos y guardarlos en mi memoria. ¿Somos acaso dueños de nuestros sueños? ¿No guardo yo en el secreto de mi memoria, con veneración, sin que aún me haya atrevido a contarlos, los sueños con que el Santo, bendito sea su Nombre, ha marcado los hitos de mi historia?

Y después, ¡quién sabe! Todo puede suceder. Yo, que con un bastón pasé el Jordán y he logrado regresar con dos caravanas, no puedo cerrarme al futuro. ¿Hasta dónde llegará mi hijo José? ¿No canta Balaam, el hijo de Beor:

Lo veo, aunque no para ahora,

de Jacob avanza una estrella,

un cetro surge de Israel...

Será Edom tierra conquistada,

tierra conquistada Seír?

Pero la envidia acrecienta el odio de sus hermanos. Yo me debato entre el temor y la esperanza. Le retendré conmigo un tiempo, mientras sus hermanos trashuman a Siquén con los rebaños. Que el tiempo y la distancia, como me dijo mi madre, aplaque su odio. Yo cuidaré de José y calmaré las pretensiones de sus fantasías de adolescente con las sentencias de los ancianos, sin negar al Santo, bendito sea su Nombre, la posibilidad de intervenir en los sueños o de manifestarse por ellos:

La esperanza del necio es vana y engañosa,

los sueños dan alas a los insensatos.

Caza sombras o persigue vientos

el que se fía de sueños.

Las visiones del sueño son a la realidad

lo que un rostro en el espejo es al verdadero.

¿Qué podrá limpiar la suciedad?

¿Qué podrá comprobar la mentira?

Magia, adivinación y sueños son falsedad:

como fantasías de corazón de mujer en parto.

Si no vienen como visita del Altísimo,

no les entregues el corazón.

Cuántos se extraviaron con sueños

y fiándose de ellos fracasaron.

Alto, vigoroso, de rasgos bondadosos y nobles, ojos claros y cabellos largos, José me acompaña en mis paseos por el campo. Hablando con él, abro mi alma, dejando escapar lo que he ido encerrando y sedimentando en el fondo del alma, a lo largo de mis andanzas:

-Hijo mío, le digo un día, tú ves las cosas dobles.

-No, me responde, si viese dobles las cosas, en lugar de dos, vería cuatro lunas en el cielo.

Después de un largo silencio, vuelvo a intentar comunicarle algo que me da vueltas en la cabeza:

-Soñador y solitario, apeteciendo la eternidad, reclamando vivir y no queriendo morir, arrancarás las costras de la conciencia hasta perforar las capas del alma, por las que corren sumergidos, silenciosos, los ríos de la angustia y de la esperanza, del temor y del anhelo de libertad.

Como si ya hubiese adivinado lo que quería comunicarle, me interrumpe con la parábola de la gallina que había incubado huevos de oca y cuando vio a sus pollos andar en la superficie del agua, se echó a correr como una loca de una parte a otra, buscando auxilio para los pobres infelices.

-No comprendía, concluyó dirigiéndose a mí, que aquella era su vida: nadar en el agua.

Yo seguía insistiendo, como presintiendo que no tendría mucho tiempo para transmitirle lo que la vida me había enseñado:

-El que no tiene, nada pierde. Quien vence a los demás, usa la fuerza. Quien se vence a sí mismo, es fuerte. Cuando estés con la multitud, retírate dentro de ti. Pero cuando puedas prescindir de la compañía de los otros, vuélvete entonces a ellos.

Pasado el tiempo, un día le llamé y le dije:

-Han pasado ya tres lunas desde que tus hermanos trashumaron con los rebaños y no he tenido ninguna noticia de ellos ni del ganado. Empiezo a preocuparme.

Me replicó:

-No hay por qué alarmarse, no es la primera vez que están lejos de casa sin dar noticias.

Le expliqué el motivo de mis aprehensiones:

-Sí, es verdad, pero no sé por qué me he recordado que el Santo, bendito sea su Nombre, dijo a mi abuelo Abraham hace ya mucho tiempo: "Has de saber que tu descendencia vivirá como forastera en tierra ajena, tendrá que servir y sufrir opresión durante cuatrocientos años, pero saldrá con grandes riquezas". No sé por qué tengo el presentimiento de que está para empezar el período de la esclavitud. Sueño, y ya son varias noches que me persigue el mismo sueño. Veo el valle del Nilo, con su cielo siempre sereno, sol casi nunca velado de nieblas, viento del norte que suaviza el ardor del mediodía y el río que periódicamente se desborda y sale de su cauce para fecundar los campos... El sueño es maravilloso, pero todo lo que veo corresponde a la descripción de Egipto que me hacía mi abuelo, contándome su corta estancia allí.

Mi abuelo se encontraba en el desierto del Negueb y sobrevino una carestía. Como apretaba el hambre en el país, decidió bajar a Egipto, siempre rico y acogedor. Cuando estaba llegando a Egipto, comprendió el riesgo que corría de perder a su esposa y hasta la propia vida, amenazando con truncar la historia de la promesa del Santo, bendito sea su Nombre. Recurriendo a su astucia beduina, aunque no sirviera luego de nada, intentó solucionar el problema proponiendo a Sara:

-Mira, eres una mujer muy hermosa; cuando te vean los egipcios, comentarán: "es su mujer". A mí me matarán y a ti te dejarán viva. Por favor, di que eres mi hermana, para que me traten bien en atención a ti; y así salvaré la vida gracias a ti.

No se equivocaba. Cuando llegaron a Egipto, los egipcios vieron que Sara era muy hermosa; la vieron también los ministros del Faraón, y se la ponderaron al Faraón, tanto que Sara fue llevada al palacio del Faraón.

A Abraham le trataron bien, en atención a ella, y adquirió vacas, asnos, esclavos y esclavas, borricas y camellos. Pero el Santo, bendito sea su Nombre, fiel a sus promesas, salió en defensa del afligido patriarca, su amigo. No podía dejarle sin la esposa, que le daría el hijo de la promesa. Afligió, pues, al Faraón y a su corte con graves dolencias a causa de Sara.

Entonces el Faraón, comprendiendo la causa, llamó a Abraham y le dijo:

-¿Qué has hecho conmigo? ¿Por qué me dijiste que era tu hermana, de modo que yo la tomé por esposa? Pues mira, es tu mujer; tómala y vete.

Y le despidió con sus mujeres y sus posesiones.

-¿Comprendes -concluí- por qué estoy ansioso de saber si en este tiempo les ha sucedido algo a tus hermanos?

José me escuchó atentamente, como nunca me había escuchado. Pude descubrir en su mirada una ligera nube de preocupación. Pero, en seguida, se repuso y con docilidad se ofreció:

-Aquí me tienes.

Le expliqué:

-Tus hermanos deben estar con los rebaños en Siquén. Ve a ver cómo están ellos y el ganado y tráeme noticias.

José partió del valle de Hebrón hacia Siquén, recorriendo el corazón de la tierra cananea. Y yo me quedé con mis presagios, que aumentaban cada día que pasaba, sin que regresara José con noticias de sus hermanos. Tenía miedo de irme a dormir, pues en la noche me asaltaban sueños sangrientos, tenebrosos...

Hasta que llegó el día... Un siervo con un recado de mis hijos:

-Esto hemos encontrado, mira a ver si es la túnica de tu hijo o no.

Se me heló la sangre en las venas, al reconocerla:

-Es la túnica de mi hijo, una fiera lo ha devorado, ha descuartizado a José.

Como un viejo, arrugado como un higo, me levantaba en la punta de los pies y gritaba. Rasgué mis vestiduras y me ceñí un sayal de luto por mi hijo. Me postré en tierra y permanecí mudo como una piedra. Finalmente, me levanté y el llanto y los lamentos me subieron del corazón a los labios.

Con la túnica ensangrentada y destrozada de mi hijo entre las manos, lloraba y lloraba. Y entre sollozos pensaba en el día en que me puse las ropas de mi hermano. ¿Era sólo un disfraz para simularme velludo como mi hermano o era la manifestación externa de esa presencia oculta, íntima, de Esaú dentro de mi? ¿No he sido yo quien ha provocado la muerte de mi hijo, mandándole solo por los campos? Ah, hijo de mis entrañas, ¿dónde han quedado mis preferencias y los sueños que con ellas alimentaba en ti? ¿Dónde te han llevado hijo mío?

Después llegaron los otros hijos, que torpe, inútilmente intentaron consolarme, pero yo rehusé todo consuelo, diciéndoles:

-De luto por mi hijo bajaré a la tumba.

Inquieto me agitaba por la casa, golpeando una mano contra otra, automáticamente, repitiendo desesperado:

-José, hijo mío, José...

Y ya con la desaparición de José perdí toda ambición. Una languidez o sensación de inutilidad y tristeza se adueñaba constantemente de mis miembros, que no tenían fuerza para caminar. Me habían minado las penas y las grandes esperanzas. Sí, sentía en mí los síntomas de la vejez. Y en los abismos en los que había caído me percataba de que mi vida no había sido un diálogo, ni tampoco un monólogo. Había sido un combate.

Y el Santo, bendito sea su Nombre, ¿está o no está en medio de ese combate?, exclaman los sabios, bendita sea su memoria, para responder: Es como un niño a quien su padre lleva sobre sus hombros y que pide al padre cada cosa que ve y éste se la da una, dos, doce veces. Y mientras caminan entre la multitud el niño ve a un amigo del padre y le pregunta, asustado: ¿has visto a mi padre? El padre le contesta: ¡tonto!, estás sobre mis hombros, te doy todo lo que me pides y preguntas a éste dónde está tu padre. El padre le baja y le pone en el suelo, llega un perro y le muerde. Entonces grita: "¡papá!" y se abraza a él.

Cuando alguien sufre, concluyen, lo eterno toca el tiempo. Es la puerta de otro mundo, que forcejea por abrirse ante nosotros; al menos, nos pone en su umbral, revelándonos nuestro ser más íntimo, y desencadenando el más profundo y misterioso amor.

42

Los sabios, bendita sea su memoria, saben lo que Jacob ignora. Pero respetan el dolor de Jacob, que sufre en soledad el silencio del Santo, bendito sea su Nombre. Han introducido junto a Jacob a su viejo padre Isaac, que llora con él, aunque sabe que José está vivo, pero no lo puede comunicar. Por ello cuando Isaac estaba con Jacob, lloraba; pero cuando salía de su presencia, se lavaba y ungía, comía y bebía. ¿Y por qué no se lo revelaba?

-El Santo, bendito sea su Nombre, no se lo ha revelado, ¿y se lo voy a revelar yo?

Jacob es abandonado a si mismo, debatiéndose con su conciencia, cerrada la puerta de su soledad intransferible. Nadie puede condividir su dolor o aliviarlo con una interpretación del misterio. A solas con su combate. Combate solitario, interior.

Se adivina la lucha sorda de un ser en pugna con lo que le anula y le encanta, con lo que le exalta y le abate; en pugna con la fe y el absoluto; en pugna con la muerte. Es un desafío sin piedad, de quien se mira a la cara sin miedo o muerto de miedo, pero se mira.

Por esto, los sabios, bendita sea su memoria, dejando a Jacob con su pena y su silencio, siguen los pasos de José, no en silencio, que de eso son incapaces, pero sí con la angustia de Jacob en los ojos y en el alma. Y desde luego evocan la historia como en un susurro, como si desearan que no saliera de la familia, a medias palabras. Es una experiencia, dicen, que sólo se transmite de persona a persona, a boca cerrada, con los ojos en los ojos.

José deja a su padre en Hebrón y parte, solícito, a buscar a sus hermanos. Fiel, pero inexperto, se extravía. Desorientado, caminando a campo abierto, da vueltas desde las faldas del monte Ebal hasta la ladera del Garizín, sin encontrar a sus hermanos. Es mediodía y el sol hiere implacable, sin que nada se libre de su calor. El aire se enrarece y se carga de espejismos. El campo es una desolación; la tierra reseca, agrietada por el sol, despide vapores de fuego, más ardientes que el fuego de la fragua atizada para fundir los metales; los rayos del sol deslumbran los ojos. Ante su ardor ¿quién puede resistir? Los pastores recogen sus rebaños en torno a un pozo o en lo alto de las colinas donde corre, de vez en cuando, una ligera brisa, que alivia el sofoco... José se acerca a un rebaño amodorrado. Le sale al encuentro el pastor, que le pregunta:

-¿Qué buscas, muchacho? José, con su voz reseca de calor y susto, contesta:

-Busco a mis hermanos; por favor, dime donde están pastoreando.

El desconocido le encamina:

-Se han marchado de aquí; y les he oído decir que iban hacia Dotán.

José sigue las indicaciones y encuentra a sus hermanos en Dotán. Los hermanos le ven a lo lejos. Simeón, golpeándose las palmas de las manos, exclamó:

-Ahí viene el soñador. Ahora nos contará otra de sus fantasías. Vamos a matarlo y a echarlo en una cisterna. Veremos en qué paran sus sueños.

(Las cisternas, me explican, eran grandes agujeros en forma de botella hechos en la tierra, que servían para conservar hasta el verano el agua de las lluvias de invierno; era fácil hacer desaparecer en ellas a un hombre).

José, sin sospechar lo que están tramando sus hermanos, se acerca y les pregunta cómo están. Ninguno le responde. Incluso en su presencia siguen confabulando, discutiendo entre ellos. Rubén, como hermano mayor, se siente responsable ante el padre; intentando salvarle, se opone a los hermanos:

-No le quitemos la vida.

Pero el odio y la envidia de los hermanos les hace reaccionar contra él. Se mezcla en ellos el desprecio y el miedo, la burla y el temor a los sueños contados. Rubén busca un recurso para librar a José, sin enfrentarse con todos los demás; lo urgente es impedir el asesinato:

-No derraméis sangre; la sangre no se puede cubrir; su grito no puede ser callado; echadle en aquella cisterna, ahí en la estepa; pero no pongáis las manos en él.

José, horrorizado, con los ojos que se le salen de las órbitas, les suplica con angustia:

-Tened piedad de mí, ¿no somos hermanos, carne de la misma carne? Tened piedad del corazón de nuestro padre; no derraméis sangre inocente; por amor de nuestro padre, no me matéis.

Zabulón se conmovió oyendo estas súplicas de José y se echó a llorar; pero los otros hermanos se enfurecieron, le sujetaron, le quitaron la túnica, le cogieron y le echaron en la cisterna, que estaba vacía, sin agua.

Mientras José gritaba, suplicando piedad, desde el fondo del pozo, los hermanos cínicamente se sentaron a comer sobre unas piedras. Zabulón no podía comer. Rubén no soporta la escena y se aleja hacia el rebaño y piensa cómo sacarle a escondidas del pozo y devolverle al padre. Judá, ceñudo, está luchando en su interior; no quiere que muera el hermano, pero piensa que si le devuelven al padre, le contará todo y el padre les maldecirá, ¿qué salida encontrar?

Levantando la vista, Judá ve una caravana de comerciantes madianitas. Es una de las caravanas de traficantes que cruzan Palestina para intercambiar mercancías entre el Egipto meridional y los países de Oriente. Su itinerario parte de Damasco hacia Galaad, cruza el Jordán y alcanza al sur del Carmelo la ruta costera que conduce a Egipto. Dotán está en la ruta. Las mercancías que transportan son: el tragacanto -secreción gomosa de la corteza del lentisco-, la almáciga y el láudano, sustancias resinosas, que sirven como bálsamo, apreciado en Egipto para embalsamar los cadáveres.

Al verles, a Judá se le ilumina la vista y propone a sus hermanos:

-¿Qué sacamos con matar a nuestro hermano y con tapar su sangre? Vamos a venderle a los comerciantes de esa caravana y no pondremos nuestras manos en él, que al fin es nuestro hermano y carne nuestra.

Ninguno se opone. Le sacan de la cisterna y le venden a los madianitas. El trato es breve. Le venden por el precio normal de un esclavo: veinte siclos de plata. Se acabaron los sueños y las pesadillas. El soñador de futuros reinados se encamina como esclavo a un país extranjero. Entre tanto Rubén volvió al pozo y, al ver que José no estaba allí, se rasgó las vestiduras; buscó a los hermanos y les dijo:

-El muchacho no está, ¿a dónde voy yo ahora?, ¿qué diré al pobre viejo?

Entre todos tramaron el engaño. Cogieron la túnica de José, degollaron un cabrito y, empapando la túnica de las mangas en la sangre, se la enviaron al padre con un recado:

-Esto hemos encontrado, mira a ver si es la túnica de tu hijo o no.

¡Judá, exclaman los sabios, bendita sea su memoria, ¿no te zumban los oídos al mandar a tu padre la túnica y decirle: "hemos encontrado esto, mira a ver si es la túnica de tu hijo o no?". ¿No resuenan en tus oídos las palabras de Tamar, al enviarte el anillo del sello y el bastón, con el recado: Estoy encinta del dueño de estas prendas, mira a ver si las reconoces?!

Cínico y cruel es el engaño. Así como Jacob engañó a su padre y robó a su hermano, a quien el padre prefería, así ahora es engañado por los hijos, que le privan de su hijo predilecto. El cabrito y la sangre apuntan derechos a Esaú y a la piel de cabrito con que él se cubrió para engañar al padre. Es como si la sombra de Esaú se cerniese sobre el engaño. El cabrito sustituyó un día, con su carne adobada, la pieza de caza y, con su piel sin curtir, el vello de Esaú. Ahora el cabrito muere en lugar de José y sustituye con su sangre la de José, para perpetrar el engaño.

¿Qué queda de la familia edificada con tantos años de servicio en Harán? Un padre engañado por una mentira, que lo devora y consume, sin más perspectiva que la muerte. Un grupo de hermanos con la conciencia del delito contra el hermano y el engaño al padre, a quien no pueden consolar ni dar esperanzas, porque ellos esperan y desean que nunca reaparezca. Los hermanos sólo están unidos por el secreto, que les separa del padre; pero entre ellos sólo queda la desconfianza. Y José, que va camino de Egipto. Los once, continúan su vida cada uno por su lado.

A Jacob le queda como consuelo forzado concentrar su cariño en Benjamín.

43

Algo se ha roto dentro de mí. Me he quedado vacío como una jaula de la que han escapado los pájaros. Tengo miedo hasta de soñar. Me persigue un mismo sueño, que se me repite cada noche.

Una paloma, blanca, triste e inocente, vuela en el aire. Sobre ella vuela, negro, un gavilán, que amenaza atravesarla con su largo pico afilado. Mi corazón se conmueve de compasión por la paloma. Grito para avisarla del peligro.

La paloma no me oye y sigue su vuelo. El gavilán, que ahora vuela más bajo que la paloma, en largos círculos concéntricos en torno a ella, oye mi grito y, por un momento, detiene su vuelo, alarmado. Pero, en seguida, se recupera del susto y emprende el vuelo más veloz y acercándose más a la paloma. Yo grito cada vez más fuerte. El gavilán, de nuevo, se detiene ante mi grito y de nuevo vuelve a la caza. Así seguimos interminablemente, hasta que la paloma, inocente ella, descubre al gavilán a su lado y vuela hacia las peñas, buscando un refugio. El gavilán la sigue y está ya para alcanzarla. Entonces la paloma ve una hendidura entre las rocas y se lanza hacia ella, pero, de repente, de la hendidura de la roca sale una serpiente enorme con las fauces abiertas, queriendo tragarse a la paloma. Mi corazón me golpea y me despierto, siempre, en el momento en que una mano misteriosa aparece sobre la paloma, salvándola del gavilán y de la serpiente... Mi corazón queda, por un tiempo infinito, batiéndome el pecho. Temo que una vez no llegue a tiempo la mano. Pero no falla nunca, siempre atenta y puntual al último momento.

A solas con estos sueños, que guardo para mí, sólo me queda, como consuelo forzado, concentrar mi cariño en Benjamín. Pues mis hijos, como soñaba José y según el deseo de Raquel en el parto de José, son doce.

Marchando hacia Efrata, al llegar a Ramá, Raquel sintió los dolores del parto. Y cuando le apretaban los dolores, la comadrona le dijo:

-No tengas miedo, que tienes un hijo.

Pero el parto era difícil. Estando para expirar, Raquel con su último aliento, le llamó Benoní: hijo de mi dolor. No podía dejarle con ese nombre como un peso o acusación para toda su vida. Por ello se lo cambié por Benjamín: hijo de la diestra.

Raquel un día me había dicho: "O me das hijos o me muero". Las dos cosas las tuvo juntas. La vida del hijo le costó su vida. Como siempre el misterio de la vida brotando de la muerte, del amor que da la vida muriendo para que el otro viva.

Amor del alma mía, Raquel, mi pequeña, en este momento, en lo oscuro de mi soledad presente, vuelve a brillar el recuerdo de tus grandes ojos azules. Ahora que tú no estás, me veo solo con mi nada y la sed de plenitud y absoluto de mi ser. La primavera de tu mirada, el brotar de las flores y sueños de tu sonrisa me velaban ese vértigo, que anida en mi interior.

En tu ausencia, tesoro mío, mi alma se apaga y la soledad se cierra sobre mis sienes como un cerco apretado. No puedo ya ser quien soy sin tu presencia. Tú eras el eje alrededor del cual giraba la rueda de los astros. Sólo en tus ojos el aire era aire y la luz, claridad; sólo tus labios hacían que cantaran en mis oídos las brisas y los pájaros, los árboles y los ríos. Tu lejanía me apaga el canto y la esperanza, me arroja al fondo del abismo.

¿Dónde encontrar sin ti la embriaguez del amor, que me producían tus besos, caricias y ternuras? Me atraías con cuerdas de ternura, con lazos de amor y me llevabas al tálamo nupcial, donde consumábamos el amor, donde explotaba la fiesta en la alegría del cuerpo, del espíritu y de la vida. Con un amor eterno te amé. ¿Cómo no llorar al no poder volver a abrazar tu cuerpo, en el campo, circundados de altos cipreses, bajo la copa verde de nuestro cedro. En aquel lecho de verdor, jardín de nuestras delicias y perfumes, se cancelaba el miedo y nos embargaba la paz. En medio de un campo de cardos duros, espinosos y grises, tú brotabas para mí, como un lirio, dando dulzura a la dureza del día, amor a las espinas de mis penas, calor al frío de mi soledad.

Era el mes de Iyyar. Ha pasado el invierno. Han cesado las últimas lluvias de Nisán. Aparecen las flores en la tierra, que se viste de grana y color. Montes y colinas se cubren de rebaños. El viento suave barre el cielo de nubes, dejándole límpido, de azul turquesa. Es el tiempo del canto. En armonía, el susurro de la brisa, el roce de las hojas en los árboles, el aroma del espliego, el arrullo de la tórtola, que emigró a las regiones cálidas de Arabia durante Tebet y ha regresado, para alegrar la primavera con sus requiebros. La higuera echa sus yemas y las viñas en cierne exhalan su fragancia... Y el rumor inconfundible de tus pasos, que aceleran los latidos de mi corazón. Tus ojos me iluminan el canto de la primavera. Tu voz, que me destila el néctar de tu cariño, más dulce que el arrullo de la tórtola, poniendo música a los rumores de la vida, que brota, y a la alegría del atardecer, cuando sopla la brisa y las sombras se alargan en su huida...

Con mi mano izquierda bajo tu cabeza y acariciándote, abrazándote con la derecha, en aquel gesto repetido como mi forma de comunicarte mi ternura, mi afecto y delicadeza, y también mi deseo de protegerte y abandonarme en ti. ¡Cuántas veces este abandono me hizo quedarme dormido entre tus brazos, mientras tú me recitabas aquellos versos:

Seré como rocío para Israel:

él florecerá como el lirio

y hundirá sus raíces como árbol del Líbano,

sus brotes se desplegarán,

tendrá la belleza del olivo

y la fragancia del Líbano.

Volverán a sentarse a su sombra,

hará crecer el trigo,

cultivará las viñas,

famosas como el vino del Líbano.

No sé si son tus palabras exactas, pero quisiera tenerte de nuevo conmigo y que se cumplieran tus deseos. Sólo tú eras capaz de dar profundidad y peso, entidad y necesidad al tiempo y a la esperanza, a los montes y llanuras, a los árboles, vientos y estrellas. Sin el amor, la tierra y el cielo pierden su sentido. Sólo el amor da consistencia a mi nombre y a mi sombra, a mis huellas y sueños.

El vino, dicen nuestros sabios, bendita sea su memoria, regala, alegra y recrea el corazón, pero después de haber gustado la embriaguez de tus besos, en los que nos transmitíamos el uno al otro la vida en el hálito respirado, expirado y aspirado, ¿qué vinos, ni de las viñas de Engadí ni del Líbano, pueden satisfacer a mi paladar?

Mis hijos recogen leña, Lía prende el fuego y Bilha amasa la harina y las uvas pasas para hacerme tortas, que saben que me gustaban tanto. ¿Pero cómo gustarlas si eran las tortas de pasas con las que me reanimabas y te fortalecías de la languidez del amor, en que nos encontrábamos después de celebrar en la interior bodega el banquete de nuestros amores?

No sería nardo, el preciado aroma de países lejanos, ni mirra de Arabia, el perfume que custodiabas en la bolsita que colgabas entre tus senos, pero después de haber aspirado su fragancia embriagante, en el gozo de cada encuentro, ¿qué aromas de nardo o mirra, bálsamos o esencias exóticas, inciensos o áloes, cinamomo, azafrán o canela podrán compararse con la fragancia de tus vestidos, tu hálito de manzana, que perfuma el aire de mediodía y refresca la tarde, roja entre las límpidas hojas verdes? La sombra del manzano es como un abrazo de fecundidad, donde encontrábamos paz, abandono, protección, intimidad, al encontrarnos.

A nuestro alrededor el aire se cargaba del olor del campo, del heno recién segado; ante nuestros ojos se extendían las llanuras con sus arroyos, en cuyas márgenes crecían, modestos, incontables, los lirios, las anémonas y los írides y tú a mi lado como un humilde narciso de intensísima fragancia. Era una fiesta de frescura y luz, como no lo es la llanura de Sarón, que frente a tu tumba, del lado del Mediterráneo, constela de flores su verdor de primavera. El ciprés, el olmo y el boj embellecerán el lugar donde reposas, en tu lecho rociado de mirra, áloe y cinamomo.

En las noches, mis noches solitarias, eternas, en mi lecho, mis manos se alargan, buscando el amor de mi alma, lo busco y no le hallo. La llamo y no me responde.

Pero mi corazón estrena una melodía nueva, una música para ti que ya no puedes responder; es mi amor más verdadero, totalmente gratuito, para ti que estás ya al otro lado del tiempo, es mi amor más fuerte que la muerte.

La cigüeña, la tórtola, la golondrina y la grulla, que conocen las estaciones y observan las épocas de sus migraciones, me recordarán que, antes de la siega, al acabar la floración de las viñas, cuando su fruto en ciernes comienza a madurar, es el tiempo de la poda y cortaré los sarmientos y arrancaré los pámpanos. Cuidaré tu huerto cerrado, la fuente sellada de tus amores, cercaré con un seto de fidelidad nuestra viña, que nadie viole la intimidad de nuestro amor.

44

Benjamín, único fruto que me queda de las entrañas de Raquel, espejo donde la recuerdo, es el único capaz de entrar en mi soledad y romper el silencio, que me envuelve. Con él desahogo mi alma:

-La muerte siempre tocaba a mis enemigos, a mis amigos, a los demás, pero no iba conmigo. Pero al morir tu madre, mi esposa, es como si hubiera muerto la mitad de mi carne. Ante Raquel muerta, una angustia se anuda a mi garganta. ¡Yo también, como Raquel, moriré un día! También para mí llegará un día sin mañana. Llegará un instante al que no le seguirá otro instante.

Esforzándose por contener las lágrimas, me dice:

-Lo que siento por ti, padre mío, es algo más y distinto del amor; quisiera poder protegerte, restituirte tu juventud, tu vigor, tu capacidad de maravillarte y ser feliz, devolverte tu autoridad de padre, darte tu vida.

En su talante domina el orgullo, la altivez, la energía. Su rostro afilado se le enciende al caerle los rizos de oro de su cabellera. Me habla y trata de consolarme, pero luego, se hunde también él en sus cavilaciones, que leo en sus ojos, más que escuchar de sus labios:

-Mi madre murió en mi parto. Pasé mi infancia bajo el afecto de mi padre, que me amó tanto, a su modo, pero que jamás me perdonó la muerte de mi madre, su esposa preferida, aunque, como único recuerdo de ella, no me apartaba nunca de su lado. He visto que la amaba con un amor profundo y dolorido; había hallado en ella el único gusto de su vida errante, lejos de su madre, el otro amor de su vida. Mi madre le había dado la secreta felicidad de la espera, de la esperanza, del futuro. ¡Y yo se la había arrebatado! Creo que en la continua comunicación con él, se me ha colado un oscuro sentimiento de culpa, que ha dado forma a mi carácter violento, amenazante, hasta cruel. Ah, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?

Sí, Benjamín, hijo mío, -pienso también yo, más que decirle-, te veo como en sueños, y te amo y te amo. Has costado la vida a tu madre, lo mismo que costó ella a la suya. Juntos lloramos su muerte, tú abriéndote a la vida y yo acercándome a la tumba de mi reposo.

Y, en voz alta, añado:

-Soy tu padre y es mi deber darte algunos consejos. Mi vida no ha sido lo bastante fiel como para dejártela como guía de la tuya. No sigas mi camino. Permanece entre tus hermanos. Une tu destino al de tu pueblo; de lo contrario, aunque llegues a reinar, no irás a ninguna parte.

Mi alma está cansada de sus muchos años de peregrinación y tribulaciones. Mis ojos se van, día a día, velando, mi barba se ha vuelto blanca como la nieve sobre la cima del Hermón. Quisiera despertar en tu límpida frente el espíritu que duerme en ella. Hijo mío, el Santo, bendito sea su Nombre, edificará en tu tierra el santuario de su morada. De tus muslos suscitará el primer rey. Pero el adversario se te opondrá, siempre, en la hora de la decisión. No hagas componendas, no te fíes de él, cayendo en sus trampas. El se acerca en la sombra del sueño, ofrece el compromiso con el Santo, bendito sea su Nombre, y el aplauso de los hombres. Es la cáscara lo que debes romper. Es un abismo lo que debes saltar. Habrá momentos en que tú, como un rayo, penetrarás en su último escondite y él se deshará ante tu poder, como una nube ligera; pero habrá otros momentos en los que él te envolverá con torrentes de tinieblas obstinadas y, entonces, tendrás que mantenerte solitario, en medio del mar y la noche. Allí, saldrás vencedor en lo íntimo de tu alma. Pues has de saber que tu alma es un bronce que nadie puede romper y que sólo el Santo, bendito sea su Nombre, puede fundir. Mientras estés con El, no temas.

Benjamín bebía con los ojos abiertos y atónitos aquéllas palabras de la boca apasionada de su anciano padre, es decir, de mis labios. Las palabras penetraban y quedaron grabadas en su alma. Y yo, cansado de proferir las palabras, que me suscitaba una voz lejana, que me llegaba desde los confines de la tierra, de más allá de la tierra de mis andanzas y bendiciones, me recosté contra un árbol y me quedé adormilado. Entre sueños me volvía al pasado o inventaba esperanzas futuras, como si ya las estuviera viviendo. Bajo la abrasadora luz de un sol de mediodía, abriendo grietas en la tierra, sólo la cigarra, entre las hojas de los árboles, vibraba con su canto agudo. La creación entera callaba, enmudecida de sopor.

Con el canto de la cigarra en los oídos me desperté. Al lado estaba aún Benjamín. Caminando hacia el arroyo, le conté una fábula, que me parecía graciosa, aunque al mismo tiempo me turbaba:

Escucha esta fábula: Los árboles se pusieron en camino para ungir a uno de ellos como rey. Dijeron al olivo:

-Se tú nuestro rey.

Les respondió el olivo:

-¿Voy a renunciar a mi aceite con el que, gracias a mí, son honrados los dioses y los hombres, para ir a vagar por encima de los árboles?

Entonces los árboles dijeron a la higuera:

-Ven tú, reina sobre nosotros.

Les respondió la higuera:

-¿Voy a renunciar a mi dulzura y a mi sabroso fruto, para ir a vagar por encima de los árboles?

Dijeron, pues, los árboles a la vid:

-Ven tú, reina sobre nosotros.

Les respondió la vid:

-¿Voy a renunciar a mi mosto, que alegra a los dioses y a los hombres, para ir a vagar por encima de los árboles?

Todos los árboles se dirigieron entonces al espino:

-Ven tú, reina sobre nosotros.

-El espino respondió a los árboles:

-Si con sinceridad venís a ungirme a mí para que reine sobre vosotros, llegad y cobijaos a mi sombra. Y si no es así, brote fuego de la zarza y devore los cedros del Líbano.

Me turba, porque siempre veo a los árboles sangrando entre las espinas del rey y al final ardiendo y quemándose el mismo espino.

45

Mientras Jacob está narrando esta fábula al hijo de su ancianidad, los sabios, bendita sea su memoria, que ya la saben, dan un rápido salto para ver cómo le va a José en Egipto.

Los madianitas han llegado a Egipto con José. Putifar, un egipcio ministro y mayordomo del Faraón, se lo compra. Así José entra como esclavo en una buena casa.

Inteligente, amable, trabajador y de agradable presencia, pronto se gana el afecto del amo, que le pone a su servicio personal, colocándole al frente de su casa y encomendándole todas sus cosas. Como su padre para Labán, José se convierte en bendición para Putifar; de él emana una bendición que se difunde en su entorno: en casa y en el campo.

José ha heredado la belleza de su madre. Esta belleza, exótica en Egipto, excita el deseo de su ama Zuleika, que intenta seducirlo con halagos o amenazas. Inútil. José se niega a traicionar la confianza que le ha otorgado su amo.

Ella sigue insistiendo día tras día. Un día de tantos, en que no había quedado ningún siervo en casa, le agarró por el vestido y le dijo:

-Acuéstate conmigo.

Pero él soltó el vestido en sus manos y salió afuera corriendo. El manto en manos de Zuleika, -como la túnica que le arrancaron sus hermanos-, es la prueba de cargo contra José cuando regresa a casa el marido. La seductora despreciada, se venga.

Cuando Putifar escucha la historia que le cuenta su esposa y ve el vestido de José junto a ella, monta en cólera, toma a José y le encierra en la cárcel donde estaban los presos del rey.

A José, ya se sabe, le gustan los sueños. Los tiene o se los cuentan a pares. En la prisión José se gana al jefe y éste le encomienda el cuidado de todos los presos de la cárcel. Así, pasado cierto tiempo, se encuentra con el copero y el panadero del rey, que han ido, también ellos, a parar a la cárcel. Estos dos tienen un sueño cada uno la misma noche y, a la mañana, los dos se le cuentan a José, para que les dé su interpretación. José posee una luz superior, un saber sobrehumano, que le suministra la clave y le hace transparentes las imágenes ambiguas de los sueños. En ellas puede leer con precisión y anunciar el futuro a los soñadores. Y sus predicciones se cumplen. El copero es restituido al servicio del rey y el panadero es ajusticiado, como José les había anunciado.

Dos años más tarde es el Faraón quien tuvo, naturalmente, dos sueños. A la mañana siguiente, agitado, mandó llamar a todos sus magos y sabios para que le interpretaran los sueños. Ninguno supo hacerlo. Entonces el copero se acordó de José, que al interpretarle el sueño, le había dicho:

-Acuérdate de mí cuando te vaya bien y hazme este favor: menciónale mi nombre al Faraón, para que me saque de esta prisión, pues no he cometido nada malo para que me tengan en este calabozo.

Entonces el copero dijo al Faraón:

-Cuando, hace dos años, el Faraón se irritó contra sus siervos y me metió en la cárcel, junto con el panadero, él y yo tuvimos un sueño la misma noche, cada sueño con su propio sentido. Había allí con nosotros un joven hebreo, siervo del mayordomo; le contamos el sueño y él le interpretó, a cada uno su interpretación. Y tal como él lo interpretó, así sucedió: a mí me restablecieron en mi cargo, al otro le colgaron.

El Faraón mandó llamar a José. Lo sacaron aprisa del calabozo; se arregló, se cambió el traje y se presentó al Faraón.

El Faraón dijo a José:

-Soñaba que estaba de pie junto al Nilo, cuando vi salir del Nilo siete vacas hermosas y bien cebadas, y se pusieron a pastar; detrás de ellas salieron otras siete vacas flacas y mal alimentadas, en los huesos; no las he visto peores en todo el país de Egipto. Las vacas flacas y mal alimentadas se comieron las siete vacas anteriores, las cebadas. Y cuando entraron dentró de ellas, no se notaba que habían entrado, pues su aspecto seguía tan malo como al principio. Y me desperté.

Tuve otro sueño: siete espigas brotaban de un tallo, hermosas y granadas, y siete espigas crecían detrás de ellas. Mezquinas, secas y con tizón las siete espigas secas devoraban a las siete espigas hermosas. Se lo conté a mis magos y ninguno pudo interpretármelo.

José dijo al Faraón:

-Se trata de un único sueño: Dios anuncia al Faraón lo que va a hacer. Las siete vacas gordas son siete años, y las siete espigas hermosas son siete años: es el mismo sueño. Las siete vacas flacas y desnutridas que salían detrás de las primeras son siete años, y las siete espigas vacías y con tizón son siete años de hambre.

Es lo que he dicho al Faraón: Dios ha mostrado al Faraón lo que va a hacer. Van a venir siete años de gran abundancia en todo el país de Egipto; detrás vendrán siete años de hambre, que harán olvidar la abundancia en Egipto, pues el hambre acabará con el país. No habrá rastro de abundancia en el país, a causa del hambre que seguirá, pues será terrible. El haber soñado el Faraón dos veces, indica que Dios confirma su palabra y que se apresura a cumplirla. Por tanto que el Faraón busque un hombre sabio y prudente y le ponga al frente de Egipto; establezca inspectores que dividan el país en regiones y administren durante los siete años de abundancia.

Que reúnan toda clase de alimentos durante los siete años buenos que van a venir, metan trigo en los graneros por orden del Faraón, y los guarden en las ciudades. Los alimentos servirán de provisiones para los siete años de hambre que vendrán después a Egipto, y así no perecerá de hambre el país.

El modo de hablar y lo sensato de la propuesta gustó al Faraón y a sus servidores. Les convenció la interpretación de los sueños y aceptaron, sin discutirla, la propuesta. El Faraón dijo a sus servidores:

-¿Podemos encontrar un hombre como éste, que posee el espíritu de Dios?

Y dirigiéndose a José, le dijo:

-Ya que Dios te ha enseñado todo esto, nadie es sabio y prudente como tú. Tú estarás al frente de mi casa y todo el pueblo obedecerá tus órdenes; sólo en el trono te precederé.

Es un nombramiento solemne. El inocente encarcelado triunfa. El Faraón se quitó el anillo del sello de la mano y se le puso a José; le vistió un traje de lino y le puso un collar de oro al cuello. Le hizo sentar en la carroza de su lugarteniente y dijo:

-Mira, te pongo al frente de todo el país. Yo soy el Faraón; sin contar contigo nadie moverá mano o pie en todo Egipto.

Le dio como esposa a Asenat, hija de un sacerdote de On, que le dio dos hijos: Manasés y Efraín.

Treinta años tenía José cuando se presentó al Faraón, rey de Egipto. Saliendo de su presencia recorrió todo Egipto. El hermano vendido, esclavizado, encarcelado, llega a la cumbre del poder. Sus sueños comienzan a realizarse.

46

A mis angustias, ahora se añaden las preocupaciones del hambre, que se ha abatido en

el país. Los campos, por más que se les are y siembre, permanecen secos como un desierto. Mi padre y mi abuelo, en épocas de sequía, dirigían su mirada a Egipto, el país del trigo. Si no hago lo mismo corro el riesgo de perder toda la familia y el ganado. Convoco a todos mis hijos y les digo, al verles inquietos, como temerosos de presentarse ante mi:

-¿Qué estáis mirando? He oído decir que hay grano en Egipto; bajad allá y compradnos grano para que sigamos viviendo y no muramos.

Preparan sus asnos y parten. Sólo diez de mis hijos. A Benjamín no le dejo marchar. Es el hermano de José, el único hijo de Raquel que me queda. Es el recuerdo del hermano y de la madre, mis dos amores predilectos. No quiero correr el riesgo de perderle, mandándole a un país extranjero.

Con el corazón en vilo espero su regreso. Y la zozobra aumenta cada día que pasa sin que regresen. Al atardecer, de la mano de Benjamín, salgo al campo a ver si vuelven y pregunto a las caravanas, que van regresando con sus provisiones de grano. Ninguno sabe darme noticias de mis hijos. Todos me dicen que desde la llegada a Egipto no volvieron a verles.

Cuando finalmente les vislumbro a lo lejos, el corazón me dio un vuelco seco en el pecho. De los diez, sólo regresan nueve. Corro a su encuentro y descubro que quien falta es Simeón. Con ansiedad pregunto por él y así me cuentan su desdichado viaje, mientras la tristeza me oprime las entrañas y me cierra la boca mientras les escucho:

-Al llegar a Egipto nos dirigimos a los guardias, que nos llevaron hasta el palacio real. Acostumbrados a caminar por los campos, a nuestras tiendas y ganados, no acertábamos a movernos entre aquellos muros. Era impresionante y hasta imponente la figura del señor que estaba sentado sobre el trono, circundado de dignatarios. Con temor nos postramos ante él, rostro en tierra.

(Con esta postración mostráis a dónde han ido a parar los sueños de José, comentan en un aparte los sabios, bendita sea su memoria).

El señor nos mandó acercarnos. Asustados por la grandiosidad del ambiente, por la belleza y majestad del señor, recorrimos torpemente el largo salón. Los ojos del señor, cuando nos acercábamos estaban como nublados, como conmovidos quizás de ver a tantos hermanos juntos, pensamos nosotros.

(José cuenta con sus hermanos, los ama, por eso los reconoce; pero no puede ser reconocido por los que no cuentan con él, por los que han olvidado al hermano vendido).

Pero no era así. El señor nos habló duramente:

-¿De dónde venís?

Le contestamos:

-De tierra de Canaán a comprar provisiones.

Nos respondió ásperamente:

-¡Sois espías!, habéis venido a observar las partes desguarnecidas del país.

Sorprendidos y turbados, le dijimos todos a la vez:

-No es así, señor; tus siervos han venido a comprar provisiones. Somos todos hijos de un mismo padre, y gente honrada; tus siervos no son espías.

Pero él insistía:

-No es cierto, habéis venido a observar la desnudez del país, para después violarlo.

Aterrorizados, no sabíamos ya qué decirle, y le contestamos:

-Eramos doce hermanos, hijos de un mismo padre, en tierra de Canaán; el menor se ha quedado con su padre, y el otro ha desaparecido.

(¿Así de simple: ha desaparecido?).

Entonces el señor dijo:

-Lo que yo decía, sois espías; pero os pondré a prueba. Yo temo a Dios, por eso haréis lo siguiente, y salvaréis la vida: Si sois gente honrada, uno de vosotros quedará aquí encarcelado, y los demás irán a llevar víveres a vuestras familias hambrientas; después me traéis a vuestro hermano menor; así probaréis que habéis dicho la verdad y no moriréis.

(Al encadenar a Simeón ante vuestros ojos, os está encadenando a todos, obligándoos a regresar con vuestro hermano menor, su único hermano de madre, Benjamín, que desea contemplar y abrazar. Y, además, poniéndoos en este apuro, os está provocando a confesar lo que lleváis escondido en la conciencia, desde hace más de veinte años. Es necesaria la confesión de la culpa para recomponer la hermandad; sólo la confesión os acercará al hermano desaparecido, a José, que se conmueve hasta el llanto, aunque vosotros aún no lo veáis; aunque finja no entender vuestro idioma y se sirva de intérprete, él comprende vuestros comentarios:

-Estamos pagando el delito contra nuestro hermano, cuando le veíamos suplicarnos angustiado y no le hicimos caso; por eso nos sucede esta desgracia. Ahora nos piden cuentas de su sangre.

El mal causado hacia tanto tiempo se yergue ahora y os golpea con otra situación similar a la de entonces: tendréis que regresar, otra vez, con un hermano de menos ante el padre; y ahora parece que algo ha cambiado; os duele lo que entonces contemplasteis con tanta frialdad: la angustia de uno de vosotros. Estáis en el camino de la vuelta y José llora de emoción, pero aún no puede manifestarlo. Los sueños son la guía de su conducta, el espejo de su vida, los hitos anticipados de su camino, el preanuncio de su destino y del vuestro; hasta que se cumplan y para que se cumplan, José tiene que negar cualquier sentimiento, afecto o acto que no lleve a su realización, aunque le sangre el corazón.

No puedo aguantar más y rompo mi silencio:

-¿Pero qué es lo que me estáis haciendo?

Me dejáis sin hijos. Os mando a José para tener noticias vuestras y me venís diciendo que una fiera le ha descuartizado; Simeón va con vosotros a comprar grano y venís diciéndome que el virrey le ha dejado en Egipto, encadenado en la cárcel; y como si esto no bastara, ahora os queréis llevar a Benjamín. ¡Todo se vuelve contra mí!

Y Rubén, abogado de causas perdidas, tiene la osadía de replicarme con su propuesta descabellada, envuelta en grandilocuentes palabras:

-Da muerte a mis dos hijos si no te devuelvo a Benjamín; ponlo en mis manos y te lo devolveré.

-¿Qué dices? ¿Qué consolación puedo hallar en la muerte de dos nietos para resarcirme de un hijo? ¡No se remedia una muerte añadiendo otras muertes, alargando la espiral de la violencia y la desgracia! ¿No son tus hijos como hijos míos? No. Mi hijo Benjamín no bajará con vosotros; su hermano ha muerto y sólo me queda él; si le sucede una desgracia en el viaje, de la pena, daréis con mis canas en el sepulcro.

No quería seguir escuchándoles. Decidido les despedí de mi presencia.

Me quedé solo, temblando con el pensamiento de mis dos hijos ausentes, perdidos, y de mis hijos presentes con Rubén como primogénito. Rubén me da miedo por la vaciedad de su vida, que no es de provecho para nada. Es semejante a un gran odre lleno de aire. Quien lo ve siente miedo. Pensando que sea quién sabe qué, le golpea hasta rajarlo, y el odre cae por tierra, expulsando el aire que contenía y que le mantenía en pie. Entonces, pasado el miedo, quien le encontró le contempla en tierra y se dice: "Por eso me ha asustado, porque en él no había nada. Sólo aire, que apenas lo exhala, vuelve al polvo".

Esperaba que pasase la carestía. Pero el hambre seguía apretando en el país. Se acabaron las provisiones de cereal, que habían traído de Egipto. No puedo soportar las súplicas angustiosas de mis nietos -mandados sin duda por sus padres- que me gritan, llorando:

-Abuelo, abuelo, danos pan; nos morimos de hambre.

Llamo a mis hijos y con rabia, a secas, les digo:

-Volved a comprarnos víveres.

Judá me recuerda lo que ya sé y no quiero oír:

-Aquel hombre nos ha jurado: "No os presentéis ante mí si no me traéis a vuestro hermano"; si no le dejas, no bajaremos, pues aquel hombre nos dijo: no os presentéis ante mi sin vuestro hermano.

Judá me enfrenta a una alternativa radical. Es un dilema sin salida. De sobra sé que tiene razón, pero mi corazón se resiste y protesta con una escapatoria inútil e infantil, como si estuviera embotado por la morbosidad de mis penas:

-¿Cómo se os ocurrió, para desgracia mía, decirle a ese señor que teníais otro hermano?

Todos a una me contestaron, indignados:

-Aquel hombre nos preguntaba por nosotros y por nuestra familia: ¿vive todavía vuestro padre?, ¿tenéis más hermanos? Y nosotros respondimos a sus preguntas. ¿Cómo íbamos a suponer que nos iba a decir: "Traedme a vuestro hermano"?

¡Qué extraño me resulta que aquel hombre se haya informado tan solícitamente sobre la familia, el padre y el hermano ausente!

Judá corta bruscamente mis pensamientos, como una pérdida de tiempo ante la urgencia de la situación:

-Deja que el muchacho venga conmigo. Así iremos y salvaremos la vida. De lo contrario moriremos tú, nosotros y los niños. Yo salgo fiador por él; a mí me pedirás cuentas de él. Si no te lo traigo y le pongo delante de ti, rompes conmigo para siempre. Si no hubiéramos dado largas, ya estaríamos de vuelta la segunda vez.

No hallando ninguna salida posible, me dejo persuadir. Pero quiero organizar el viaje y les ordeno:

-Si no queda más remedio, hacedlo. Pero tomad productos del país en vuestras alforjas y llevádselos como regalo a aquel señor: un poco de bálsamo, un poco de miel, goma, mirra, pistachos y almendras. Y tomad doble cantidad de dinero, para devolverle el dinero que os pusieron en la boca de los sacos, quizás por descuido. (No fue descuido, desean hacer constar los sabios, bendita sea su memoria, que están en todo. Fue un acto de generosidad de José, aunque vosotros no lo hayáis entendido y os haya llenado de terror. José os devuelve bien por mal; a él le vendisteis por veinte siclos de plata y en la compra actual él os devuelve el dinero. No se enriquecerá a costa de vuestro hambre).

-Tomad a vuestro hermano y volved a donde aquel señor. Dios todopoderoso le haga compadecerse de vosotros para que os deje libre a vuestro hermano Simeón y a Benjamín. Si tengo que quedarme sin hijos, me quedaré.

Con los ojos cerrados... No, con los ojos abiertos, pero sin ver, fijos en el vacío, moviendo la cabeza de un lado al otro, asisto a la preparación de los regalos, del dinero y siento que, no quiero ni puedo verlo, se alejan, llevándose a Benjamín hacia Egipto.

47

Los sabios, bendita sea su memoria, en cambio, quieren verlo todo y se encaminan a Egipto con la caravana y se presentan a José para contarnos este segundo encuentro, ahora, de los doce hermanos.

Cuando José vio con ellos a Benjamín, dijo a su mayordomo:

-Hazlos entrar en casa; que maten un animal y lo guisen, pues al mediodía esos hombres comerán conmigo.

El mayordomo hizo lo que le mandó José. Como gentes de medio pelo se conducen torpe y servilmente en aquel ambiente extraño y distinguido. Comienzan a hablar ya en la misma puerta. Viendo que les introducían en la casa del señor de Egipto, se decían unos a otros:

-Nos meten a causa del dinero que pusieron entonces en nuestros costales; es un pretexto para acusarnos, condenarnos, hacernos esclavos y quedarse con los asnos.

Acercándose al mayordomo, le dijeron en la misma puerta de la casa:

-Mira, señor, nosotros bajamos en otra ocasión a comprar víveres; cuando llegamos al campamento y abrimos los sacos, en la boca de cada saco encontramos el dinero con que habíamos pagado; aquí lo traemos de vuelta y otro tanto para comprar provisiones. No sabemos quién metió el dinero en los sacos.

El mayordomo intenta tranquilizarles, diciéndoles:

-Tranquilos, no temáis: vuestro Dios, el Dios de vuestros padres, os metió el tesoro en los sacos, que vuestro pago lo recibí yo.

El recordarles el Dios de sus padres no les tranquilizó mucho, teniendo todos el peso del delito en la conciencia. Pero todo se resolvió cuando les sacó a Simeón, su hermano encarcelado, como rehén.

Luego el mayordomo les hizo entrar en la casa de José. Después del áspero trato de la vez anterior, les sorprende que ahora se les invite a pasar a los aposentos privados del visir. Azorados, caminan atropellándose. Su miedo les hace temblar con una verborrea. inusitada. El mayordomo les da agua para lavarse los pies, y él mismo echa pienso a los burros. Ellos fueron colocando los regalos, esperando que llegase José al mediodía: pues habían oído decir que comerían allí con él.

Cuando José entró en casa, precedido de un heraldo, que anunció su llegada, ellos le presentaron los regalos que habían traído y se postraron en tierra ante él. (Las once estrellas del sueño ya están postradas en tierra ante José. Faltan el sol y la luna. Pero el sol y la luna han sido creados para señorear el día y la noche, no para someterse).

José les preguntó:

-¿Qué tal estáis? ¿Qué tal está vuestro padre, del que me hablasteis? ¿Vive todavía?

Le contestaron, inclinándose y postrándose de nuevo:

-Tu siervo, nuestro padre, está bien. Vive todavía.

(Una duración interminablemente larga de veintidós años me separa de mi padre. Sin oír su voz. Es un buen trecho de mi vida humana, densa y vulnerable, expuesta a tantos caprichos e incidentes irreversibles como he tenido. Me ha lacerado la incertidumbre de la suerte de mi padre. ¿No me esconderéis la verdad con una mentira piadosa? ¿Vuestro padre anciano, que es también el mío -aunque vosotros no lo podéis saber- vive aún? Porque si no vive, ¿qué sentido tendría toda esta comedia que recito ante vosotros, para vosotros?).

Ellos se levantan y José, alzando la mirada, ve a Benjamín, su hermano, hijo de su madre, y pregunta:

-¿Es este el hermano menor de quien me hablasteis?

Sin esperar la respuesta, José se acercó a él, le puso la mano sobre la cabeza y añadió:

-Dios te conceda su favor, hijo mío.

A José se le conmovieron las entrañas por su hermano y le asaltaron las lágrimas; salió corriendo y, ocultándose en la alcoba, se desahogó llorando allí. Después se lavó la cara y salió de nuevo. Conteniéndose, con dificultad, ordenó:

-Servid la comida.

El banquete se celebra según el protocolo: solemne, en silencio, cargado de gestos. José es servido por un lado; los once hebreos por otro y los egipcios convidados por otro. A los hermanos les asigna los puestos por orden de edad y convierte al último en primero. José les hace pasar porciones de su mesa y la porción de Benjamín es cinco veces mayor. Ellos lo ven y no comprenden. Están asombrados, pero no comentan nada, sólo pueden intercambiarse miradas de sorpresa.

Llevaron también vino, por orden de José que, contemplando a todos sus hermanos, se decía: "Desde el día que me separé de mi padre, no he vuelto a probar el vino. Pero hoy estoy con mis hermanos, después de más de veinte años, por primera vez con todos. Hoy puedo alegrarme con ellos; además sé que mi padre vive y está bien". Pero los hermanos, con mucha deferencia, se negaron a beber, diciendo:

-Desde el día en que se perdió nuestro hermano no hemos probado ni una gota de vino, pues desde entonces nuestro corazón no ha estado nunca alegre. Por eso tampoco ahora beberemos.

Durante unos instantes José permaneció en silencio, impresionado; luego alzó el vaso lleno de vino y, sonriendo, dijo:

-¿Brindamos en esta ocasión con el augurio de que este hermano vuestro sea finalmente encontrado sano y salvo?

Ante esta invitación, los hermanos no pudieron negarse. Bebieron y se alegraron con él.

El vino les ha relajado el azoramiento, les ha distendido de la angustia anterior y ha roto las distancias, uniendo a los doce hermanos en la alegría. Este brindis, final del banquete, parece, pues, sellar la reconciliación. ¡Sólo las montañas no se encuentran!, exclama uno de los sabios, bendita sea su memoria.

Pero José no se conforma con la unión fundada sobre el vino. Quiere ver, antes de darse a conocer, cómo están los sentimientos de su corazón, ante un hecho similar al vivido con él. Fingirá encarcelar a Benjamín a ver si esto les angustia hasta el punto de estar dispuestos a dar la vida por liberarle. Entonces, con alegría, acabará esta dolorosa comedia.

Alegres por el vino han terminado la comida. José, queriendo provocar el pleito, encarga al mayordomo:

-Llénales los sacos de víveres, todo lo que quepa, y pon el dinero en la boca de cada saco, como la vez anterior; y mi copa de plata la metes en el saco del menor, junto con su dinero.

El mayordomo hace lo que le mandan. Al amanecer, los once hermanos se despidieron y partieron con los asnos. Apenas habían salido de la ciudad, José dijo al mayordomo:

-Sal en persecución de esos hombres y, cuando les alcances, diles: "¿Por qué me habéis pagado mal por bien?, ¿por qué habéis robado la copa en que bebe mi señor y con la que suele adivinar? Está muy mal lo que habéis hecho".

Cuando les dio alcance, les repitió estas palabras, añadiendo por su cuenta, al ver la cara de sorpresa y confusión de los once:

-No os hagáis los inocentes. Demasiado bien sabéis de qué estoy hablando. No seáis ingenuos, ¡a quién se le ocurre robar una cosa tan personal e inconfundible! El amo la ha echado de menos en seguida y el ladrón no tendrá escapatoria. Y además, con el agravante de que es la copa de adivinar.

Es tan grave la acusación que los once replican, indignados, quitándose la palabra unos a otros:

-¿Por qué habla así nuestro señor?

-¡Lejos de tus siervos obrar de tal manera!

-Mira, el dinero que habíamos encontrado en los sacos te lo hemos traído desde la tierra de Canaán, ¿por qué íbamos a robar en casa de tu amo oro o plata?

Su seguridad es tan grande, tan compartida, que Rubén, en nombre de todos, como primogénito, lanza un desafío fatal, como había visto hacer a su padre ante una acusación similar:

-Si se la encuentras a uno de tus siervos, ¡que muera!; y los demás seremos esclavos de nuestro señor.

El mayordomo les responde:

-Sea lo que habéis dicho: a quien se le encuentre será mi esclavo; los demás quedaréis libres.

Menos grandilocuente que Rubén, el mayordomo rebaja la pena de muerte pronunciada, en su ignorancia, por Rubén y compartida por los demás, y la reduce a esclavitud sólo para el culpable. Suena a sentencia humanitaria, pero provoca una tensión entre los hermanos, que rompe su solidariedad.

Cada uno baja aprisa su saco, lo pone en tierra y lo abre. El comienza a registrarles, empezando por el del mayor y terminando por el del menor. No le importa el dinero, que halla en la boca de cada saco. Busca la copa y la encuentra en el saco de Benjamín.

Al verla, ellos se rasgan los vestidos y, confundidos y cabizbajos, cargan de nuevo los asnos y vuelven a la ciudad a enfrentarse de nuevo con el visir.

Durante el camino, avergonzados, marchan en silencio, hasta que explota Leví, acusando a Benjamín:

-¡Ladrón! ¡Hijo de ladrona!

Benjamín, que se sabe inocente y, tocado en el afecto de su madre,

como un lobo rapaz

que por la mañana devora la presa

y por la tarde reparte despojos,

se lanza sobre Leví, gritándole:

-¡No mezcles a mi madre en esto!

Judá interviene, con energía, separándolos:

-¡Deja en paz al muchacho! No había nacido cuando lo de su madre. Mejor que ni lo sepa.

48

¿Mejor no saber? El lema del avestruz no es el lema de los sabios, bendita sea su memoria. Sólo la verdad hace libres. La mentira, la más piadosa mentira, lleva dentro la amenaza de muerte.

Durante un lapso de tiempo demasiado largo, no había vislumbrado, ni cerca de mí ni en el cielo estrellado, signo alguno inteligible de su Presencia. Entonces me había puesto a interrogar el silencio, el vacío, a veces hasta en voz alta. No había respuesta. Y mi voz, elevándose en la inquieta penumbra, me producía una sensación de irrealidad.

Finalmente me había envuelto un viento frío, como una áspera caricia, y una paz extraña, por lo ilógica, había penetrado en mi: "Regresa".

Mucho tiempo había estado repitiéndome "debo partir", sin acabar de decidirme. Miraba el viejo pozo con su brocal gastado; los perros ladraban, las gallinas cacareaban; los camellos, cargados, arrodillados en torno al pozo, rumiaban lenta, pacientemente. Parecía que todo me ataba de pies y alma a la tierra de mi exilio.

Pero de nuevo se levantó un viento impetuoso, un rumor de ondas de mar, un fuego de volcán... Y luego se hizo un profundo silencio, la naturaleza se detuvo como en una noche estrellada o un mediodía de verano. En este silencio surgió una melodía suave, que me envolvía: "Vuelve a la tierra de tu padre, tu tierra nativa, y allí estaré contigo".

Me levanté, puse hijos y mujeres en los camellos y, guiando todo el ganado y todas las posesiones que había adquirido en Padán Aram, me encaminé a la casa de mi padre Isaac, a la tierra de Canaán.

Labán se hallaba a tres días de camino de las tiendas. Había salido a esquilar el rebaño; estaba ocupado en el trabajo intensivo y entretenido en la fiesta con sus hijos y pastores. Era la ocasión propicia para la huida. Me dirigí hacia el poniente, crucé el río Eúfrates por uno de sus muchos vados y seguí con mi caravana en dirección occidental hacia la montaña de Galaad.

Alguien avisa a Labán de mi huida. Reúne a su gente y sale en nuestra persecución. Los tres días de ventaja no me valen mucho. El marcha sin impedimenta y en siete días logra cubrir la distancia que nos separa. Acampa en la falda de la montaña de Galaad; yo había plantado las tiendas en la altura.

A la mañana siguiente Labán se levanta y se dirige a mi campamento. Me interpela ásperamente:

-¿Qué has hecho? ¿Por qué has disimulado conmigo y te has llevado a mis hijas como cautivas de guerra? ¿Por qué has huido a escondidas, furtivamente, sin decirme nada? Yo te habría despedido con festejos, con cantos y citaras y panderos. Ni siquiera me has dejado besar a mis hijas y nietos ¡Eres un insensato! ¿No has pensado que está en mi poder haceros daño y arrebatarte mis hijas y mis nietos? Y no lo hago porque el Dios de tu padre acaba de decirme: "Cuidado con meterte con Jacob para bien o para mal".

Pero, dime: si te has marchado por nostalgia de la casa paterna, ¿por qué me has robado mis dioses? Yo he respetado a tu Dios, ¿por qué tú no respetas a los míos, los dioses protectores de mi familia?

Mientras pronunciaba estas palabras se dio cuenta que sus nietos, mis hijos, habían bajado la cabeza, enrojeciendo. Labán pensaba para sí: "Los muchachos son honrados por naturaleza, están al corriente del robo y se avergüenzan". Les dijo:

-Mis queridos nietos, decidme la verdad, sin ocultarme nada: ¿por qué habéis enrojecido, cuando he hablado a vuestro padre de este hurto?

-Oh, abuelo, nos has hecho avergonzarnos con tus palabras.

-¿Y por qué?, ¿por qué?

-¡Abuelo!, tú ya eres viejo, tienes el pelo blanco y, sin embargo, hablas todavía como un niño, sin saber distinguir la derecha de la izquierda. Si los dioses, ante quienes te postras y das culto fuesen de verdad Dios, ¿les hubiera podido alguien robar? Date cuenta que si se han dejado robar es que no son capaces de salvarse ni siquiera a si mismos. Y nosotros hoy, ¿tenemos que oír que te lamentas con nuestro padre de este robo?

Labán se sintió avergonzado y se calló. Pero en seguida volvió con insistente insolencia a acusarme, quejándose de que me hubiera portado así como recompensa a todos los favores que él había hecho a toda mi familia.

Entonces le respondí:

-Tenía miedo y pensé que me ibas a arrebatar tus hijas.

Y, airado, me defendí de lo que creía una acusación falsa, un ardid más de Labán. No sabía que Raquel, digna hija de su padre y digna esposa mía, había robado los terafin de su padre. Mi ignorancia me empujó a un desafío insensato. Con mis palabras puse en peligro a mi esposa preferida. Por mi culpa puse en peligro la vida de Raquel; yo mismo decreté su muerte, al proclamar furioso:

-Aquel a quien le encuentres tus dioses, no quedará con vida.

Entró, pues, Labán y registró mi tienda, la de Lía y la de las dos siervas, y no encontró nada.

Raquel que poseía la suma de la astucia del padre y del esposo, se inventó un ardid para engañar al padre. Cogió los amuletos, los escondió bajo una montura de camello y se sentó encima. Labán revolvió toda la tienda y no encontró nada. Ella, con cinismo irónico, dijo a su padre con voz sumisa:

-No te enfades, señor, si no puedo levantarme; es que me ha venido la cosa de las mujeres.

Y él, por más que buscó, no encontró los amuletos.

Ofendido contra Labán, ahora que me he convencido de la falsedad de su acusación, me puse a discutir con él, irritado y enardecido, dando desahogo a la ira acumulada en veinte años:

-¿Cuál es mi crimen, cuál mi pecado, para que me acoses? Después de revolver todo mi ajuar, ¿qué has encontrado de los enseres de tu casa? Ponlo aquí delante de mi gente y de la tuya: ellos juzgarán en nuestro pleito.

Veinte años he pasado contigo -seguí en mi requisitoria-. Tus ovejas y cabras no han abortado; no he comido los carneros de tu rebaño. Lo que las fieras despedazaban, no te lo traía a ti, sino que lo reponía de lo mío; me exigías cuenta de lo robado de día y de noche. De día me consumía el calor, de noche el frío, y no conciliaba el sueño. De estos veinte años que he pasado en tu casa, catorce te he servido por tus dos hijas y seis por el ganado; y tú me has cambiado el salario diez veces.

Si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham y el Terrible de Isaac no hubiera estado conmigo, me habrías despedido con las manos vacías. Pero el Santo, bendito sea su Nombre, se fijó en mi aflicción y en la fatiga de mis manos y me ha defendido anoche mismo en el sueño en que se te mostró.

Después de esta requisitoria, Labán todavía afirma su derecho, aunque se siente impotente ante el juicio del Santo, bendito sea su Nombre. No confiesa su culpa, pero tampoco exige nada. No le queda más salida que proponerme un pacto:

-Mías son las hijas, míos son los nietos; mío el rebaño y todo lo que ves es mío, ¿qué puedo hacer hoy por estas hijas mías y por los nietos que ellas han dado a luz? Vamos a hacer un pacto tú y yo, que sirva de testimonio entre los dos.

Recogimos piedras y levantamos un majano, como frontera inviolable entre los dos:

-Este montón de piedras sea testigo de que no lo traspasaré para entrar en tu territorio y de que tú no lo traspasarás para entrar en mi territorio.

Con una comida, y un juramento por nuestros respectivos dioses, sellamos el pacto, más que de amistad, de separación.

Así me empujó al límite del Yaboc, donde me encuentro. Todos los hilos afluyen y se reanudan en el Yaboc.

49

Entre las confidencias arrancadas a mi pequeño Benjamín, me viene a la memoria una de sus quejas dolorosas:

-Me atraes y me rechazas con un mismo gesto. Quieres inspirarme afecto, pero tienes miedo de ese afecto. Huyes del presente y te proyectas en el futuro y en el pasado, como una huida y un refugio. Y así no te hallas en ninguna parte.

Tiene razón mi hijo. Huyo del presente. El presente es el Yaboc, la noche en que me debato. Donde me hallo solo conmigo mismo. Sé que todo comienza en la soledad, que es lugar de reencuentro. Todo lo decisivo en la vida -y en la muerte- se da en la soledad. Solo ante las condiciones insoportables de la vida y ante una salida imposible. No hay ayuda humana que valga. Es la lucha entre el deseo y el imposible.

Queriendo cruzar el río, ir hacia el otro, siento vértigo. Y el vértigo no es el miedo a caer de lo alto. El vértigo es la voz del vacío, que me llama, que me atrae; es el deseo de caer en el vacío y ser tragado por la tierra y desaparecer. No es el miedo. El miedo es lo que me defiende de este vértigo.

No veo una salida, porque mi vista se halla limitada por dos extremos: la luz fuerte que me deslumbra y ciega y la oscuridad total.

El miedo me hace lanzar largas, interminables, miradas al cielo, buscando un signo, un presagio. Pero el cielo está velado de niebla silenciosa y gris. Es una noche sin luna ni estrellas.

Se me hace presente el Sinaí, esa extensión infinita de arena monótona; un desierto que no lleva a ninguna parte. En él la naturaleza se ha desnudado del todo. Sólo se ve arena y cielo, extendiéndose hasta el infinito, infundiendo el terror a lo desconocido. Nada familiar, al alcance de la mano, rompe la monotonía del paisaje. El sol y la arena parecen una misma cosa.

Me siento inmerso en su fuego devorador, que me abrasa y me funde. Pero no veo nada. Aguardo una señal. No me atrevo a avanzar. Es una noche entera, un momento interminable, que me enraíza al suelo, ante las aguas. Reducido a la tierra, miro al cielo y espero, espero que el tiempo pase, que los años se disipen; espero volver a ser el niño que dejó la casa esforzándose por retener las lágrimas, que inundaban su cara.

En espera de una respuesta a mi llamada, he pasado a Raquel, mirándola en un silencio largo como una vida. Hay silencios que queman las entrañas; hasta el tiempo se detiene o agota, la tierra deja de girar y hasta los perros interrumpen sus ladridos... El Santo, bendito sea su Nombre, toca con la eternidad el tiempo de su creación. Y el alma, como esponja seca, se empapa del terror sobrecogedor de su presencia, sumiéndose en la experiencia de lo eterno... Desde Ramá llega el lamento, el lloro de Raquel, mi amada esposa, sumida en la experiencia de lo eterno en la flor de la edad. Una estela sobre su tumba es lo que me queda de ella.

Raquel era el espejo y el consuelo de mi madre, de la que hace veinte años que me separé. Espejo e imagen me han sido arrebatados. Mi padre, coronado de canas, saciado de años, se reunió con su padre, mi abuelo Abraham. Mi hermano Esaú, viene a mi encuentro con cuatrocientos hombres, a cobrarse la bendición y la primogenitura que le arrebaté con engaño. Labán, mi tío y suegro, ha puesto un majano en medio para que no le vuelva a ver. Mis ganados están en la otra orilla, divididos en manadas, para conquistarme el favor de Esaú. Mis bienes, basta una sequía para quedarme en la miseria.

José, mi hijo predilecto, ha desaparecido. Benjamín, su hermano, ¿quién sabe qué será de él? ¿Y los otros hijos? La luna ha crecido y menguado desde que partieron para Egipto y aún no han vuelto.

El día de la boda, -no sé por qué me viene a la memoria- la novia llevaba el rostro cubierto por un espeso velo y sólo se apreciaban a través de él los ojos, que le traspasaban, y los gruesos aros que pendían de sus orejas. Estaba sentada, en un alto escabel, en el centro de la casa, esperando que acudieran los invitados y las muchachas de la aldea con las antorchas encendidas.

Recuerdo a las muchachas acicaladas y vestidas de blanco. Estaban ante la puerta cerrada, ricamente adornada; empuñaban las antorchas encendidas y entonaban canciones nupciales, que elogiaban a la novia y hacían objeto de burlas al novio.

Bendita sea la memoria de los sabios, que recuerdan y no se cansan de cantar canciones de boda. Aunque tengo la impresión de que, a veces, improvisan al hilo de la melodía repetida:

Te canta la granada: Eres jardín cercado,

mis granos cual tus dientes mi fuente de agua viva.

de púrpura escarlata, Soy tuyo y tú eres mía,

jugosos, relucientes. mi tesoro deseado.

Mi jugo cual tus senos Apoya en mi costado

de efluvios embriagantes, tu frente, vida mía,

cervatillos gemelos y duerme hasta que el día

que saltan bajo el velo. Alumbre mis granados.

Despierta, amada mía, Dime, amor de mi alma,

déjame ver tu cara, ¿dónde es que apacientas

tu luz alumbre el día tu piara de ovejas?

con tu voz de agua clara. ¿dónde es que descansas,

dime, a mediodía?

Tus ojos son palomas!, ¿dónde, vida mía?

¡qué bella, amada mía!

Despierta, mi paloma, Si no lo sabes,

que en las rocas anidas. Tú, la más bella,

Sigue las huellas

Ya ha pasado el invierno, de mis cantares,

ha tornado la tórtola, ven, a pastar

es del amor el tiempo, a tus cabritos

¡ay, ojos cual palomas! en los apriscos

de mi jacal.

Me hiere el corazón

la luz de tu mirada. Tus cabellos, como la aurora,

De languidez de amor trigo ondulante en la ladera,

me desfallece el alma. tus ojos, dos lagos sin hora,

espejos que mi cielo adora;

Sobre tu grácil cuello, Tus labios de miel, datilera

tus labios de granada que exhala tus fragancias a era;

destilan néctar, frescos, cimbreante, esbelta, encantadora,

mojando la palabra. palmera tu talle de novia,

con las curvas de tus caderas

Mi narciso del valle, y el baile de tus pies en fiesta.

manzano perfumado, ¡Tú, mi única, que me enamoras!

árbol de luz tu talle,

un lirio entre los cardos.

¿Y qué es mi corazón

ya sin tu corazón?

¡Ay qué noche mis noches

lejos de tus amores!

Dos en un corazón, única mirada,

fiesta de amor, delicia de ternura

en la palabra y el beso, en la frescura

del rocío y la luz de la alborada.

Dos en único abrazo de granada,

fresco jugo fecundo de dulzura,

arrullo de paloma en la hendidura

de la roca fielmente custodiada.

Dos que amor une y multiplica en doce,

milagro de la luna y el sol, estrellas

de la noche en su luz, dolor y goce.

¿Dos? Unico es el rastro de sus huellas,

una la carne y el hálito en el roce

de dos almas en éxtasis de estrellas

Cuando llegué a buscarla, las jóvenes en medio de sus cantos nos ofrecieron miel, como augurio de una vida dulce y agradable para la joven pareja.

Hoy, atando cabos sueltos, tengo que confesar que los años de mis andanzas han sido pocos y malos y no llegan a los que vivieron mis padres en sus andanzas. Ellos no conocieron la enfermedad; murieron saciados de años. Mis canas, no son como las de ellos, una corona de gloria, sino el fruto de mis tribulaciones; tribulaciones por las rivalidades con mi hermano, rivalidades de mis esposas y de mis hijos.

Pero, ¿qué es de mis hijos, que no regresan de Egipto?

50

Los hijos, contestan los sabios, bendita sea su memoria, los hijos tienen su vida y su historia propia. Y su noche. Están volviendo a casa del señor de Egipto, ofreciéndose como esclavos.

Judá, que ha comprometido su palabra y su persona ante el padre, se pone al frente de los hermanos. Ante la evidencia, todos se sienten víctimas de una desgracia completamente enigmática, contra la que nada pueden hacer. El hecho del hallazgo de la copa habla de modo tan aplastante contra ellos, que ven, en este hecho incontestable, una sentencia condenatoria pronunciada por el Santo, bendito sea su Nombre. Sin entenderla, la aceptan; saben que una culpa antigua pesa sobre ellos y, por tanto, a pesar de la inocencia actual, no dudan de la justicia del Santo, siempre sea bendito su Nombre.

Con estos sentimientos entran en el palacio. El silencio angustioso del retorno les ha hecho sentirse unidos, pasado el primer momento de desconcierto. Sin palabras, la pena imaginada y sentida del padre ausente y en ansia les ha reconciliado. Sin necesidad de hablarse, les ha envuelto a todos el mismo dolor, han respirado el mismo aire. En el silencio, sólo roto por algún rebuzno de los asnos, que bajo la carga no quieren caminar hacia Egipto, sino hacia sus establos para, liberados del peso, reposar de la fatiga, todo -hasta los rebuznos- les hace presente el campamento, el padre, los hijos, las mujeres, que les esperan, seguramente ya con inquietud.

También José les espera en el palacio, pues todavía no ha salido a desempeñar las funciones propias de su cargo. Al llegar ante él, esta vez, no se postran en señal de homenaje y sumisión, sino que se echan de bruces en tierra como reos. José comienza el interrogatorio con una acusación expresa y directa:

-¿Qué manera es ésta de portarse? ¿Así os portáis después de haber sido acogidos con todos los honores? ¿Es este vuestro agradecimiento? ¿No sabíais que uno como yo tiene el poder de adivinar?

Apelando a sus dotes divinas de vidente, rodeándose expresamente con el misterio de unos acontecimientos sobrehumanos, José confirma en sus desesperados hermanos la certeza de que en todo este asunto está la mano del Santo, bendito sea su Nombre.

Judá, por ello, no intenta defenderse, al contestar:

-¿Qué podemos responder a nuestro señor? ¿Cómo probar nuestra inocencia? Demasiadas cosas extrañas están sucediendo desde que bajamos a Egipto y que no tienen explicación ante nuestros ojos. ¿Qué decir, por ejemplo, del primer dinero, que nos fue puesto en nuestros sacos? ¿Y qué del segundo, que también ahora hemos encontrado entre nuestro grano? ¿Qué podemos decir? No nos queda más que reconocer que somos culpables. El Señor, como un acreedor que viene a cobrar una deuda contraída con El, ha descubierto la culpa de tus siervos. Esclavos somos de nuestro señor, lo mismo que aquel en cuyo poder se encontró la copa.

José quiere aislar a los hermanos de Benjamín, quiere ver si aprovechan la ocasión de verse libres a costa del menor. ¿Han cambiado o son los mismos? Les responde:

-Lejos de mi obrar de tal manera. Aquel en cuyo poder se encontró la copa será mi esclavo. Los demás volverán en paz a casa de vuestro padre.

Judá no se controla y exclama:

-¡¿Cómo podemos volver en paz a nuestro padre, dejando aquí como esclavo a Benjamín?!

José (aunque Judá piense que no ha entendido a qué culpa se ha referido en su confesión) acepta la acusación del delito, que a través de complicados acontecimientos el Santo, bendito sea su Nombre, ha iluminado en la conciencia de los hermanos, y les lleva a la situación de entonces, cuando les fue tan fácil encontrar una escusa para el padre. Por ello sugiere:

-Buscad una excusa para vuestro padre, decidle que os le han robado y no tendréis más preocupaciones. Sí, decid a vuestro padre: "La soga sigue al cubo de agua".

Judá entonces se adelanta y en nombre de todos los hermanos, humilde y adulador, se dirige a José, acumulando todos los sentimientos que le puedan conmover:

-Permite a tu siervo hablar en presencia de su señor, no se enfade mi señor conmigo, pues eres como el Faraón. Mi señor interrogó a sus siervos: "¿No tenéis padre o algún hermano?" y respondimos a mi señor: "tenemos un padre anciano y un hijo pequeño que le ha nacido en la vejez; un hermano suyo murió, y sólo le queda éste de aquella mujer". Su padre le adora. Tú dijiste a tus siervos que le trajéramos para conocerle personalmente. Nosotros respondimos a mi señor: "el muchacho no puede dejar a su padre; si le deja, su padre morirá". Tú dijiste a tus siervos: "Si no baja vuestro hermano, no volveréis a verme". Cuando volvimos a casa de tu siervo, nuestro padre, le comunicamos las palabras de mi señor. Nuestro padre nos dijo: "Volved a comprarnos unos pocos víveres". Le dijimos: "No podemos bajar si no viene con nosotros nuestro hermano menor, pues si no nos acompaña, no podemos ver a aquel hombre". Nos respondió tu siervo, nuestro padre: "Sabéis que mi mujer me dio dos hijos: uno se alejó de mi y pienso que lo ha despedazado una fiera, pues no he vuelto a verle. Si arrancáis también a éste de mi presencia, daréis con mis canas, de pena, en la tumba".

Ahora bien, si vuelvo a tu siervo, mi padre, sin llevar conmigo al muchacho, morirá y tu siervo habrá dado con las canas de tu siervo, mi padre, en la tumba, de pena.

Además tu siervo ha salido fiador por el muchacho ante mi padre, jurando: "Si no te lo traigo, rompes conmigo para siempre". Ahora, pues, deja que tu siervo (¡y van once!, cuentan los sabios, bendita sea su memoria) se quede como esclavo de mi señor, en lugar del muchacho, y que él vuelva con sus hermanos.

¿Cómo puedo yo volver a mi padre sin llevar conmigo al muchacho, para contemplar la desgracia que se abatirá sobre mi padre?

Los sabios, bendita sea su memoria, sienten deseos de aplaudir al final de este discurso, transido de emoción, donde Judá ha subrayado todos los elementos emotivos que pueden impresionar al visir, asumiendo al mismo tiempo toda la responsabilidad, como había prometido a su padre. La descripción de la desesperación del padre se hace cada vez más incisiva, actuando con gran vigor sobre la esfera de los sentimientos. Es mucho más de lo que Judá puede sospechar.

El efecto que produce en el visir, en José, es tan profundo, rayando en lo insoportable, que lo conmueve y a duras penas resiste hasta el final, sin explotar en fuerte llanto.

Judá ve ahora el peligro desde la perspectiva de su padre y está dispuesto incluso a dar la vida con tal de proteger la del hermano menor. El cuadro cobra aún más vida gracias a la muda presencia de Benjamín, que asiste como víctima inocente... Y con Benjamín, la sombra de aquel otro hermano desaparecido -pero también presente ante ellos- se proyecta sobre todo el discurso, desvelándose cada vez más.

Judá ha superado la prueba, ha restablecido la hermandad. Sólo falta que José se reúna a ellos formalmente, declarándose su hermano. Con los signos que han precedido y con la conversión interna que ha producido la prueba, los hermanos están preparados para reconocerle.

Todos los ojos han estado suspendidos de las palabras de quien hablaba. Ahora, al unísono, se apartan de él, para escrutar el rostro del poderoso dignatario y ver si pueden leer algo en él. Nadie puede evitar el escalofrío, que ha dejado la última frase, en espera de una respuesta:

-¿Cómo puedo yo volver a mi padre sin llevar al muchacho, para contemplar la desgracia que se abatirá sobre mi padre?

51

Inmóvil ante el espejo de las aguas, me miro y me veo como un extraño. ¿Qué queda de mis afanes bajo el sol y la lluvia? Sopla el viento hacia el sur y gira hacia el norte; gira que te gira sigue el viento y vuelve a girar. Todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena; al llegar a su fin, de allí vuelven a fluir de nuevo. No se sacia el ojo de mirar ni el oído de escuchar. Inútil intentar atrapar vientos.

En la soledad de mi vejez abandonada afloran, nítidas, transparentes, como una herida de nostalgia que llevo dentro, las mismas preguntas que han revolado siempre en mi cabeza, desde la infancia. Son las preguntas para las que no hallo respuesta. Y sin respuesta, los interrogantes se transforman en barrera, que no me permite ir adelante; se me interponen como límite de mis posibilidades, trazando los confines de mi existencia.

Vivo sin paz y sin descanso, de sobresalto en sobresalto. La tensión del día vivido perdura en la noche y la amenaza del día que viene se cierne sobre mí, impidiendo o retardando el sueño. Imágenes en tumulto, deseos reprimidos, agresividad contenida desfilan inquietantes en la noche, que debía ser cobijo y reposo y que se ha convertido en campo de batalla. Inútil intentar conciliar el sueño. Mis huesos están dislocados y el alma en delirio. Necesito que alguien libere mis ansias imposibles. Pero mi timidez y miedo a la libertad no dejan que se expansionen.

Me hallo extenuado sin haber cruzado aún el Yaboc. Sobre la tierra dura, la noche se hace interminable. Volviendo el rostro hacia el cielo impasible, nada veo en él salvo el reflejo de mi desolación. En mis labios confusamente se agolpan plegarias, en una especie de delirio:

Presta oído, Dios mio, a mi oración,

no te cierres a mi súplica,

hazme caso y respóndeme,

me agitan mis ansiedades.

Me turba el grito del enemigo,

las voces del malvado.

Descargan sobre mi calamidades

y me persiguen con furor.

Se me retuercen dentro las entrañas,

me sobrecoge un pavor mortal,

me asalta el temor y el terror,

me envuelve el espanto.

¡Ah, me digo, si tuviera alas de paloma

para emprender el vuelo...!

Pero no tengo alas. Y el vértigo me ronda en las sienes, aunque sé que el Santo, bendito sea su Nombre, ha alzado un puente sobre el Yaboc, sólidamente afincado en la tierra por dos pilastras simétricas: Betel y Majanáyin.

Veo las pilastras y no siento el puente, sino el vacío, bajo mis pies. Los sueños siguen su lógica. Discurren por asociaciones de palabras o hechos, sin puentes, sin lazos de tiempo o espacio; se anudan en vuelo misterioso y clarificante al mismo tiempo.

Una araña ha tejido su tela sutil suspendida en el ángulo de la choza donde me he refugiado. El Santo, bendito sea su Nombre, y yo jugamos al escondite y nos escondemos el uno del otro. Nos perdemos por años, olvidándonos del juego, al menos yo lo he olvidado tantas veces. Pero, aunque pasen años, el juego sigue y llega el día de la sorpresa del encuentro. En mis andanzas como extranjero El se hace también itinerante y sigue mis pasos o, seguramente, es al revés, él va delante, abriendo el camino, corriendo más de prisa y sin dejarse ver. Quizá El nunca olvida el juego y sólo espera el momento y lugar por El fijado, para el encuentro. Los sabios, bendita sea su memoria, dicen que El está allí donde se le deja entrar. Y yo no siempre le he dejado entrar en mi vida. Pues como añaden los sabios, bendita sea siempre su memoria, dos actitudes le cierran la entrada a El y al cumplimiento de sus promesas: la falta de atención -mi constante olvido-, y el intento de lograrlo por la propia fuerza -mis engaños y astucias.

52

El juego empezó en Betel.

La bendición es un acto testamentario, decisivo, irrevocable. Mi padre, como en trance, me transmitió su fuerza vital, una potencia y dinamismo, que se desenvolverán a lo largo de toda mi vida. Mi futuro, con su bendición, quedó marcado. Pero la bendición la conseguí con el fraude. Y esto también me ha marcado.

La bendición del padre, normalmente, hace echar raíces, pero con la bendición arrancada a mi padre, comenzó para mí una vida que ha sido un largo caminar hacia la soledad total:

-Huye a Harán, me dijo mi madre.

Así abandoné Berseba, el amplio espacio concedido por el Santo, bendito sea su Nombre, a mi padre para crecer en él, con su pozo del Juramento, pozo de agua y paz. La tierra llega a ser madre por el agua: por la que desciende del cielo, como rocío que impregna la tierra como don de vida, o por el agua que brota de sus entrañas, como fuente fecunda. Esta hay que alumbrarla cavando, abriendo pozos de agua viva y así el hombre posee la tierra, la hace fecunda y dispuesta a recibir y multiplicar la semilla.

Así soñé mi bendición yo, que era amante de la tienda y que vivía tranquilo junto a mis padres. Pero, apenas recibida de los labios de mi padre, me encontré marchando a campo traviesa por una tierra donde no tengo parientes que me acojan a lo largo del camino, ni hallo extranjeros que me ofrezcan hospitalidad. Rico de bendiciones, voy con sólo mi bastón de acacia en la mano y el zurrón al hombro.

Me salió el sol al coronar una loma, desde la que diviso un campo de olivos en ringleras. Poco a poco, con el sol, las colinas rezuman alegría, las praderas se cubren de rebaños y los valles se visten de mieses que aclaman y cantan. Pero, a medida que avanza la mañana, el calor se hace sofocante; la higuera, con sus ramas tiernas y sus primeros brotes, me anuncian que el verano está cerca. En efecto es el mes de Siwán. Busco un arroyo donde me detengo a beber y mojar un mendrugo de pan duro, que como con unas cuantas aceitunas. ¡Quiera el Santo, bendito sea su Nombre, darme pan para comer y vestidos para cubrirme!

Prosigo el camino bordeando el mar de la Sal. Cruzo los viñedos de Engadí y me detengo, sólo un momento, en la Fuente del Cabrito, respirando en su fértil oasis la fragancia del bálsamo y el aire de sus palmeras. Al atardecer dejo el mar y me adentro en el desierto de Judea. Sigo caminando hasta que tramonta el sol. La noche me cae encima, cubriéndome de sombras y presagios. No logro conciliar el sueño en toda la noche. Con trepidación me pasan por la mente deseos, temores, nostalgias, esperanzas. Grito en mi interior, de la noche a la madrugada, la paso piando como una golondrina, gimiendo como una paloma. Me han arrancado de mi morada, como se levanta y enrolla la tienda de un pastor. Alejándome de la tierra de las promesas de mi padre y abuelo, de la tierra de la bendición de mi padre, huyendo hacia la tierra de donde salió mi abuelo para nunca regresar, ¿estoy traicionándole? ¿Estoy oponiéndome a las promesas? ¿Estoy anulando la bendición? ¿Estoy abandonando al Santo, bendito sea su Nombre, apartándome de su designio? ¿Me ha abandonado El?

Antes de rayar el alba ya estoy de nuevo en camino. A través del desierto, las dunas, siempre semejantes a sí mismas, se suceden unas a otras interminablemente. Algún burro en la distancia mordisquea un cardo alto, medio seco, y un atajo de cabras se cuelga de los espinos y arbustos empolvados de tierra caliza.

Al cabo de una colina me encuentro de espaldas al sol, que declina, y un soplo de viento frío me sacude el cuerpo, helándome en la piel el sudor de la caminata. El silencio de la noche me obliga a detenerme y buscar un lugar donde esperar el alba. La noche es clara, estrellada, pero siento el frío traspasándome los huesos, entumeciéndome las manos, colándoseme en el alma. Me alzo y sigo avanzando con lentitud por estas soledades interminables, donde sólo el instinto me sirve de guía, pues no tengo ningún punto de referencia. Voy llorando por dentro, sumido en mi pena y en el hielo de la noche hasta que veo que empieza a clarear el horizonte; van desapareciendo las estrellas, al tiempo que surgen las primeras luces del alba, tiñendo el horizonte de naranja. Con la luz recobro la calma. Lo recuerdo y es como vivirlo de nuevo.

De acampada en acampada me dirigía desde el pozo de Berseba hacia otro pozo, donde calmar mi sed. Al tercer día, con sorpresa, vi que el sol oscurecía anticipando la noche y cerrándome el paso. Me dije:

-Será bueno pernoctar aquí.

Los sabios, bendita sea su memoria, dicen: "El Santo, bendito sea su Nombre, da alcance al que huye". Es como un rey, a quien visita un viejo amigo, y dice a sus siervos: apagad los candiles y amortiguad las antorchas, que quiero hablar en privado con mi amigo. Así el Santo, bendito sea su Nombre, hizo anochecer antes de tiempo para hablar en privado con Jacob, nuestro padre.

Me metí en un almendral. Busqué una piedra y recliné sobre ella la cabeza para dormir. Vencido por el cansancio, en seguida me duermo. Y tengo un sueño: Una escala, como una rampa escalonada, apoyada en la tierra, con la cima toca el cielo. Angeles de Dios suben y bajan por ella. El Señor está en pie sobre ella.

Es primero un sueño silencioso y mudo, pero solemne, con la suficiente claridad como para darme la certeza de haber llegado a la entrada del mundo celeste.

En el campo desolado, despoblado, descubro un lugar poblado. Despierto no lo he visto. Sólo cuando el sueño ha cerrado mis ojos, se me abren los ojos del corazón para descubrir la realidad. Cerrados los ojos al deseo de lo visible, se me abren hacia dentro, a lo invisible. De pie, apoyado en mis talones, sólo veo lo que tengo delante; acostado sobre la tierra, apoyada la cabeza en la piedra, descubro la altura del cielo. Y el lugar se me puebla de mensajeros celestes, se me llena de la presencia divina. Y yo no lo sabía. De día el Santo, bendito sea su Nombre, era invisible; de noche, cuando se pone el sol, en el sueño se me manifiesta.

He tenido que salir de mi tierra, de la casa materna y entrar en mí, penetrando en el espacio interior de los sueños, para encontrarme con El.

La escala, plantada en tierra, toca con la cabeza el cielo. Cielo y tierra unidos, como un camino transitable para los mensajeros. Escala que es el reverso de otra escala, la de Babel; ésta no ha sido construida por manos humanas, no se han usado ladrillos. No crea la dispersión, sino la unidad: Desde aquí se extenderá mi descendencia, sin perder el centro de unidad, asegurado por el vínculo con este lugar, morada del Santo, bendito sea su Nombre.

En la huida, en la aflicción, se me abre de repente un mundo superior. Mi cerebro es también una escala, por la que ascienden y descienden todas mis angustias y esperanzas y las de mi descendencia. El sueño ha venido a calmar mi afán y mis dudas y a consolarme en mi soledad y nostalgia. Entre el cielo y mis pies de peregrino hay una vía, un camino de comunicación, un entendimiento. El Santo, bendito sea su Nombre, se me presenta en una experiencia nueva, que no conocía. Es como si en casa hubiera estado confinado, con mi ser cerrado. Y El entra allí donde se le deja entrar. El camino, el dejar la casa y los padres, me ha abierto, me ha dispuesto para una relación personal con El completamente nueva.

El se me presenta como un Dios itinerante, que me acompaña en mis andanzas, allí donde tenga que ir y, prometiéndome que me hará volver a la tierra prometida, único lugar donde se realizarán las promesas. Desde lo alto de la escala me llega su voz:

-Yo soy el Señor, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra sobre la que estás acostado, te la daré a ti y a tu descendencia. Tu descendencia se multiplicará como el polvo de la tierra, y ocuparás el oriente y el occidente, el norte y el sur; y todas las naciones del mundo se llamarán benditas por causa tuya y de tu descendencia. Yo estoy contigo; y te guardaré donde quieras que vayas, y te haré volver a esta tierra y no te abandonaré hasta cumplirte cuanto te he prometido.

¡Qué fecundo el desierto en su desnudez! ¡Es la descalcez del alma para que resuene la palabra sin interferencias!

He entrado en su silencio. Calla todo mi ser. Callan los sentidos y el espíritu. Todo cae en la oscuridad, en la noche callada. Y me llega la brisa suave, esa voz que no necesita palabras, que aletea en el silencio, que es presencia sentida, el aliento de vida, el respirar de la vida. Mi descenso al silencio me ha puesto en contacto con el Santo, bendito sea su Nombre. El silencio es su epifanía. El silencio es el lugar del encuentro. Cielo y tierra entrecruzados en el sube y baja simultáneo.

En esta soledad nocturna, en el umbral del sueño, aparece libre mi mejor yo, el sondeado por el Santo, bendito sea su Nombre, ese yo escondido, tranquilo y sereno, que oculto a todos y, a veces, a mí mismo, y que pugna por la libertad.

El mismo Dios de mis padres calma mis miedos, aprehensiones y dudas. Este espacio de tierra solitaria, en el campo infinito y en la noche silenciosa, se me ofrece como el centro de la tierra que un día será mía. Siento, deseo, me prometo a mí mismo, volver a ella para permanecer fiel a la misión confiada a mi abuelo y a mi padre y de la que me han hecho depositario.

La vivencia de esta noche es mucho más que un íntimo consuelo. Ha ocurrido algo real y tangible. El Santo, bendito sea su Nombre, está presente. Al despertar un terror numinoso sobrecoge mi corazón, que me hace exclamar:

-¡Qué terrible es este lugar! ¡No es sino la casa de Dios y la puerta del cielo!

Pero, ¡qué alegría despertar en la mañana! Había creído que estaba marchando solo, abandonado en un mundo desconocido, obligado a pasar la noche sobre una piedra, con temor a ser asaltado por los ladrones o las fieras... y, sin embargo, aquí se me ha aparecido el Santo, bendito sea su Nombre, y me ha confortado:

-Realmente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabia.

El me ha tendido su mano y yo la he aceptado, tomándola, vinculándome a El:

-Si Dios está conmigo y me guarda en el camino que estoy haciendo y me da pan para comer y vestido para cubrirme, ciertamente volveré sano y salvo a casa de mi padre. El Señor será mi Dios. Y esta piedra, sobre la que he recostado mi cabeza y que me ha hecho penetrar con la vista en el cielo y que hoy levanto como estela, será una casa de Dios.

Y desde hoy este lugar no se llamará más Almendral, sino Betel, Casa de Dios.

¡Sueño misterioso, que me ha revelado la verdad de mi vida, que me ha tocado en lo hondo de mi ser y de mi destino! Su recuerdo me acompañará en Harán y hasta en mi lecho de muerte. Esta Casa y el hogar paterno tirarán de mí para hacerme volver de Harán, y de mis huesos para no quedar sepultado en el destierro.

Me sentía ligero y una voz, como un canto de agua fresca, rumoreaba en mi interior:

-Alzate, vistete de luz, que la gloria del Señor ha amanecido sobre ti.

Así, arropado de luz, como un manto, alcé los pies y proseguí la marcha sin saber a dónde me dirigía, lo que sólo resultaba insensato en apariencia, pues estaba el ángel. Yo no le veía, pero el batir de sus alas se fundía con el eco de mis pasos y los guiaba... Hoy, en esta noche, junto al Yaboc, me espera en el combate para descubrirse ante mí.

53

Pero antes está Majanáyin.

Majanáyin es la otra pilastra del puente sobre el Yaboc. Mi situación en Harán era insostenible. Y el Santo, bendito sea su Nombre, por medio de su ángel me recordó la cita pendiente en Betel. Era hora de volver. Me resonó la misma voz que puso en marcha a mi abuelo, arrancándole de la misma tierra, de la misma casa:

-Sal de tu tierra y de la casa de tu padre y ve a la tierra que te mostraré.

A mi me decía:

-Yo soy el Dios de Betel, donde ungiste una estela y me hiciste un voto. Ahora levántate, sal de esta tierra y vuelve a tu tierra nativa. Allí estaré contigo.

Me levanté, puse a los hijos y a las mujeres en los camellos y, con todas mis posesiones, me encaminé a la casa de mi padre Isaac, en tierra de Canaán.

Me reclama el Dios de Betel. Sí, pero el camino para la cita pasa por el territorio de Esaú. Mi memoria no lo olvida. Me lo repite; es peligroso, arriesgado, quizá mortal. ¿No sería mejor prolongar el destierro que la muerte? Tal vez. Pero la llamada del Dios de Betel persiste, retorna, insiste.

Siguiendo mi camino, alejado definitivamente de Labán, que desde las montañas de Galaad se ha vuelto a su lugar, me salen al encuentro los mensajeros del Santo, bendito sea su Nombre, como dos alas de un ejército, que me protegen en vanguardia y a retaguardia, como una columna de nubes entre dos campamentos.

-El ángel del Señor acampa en torno a sus fieles y los protege, recitan los sabios, bendita sea su memoria.

Su aparición es absolutamente muda. Pero hoy puedo reconocerles en el silencio. No son las turbas de Esaú, que vienen contra mí, ni son las turbas de Labán, que me persiguen. Son las huestes que la presencia del Santo, bendito sea su Nombre, me manda. Acercándome a la "tierra", me estoy acercando a los ámbitos celestes. Son los mismos ángeles que subían y bajaban por la escala de Betel. Escala a la ida con ángeles y ángeles también a la vuelta.

Este lugar merece, como Betel, un nombre nuevo. Se llamará:

-Majanáyin, Campamento de Dios.

54

El anuncio de que Esaú se acerca me sorprende y me invade el miedo y la angustia. Y en la apretura mis pasos y mi respiración se hacen súplica insistente.

El Santo, bendito sea su Nombre, respondió a mi madre agobiada por el peso de los dos hermanos gemelos peleando en su seno. Se apareció repetidamente a mi padre, espíritu contemplativo, amante de la soledad y la plegaria, hombre del campo y la tienda, que le invocaba sin cesar. Pero mi vida no ha sido tan piadosa. La primera vez que mencioné al Santo, bendito sea su Nombre, fue usando su Nombre en vano, con falsedad, engañando a mi padre, cuando le dije: "El Señor me puso la pieza al alcance". Mi vida ha sido una vida de intrigas domésticas, con victorias de mi astucia y muy pocas plegarias. Pero en este trance, ante la amenaza de muerte, no me valen ni la intriga ni la astucia.

Es la hora de pasar por el fuego. Y caer vivo en el fuego, me estremece. El incendio de la ira me circunda. Y la ira quema, destruye. Es agresividad, odio, cólera, afán de destrucción hasta el aniquilamiento. Es fuego devorador. Lo siento en mi corazón, prendido, ardiendo en mis huesos, hasta hacerme gritar:

-¡Mis entrañas, mis entrañas!, ¡me duelen las entretelas del corazón, se me salta el corazón en el pecho!

En este trance mi vida se hace súplica, grito arrancado a mis huesos:

-Auxíliame, Señor, que me llamaste desde el seno de mi madre; Tú, que en las entrañas de mi madre, pronunciaste mi mejor nombre, que aún no poseo: "Tú eres mi siervo Israel, en quien me glorificaré". Escúchame: ¿Me he fatigado en vano y he gastado inútilmente mi vigor? Ensancha, Señor, mi corazón encogido y sácame de mis congojas. Anota en tu libro mi vida errante, recoge mis lágrimas en tu odre, que todos mis días son dolor e inquietudes, ni de noche reposa mi corazón.

Mi oración no cabe en mi interior y alcanza mis labios, que rezan como nunca han rezado:

-¡Dios de mi padre Abraham, Dios de mi padre Isaac, Señor que me dijiste: "Vuelve a tu tierra nativa, que allí te colmaré de beneficios!".

(Si estoy en este trance, esta vez no lo he provocado yo; por una vez te he dejado la iniciativa. No ha sido siempre así, lo reconozco; mi audacia ingenua ha pretendido tomar con sus manos y por sus medios el cumplimiento de las promesas. Lo confieso).

-No merezco los favores ni la lealtad con que has tratado a tu siervo, pues con un bastón pasé el Jordán y ahora llevo dos campamentos.

(No es perder mis riquezas lo que temo; sólo deseo el perdón de mi hermano; cuenta los regalos que le mando, esperando lograr la reconciliación. Por eso, Señor, te suplico).

-Líbrame del poder de mi hermano Esaú, pues temo que venga y mate a las madres con los hijos.

(Y no olvides en este momento de aprieto, que estos hijos, que me has dado, son la descendencia necesaria para que se cumplan tus designios).

-Tú me dijiste: te daré bienes, haré tu descendencia como la arena de la playa que no se puede contar.

La súplica se convierte en combate. Y la pelea se transforma en súplica insistente, apasionada, doliente, inoportuna. Estoy en medio de la noche. Y lloro. Lloro implorando misericordia. Me he quedado solo. Solo en el Yaboc. Mi grito se vuelve hacia dentro:

Dios mío, sálvame,

que me llega el agua hasta el cuello:

me estoy hundiendo en el cieno profundo

y no puedo hacer pie;

me he adentrado en aguas hondas,

me arrastra la corriente.

Un pueblo está en peligro. El asalto de los hombres me inquieta, me hace entrar en trepidación, en miedo hasta la angustia.

En la corriente de las aguas van las preferencias de mi madre, las mentiras por conseguir la bendición y el afecto de mi padre, la lucha por superar a mi hermano, el esfuerzo por ser el primero, mis ansias de superación, de suplantar a todos, el afán por las riquezas, las trampas a mi tío Labán, el cariño impetuoso de Raquel, los celos provocados a Lía, las envidias de las mujeres y de mis hijos, la ternura morbosa de José, la adoración de Benjamín, el orgullo de Judá, mi astucia, mis sueños de grandeza...

Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. La desnudez, la tierra que me espera y llama, el seno materno, la tumba de mis padres en Macpelá, como deseo de mis huesos para la espera de la resurrección, son las realidades que me quedan como únicas consistencias, manantial de restauración de lo perdido.

Incapaz de ir hacia Esaú, según mi intención, me vuelvo atrás. Pero el ángel esta vez no me deja huir. Entra en pelea cuerpo a cuerpo conmigo. Me detiene, me acosa, me asalta. Me estrecha por detrás y por delante y pone sobre mí su palma. Es el combate sin escape posible. Ha escogido la soledad nocturna para el asalto inevitable. Es el choque, el encuentro como respuesta a mis súplicas.

Cara a cara, sin verle, en la noche, brazo a brazo con el ángel, salen a flote los posos que en el fondo del alma han ido dejando las conmociones de mis andanzas, posos que se remueven en el forcejeo de la lucha. La oscuridad indefensa de esta noche me saca del fondo la ceguera de mi padre como oscuridad que exploté para el engaño.

La mano del recuerdo se aferra con fuerza al talón de mi hermano Esaú, para anticiparme a él, para suplantarle... Hasta que el ángel me agarra el tendón del hueco del muslo y me le deja como grasa de muerto. ¡Cómo sufro por ti, hermano mío! En mi carne queda la cojera como señal de la lucha, como recuerdo permanente.

Despojado de mis bienes, sin mi tener, ahora soy golpeado en mi ser, herido en mi propia carne.

Me ha doblegado, pero me agarro a él y le detengo. Si mi talón ha perdido la fuerza, no puedo soltarle, sin que me conceda la suya, su poder donde apoyarme.

Oigo, finalmente su voz, que me dice:

-Suéltame, que llega la aurora y es la hora de cantar las laudes al Señor.

Aferrado a él, le respondo:

-No te soltaré hasta que no me bendigas.

Esperaré la aurora. Pues al despertar el día me saciaré de tu semblante. Esta esperanza me hace superar el quebranto sufrido. Sólo tú puedes encender mi lámpara, alumbrar mis tinieblas. Si en la oscuridad tu voz me susurra y su eco va adormeciendo mis crispaciones, una nueva libertad ronda a las puertas del día. En esta hora de combate, roto tu silencio, pongo en tus manos mi azarosa vida.

Con su voz, cargada de ironía hasta el sarcasmo, me pregunta:

-¿Cuál es tu nombre?

Cuando mi padre Isaac me preguntó quién era, usurpé el nombre de Esaú. Ahora me encuentro con la misma pregunta. ¿Quién soy? Manifestar el nombre es revelar mi ser. La pregunta es una invitación a la profundidad; me empuja hacia el recuerdo, a que aflore a la memoria, la inocencia perdida en mi primera zancadilla, en el fraude original, origen de mi vagabundeo. Es una invitación a ir más atrás, a volver a mis orígenes, a lo recóndito del seno materno, al momento en que mis padres me daban un nombre, que me ha configurado desde las fuentes. Y al aflorar me revela mi desarraigo, mi huida de la tierra y del Santo, bendito sea su Nombre.

Contesto

-Jacob.

Me replica, señalando mi talón sin fuerza de apoyo:

-Ya no te llamarás Jacob. Israel será tu nombre.

Estoy en el combate decisivo, combate que me lleva a cambiar de nombre y de vida. Colocado en el confín de lo visible y lo invisible para ser testigo del Invisible.

Israel es un nombre que contiene una vocación y un futuro. "El que lucha con Dios" y "Lucha de Dios". Es el nombre nuevo del vencedor, de quien vence al ser vencido. Es el don concedido a quien persiste en luchar con El durante toda la noche. Dios, su huella e imagen en mí, ha luchado y ha vencido. Lucha por Dios, con la ayuda de Dios, contra mí mismo. He vencido, cuando la fuerza de Jacob, el poder de mi muslo, el apoyo de mi talón, ha quedado derrengado y, llorando y suplicando, he doblegado al Santo, bendito sea su Nombre.

A lo largo de la pelea, última vigilia antes de quebrar albores, el misterioso personaje se me va identificando. Pero, reuniendo toda mi indigencia y toda mi osadía, le pregunto a mi vez:

-Dime tu nombre.

Me responde:

-¿Por qué me preguntas mi nombre?

Y me bendice.

Sin pronunciar su nombre me lo manifiesta en la bendición. Y la bendición arrancada con engaño queda legitimada, me confirma la promesa de Betel y es escuchada mi súplica.

Me has agarrado y me has vencido. Tú mismo me has provocado a la pelea, para bendecirme al final, aunque calles tu nombre. Haber oído tu palabra, haber sentido tu contacto, en el cuerpo a cuerpo de la pelea, es ya descubrimiento de tu presencia. ¡Bendito sea por siempre tu Nombre impronunciado e impronunciable!

No encontraba el camino porque Tú me habías cerrado la salida. Si en el ser no hay salida, si estoy arrojado en la existencia, no es la nada, el no-ser, la salida, sino el renacer, la bendición, el hombre con vida y nombre nuevo. Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos.

Una brisa suave me acaricia, descendiendo de las montañas, que me rodean protectoras. El asombro sereno sustituye al sufrimiento. Han quedado suspendidas la nostalgia y la amargura.

El río se calma en la llanura y sus aguas fluyen tranquilas, espejeando el vasto horizonte, la riqueza del panorama, que me envuelve y me transporta a soñar. Veo los árboles, con profundas raíces, flexibles a los vientos y sensibles a las brisas; por eso no se rompen ni se crispan.

Este lugar se llamará desde hoy y por siempre Penuel:

-He visto a Dios cara a cara y he quedado vivo.

Cuando atravesaba Penuel salía el sol y yo iba cojeando. El Yaboc, con mi ser y mi historia, desemboca en el Jordán, en un bautismo de muerte y vida. He perdido mi nombre. No soy Jacob; mi talón, con el tendón del fémur dislocado, no es un apoyo. Pero recibo un nombre nuevo: Israel. Mi fuerza es El.

Con asombro, con paz, con alegría, junto con el Santo, bendito sea su nombre, y desde su mirada, hoy repito: "Y vio Dios que todo era bueno".

Me he encontrado conmigo mismo, con mi fondo. Todo ha pasado por mi memoria. El hilo de mi historia, la enredada madeja de mi vida, ha ido deslizándose ante mi, desenredándose. El inminente encuentro con mi hermano gemelo me ha devuelto al seno materno, donde comenzó la pelea. Y ahora es como si renaciera; es un nuevo nacimiento y me pregunto: ¿Cuál será el rostro de mi hermano? ¿Cuál es mi rostro nuevo?

55

Tras el encuentro conmigo mismo y con el Santo, bendito sea su Nombre, está la tierra, el hermano y los hijos.

El sol naciente me anuncia un nuevo día. Una nueva vida amanece. Penuel ha sido el escenario de mi regeneración, a pesar y gracias a mi muslo derrengado. Ahora me siento preparado para el encuentro con Esaú. Como he visto a Dios cara a cara, puedo mirar la cara de mi hermano. Luz y amor son la superación del temor.

Atravesado el río, alzo la vista y veo a mi hermano Esaú, que se acerca. Mas Esaú corre a recibirme, me abraza, se me echa al cuello y me besa llorando.

El rostro de mi hermano es benévolo y reconciliado. Mi rostro, como mi nombre, no es el de Jacob, sino el de Israel. Abrazado a mi hermano, me desahogo:

-He visto tu rostro benévolo y es como ver el rostro de Dios.

En el perdón y reconciliación de mi hermano aparece reflejado el rostro de Dios, como un nuevo Penuel.

Esaú me propone:

-Vamos a ponernos en marcha y yo iré a tu lado.

Pero yo rehúso. Ya no puedo renunciar a la soledad. Mi soledad sigue conmigo, pero no mi aislamiento. Es la soledad que respeta; la distancia que alienta y comunica libertad.

Nos encontraremos de nuevo en Mambré. Esaú ha olvidado el juramento: "Cuando termine el luto por mi padre, mataré a mi hermano". Anciano y colmado de años, nuestro padre expiró y se reunió con los suyos. Reconciliados, como hermanos, Esaú y yo nos reunimos y entre los dos le dimos sepultura en la cueva de Macpelá.

56

Mientras Esaú se dirigió a Seír, yo dirigí mi peregrinación hacia Betel, pasando por Sucot y Siquén. Antes de llegar a Betel, dije a toda mi gente:

-Retirad todos los ídolos que tengáis, lavaos y cambiaos de ropa; vamos a subir a Betel, donde haré un altar al Dios que me escuchó en el peligro y me acompañó en mi viaje.

Al llegar a Betel me esperaba El. Le construí un altar. Y El me bendijo de nuevo, diciéndome:

-Tu nombre ya no será Jacob. Tu nombre es Israel. Yo soy Dios todopoderoso, crece, multiplícate; un pueblo, un grupo de pueblos nacerá de ti, y saldrán reyes de tus entrañas. Esta tierra, que prometí a Abraham y a Isaac, te la doy a ti y a tus descendientes.

57

Mis descendientes.

El día pasa la noticia al día y la noche se la susurra a la noche. José, rompiendo a llorar profundamente, se da a conocer a sus hermanos:

-Yo soy José, ¿vive todavía mi padre?

Los hermanos, espantados, se han quedado sin habla. Están ante la víctima de sus envidias, rencores y traición. Y los sueños se han cumplido.

José les repite:

-Acercaos a mí. Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios. Pero ahora no os preocupéis, ni os pese el haberme vendido; para salvación me envió aquí Dios delante de vosotros. No fuisteis vosotros, sino El quien me envió aquí.

Los hermanos se han de acercar. José ha estado distante: en el banquete comiendo aparte y pasando porciones, en el proceso sentado como parte ofendida y acusador; distante estuvo de sus conciencias hasta que tornó el recuerdo. Ahora se han de acercar al hermano, de modo que el acercamiento material exprese el acercamiento de sus almas.

Que se acerquen sin temor. José quiere exorcizar la culpa para arrancar todo sentido de culpabilidad de los hermanos. No elude el recuerdo, para que no quede oculta, enturbiando el abrazo. Repite la alusión a la venta. La culpa quedó primero sumergida por acción del tiempo y José la hizo aflorar a la conciencia. Una vez presente, recordada y confesada, había provocado turbación, miedo, sospecha; aún los gestos de bondad resultaban sospechosos. El modo de exorcizarla ha sido progresivo; por un lado está el arrepentimiento, del que han dado pruebas, que la ha borrado; y por otro, por parte de José, el mostrar a Dios guiando la historia, incluso la culpa, como camino de salvación:

-Qué dulzura, qué delicia

convivir los hermanos unidos...

Porque allí manda el Señor la bendición,

la vida para siempre.

Aprisa, subid a casa de mi padre y decidle:

-Dice tu hijo José: Dios me ha hecho señor de Egipto, baja a estar conmigo.

Vosotros estáis viendo y también Benjamín está viendo que os hablo yo en persona. Contadle a mi padre todo lo que habéis visto y traedle pronto acá.

Tras el recuerdo del padre y el recuerdo de Dios, garante de la reconciliación, llegan los besos y abrazos, sellándola. José, echándose al cuello de Benjamín, rompió a llorar, y lo mismo hizo Benjamín. Después besó llorando a todos sus hermanos. Y la reconciliación, sellada con el beso del perdón y la paz, devuelve el habla y el canto a los hermanos, les devuelve la palabra, reanudando el diálogo auténtico, fundado sobre la verdad y el amor. Y José, a quien habían arrancado la túnica, regala un vestido nuevo a cada hermano.

Como agua fresca para una persona exhausta es una buena noticia de un país lejano.

Salieron, pues, de Egipto, llegaron a tierra de Canaán, a casa, y me dieron la noticia:

-José está vivo y es gobernador de Egipto. Nada es imposible para el Santo, bendito sea su Nombre, pero perdí el sentido. No podía creerlo. A lo largo de los años había aprendido a convivir con mi pena, a alimentarme y consumirme de recuerdos. De repente se me anula un largo período de mi vida, juntándoseme el presente con un pasado perdido. Es como si José hubiera pasado de un salto de la adolescencia a la madurez. Mi corazón no puede dar el salto y desfallece. Pero cuando me contaron todo lo que les había dicho José, y cuando vi los carros que José había mandado para transportarme, recobré el aliento. El golpe me da de pronto el calor de una vida recobrada, imprimiéndome un ritmo nuevo. Me inunda y arrebata el gozo: ¡José vive! El vacío ahondado por tantos años se llena con la alegría de volver a ver a José. Rejuvenecido, exclamo:

-¡Basta! Está vivo mi hijo José; iré a verle antes de morir.

Los hijos de Israel hicieron montar a su padre con los niños y las mujeres en las carretas que José había enviado para transportarlos. La familia que emigró a Egipto hace un total de setenta, según el cómputo preciso de los sabios, bendita sea su memoria.

José mandó preparar una carreta y se dirigió a nuestro encuentro. Al verme se echó al cuello y lloró abrazado a mí. Yo no lloré, porque ya había agotado mis lágrimas, pero igualmente conmovido, le dije:

-Ahora puedo morir, después de haberte visto en persona y vivo.

¡He visto el rostro de Dios, he visto el rostro benévolo de mi hermano, veo el rostro de mi hijo vivo! ¡Bendito sea el Santo, que me ha concedido el deseo de mi corazón y no me ha negado lo que pedían mis labios!

Pero aún me quedaban diecisiete años de vida. Cuando se acercaba la hora de morir, llamé a mi hijo José y le dije:

-Si he alcanzado tu favor, coloca tu mano bajo mi muslo y júrame tratarme con amor y fidelidad. No me entierres en Egipto. Cuando me duerma con mis padres, sácame de Egipto y entiérrame con mis padres.

José me contestó:

-Haré lo que pides.

En el juramento de mi hijo, el Santo, bendito sea su Nombre, me concedía el último deseo de mi corazón. Con una inclinación hacia la cabecera del lecho, le adoré agradecido. Saciado de años, aunque sean menos que los de mis padres, me acostaré a dormir en la cueva del campo de Macpelá, donde me esperan en su sueño Abraham y Sara, su mujer, Isaac y Rebeca, mis padres, y Lía, mi esposa. Raquel murió en el camino y la enterré en Efrata. No me acompañará en el sueño; nos encontraremos al despertar.

Luego llamé a todos mis hijos y les bendije uno a uno, con una bendición especial para cada uno y su descendencia. Eran los padres de las doce tribus de Israel, como repetirán de generación en generación sus hijos, los sabios, bendita sea su memoria.

Con mis hijos en torno al lecho, les invité a entonar un canto al Santo, bendito sea su Nombre, mientras se me encogían los pies en la cama y me iba a reunir con los míos, agotando mi respiro en los versos del salmo:

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte

-que lo diga Israel-

si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,

cuando nos asaltaban los hombres,

nos habrían tragado vivos:

tanto ardía su ira contra nosotros.

Nos habrían arrollado las aguas,

llegándonos el torrente hasta el cuello,

nos habrían llegado hasta el cuello

las aguas espumantes.

Bendito el Señor, que no nos entregó

como presa a sus dientes;

hemos salvado la vida, como un pájaro

de la trampa del cazador;

la trampa se rompió y escapamos.

Nuestro auxilio es el Nombre del Señor,

que hizo el cielo y la tierra.

58

Al final los nudos se desatan. Algunos hilos han quedado sueltos. Al desliar la madeja, con la impaciencia, algunos se han roto y han quedado por tierra, perdidos entre el polvo de los pies de los sabios, bendita sea su memoria. Pero, al rayar el alba, el ángel y los sabios han corrido a toda prisa a cantar con Israel las laudes al Santo, bendito sea su Nombre.

Ante mí queda el revuelo de sus palabras: tierra, agua, noche, sueños, huida, desierto, miedo, pelea, muerte, vida, luz, perdón, amor, día.

Corre y canta también el Yaboc, el río de aguas azules, afluente del Jordán, entre el mar Muerto y el mar de Galilea.

Era de noche.

Y está despuntando el alba.

NOTAS

Equivalencia de los meses judíos:

Nisán = marzo / abril

Iyyar = abril / mayo

Siwán = mayo / junio

Tanmur = junio / julio

Ab = julio / agosto

Elul = agosto / septiembre

Tisrí = septiembre / octubre

Marjeswán = octubre / noviembre

Kislev = noviembre / diciembre

Tebet = diciembre / enero

Sebat = Enero / febrero

Adar = febrero / marzo

Equivalencia de las estaciones:

Nisán = primavera

Tammur = verano

Tisrí = otoño

Tebet = invierno

Glosario

Misnah: La ley oral que forma la base del Talmud.

Minjan: Quorum de diez hebreos necesario para

la plegaria en común.

Shekináh: Presencia divina.

Mohel: Oficiante de la circuncisión.

Tanmur: Horno para cocer el pan.

Midrash: Explicación, narración que actualiza la Escritura.

Mazel tov: Felicidades, enhorabuena.

Terafín: ídolos familiares.

(Para la Contraportada)

LA NOCHE DEL YABOC

-¿Novela autobiográfica?

-Eso espero, responde el autor. Espero que la historia de Jacob sea mi historia y la tuya. Jacob es la palabra permanente de Dios sobre la elección. Y la Noche del Yaboc es el combate de Dios con todos sus elegidos: combate por ser aceptado por su elegido como único Dios frente a la afectividad, las riquezas y el yo, que se apoya en el propio talón hasta que Dios le deja cojo y entonces se apoyará en El. Espero para mí -y lo deseo para el lector- estar entre los elegidos de Dios y que, en la noche del combate, Dios venza mis resistencias y "al rayar el alba me encuentre con la luz del Sol".